

Günther Anders

El piloto de Hiroshima

**Más allá de los límites de la conciencia. Correspondencia entre Claude
Eatherly y Günther Anders**

Título original: *Hiroshima ist überall*

Günther Anders, 1995

Traducción: Vicente Gómez Ibáñez

Prefacio: Bertrand Russell

Introducción: Robert Jungk

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

Prefacio de Bertrand Russell

El caso Eatherly no constituye solamente una terrible e infinita injusticia hacia un individuo, sino que simboliza también el delirio suicida de nuestra época. Nadie que haya leído sin prejuicios las cartas de Eatherly podrá dudar de su salud mental, y me resulta muy difícil creer que los médicos que diagnosticaron su demencia estuvieran convencidos de lo acertado de este diagnóstico. El único error de Eatherly fue arrepentirse de su participación relativamente inocente en la brutal masacre. Es posible que los métodos que siguió para despertar la conciencia de sus contemporáneos sobre el delirio de nuestra época no fueran siempre los más acertados, pero los motivos de su acción merecen la admiración de todos aquellos que todavía son capaces de albergar sentimientos humanos. Sus contemporáneos estaban dispuestos a honrarle por su participación en la masacre, pero, cuando se mostró arrepentido, arremetieron contra él, reconociendo en este arrepentimiento su propia condena. Espero que la publicación del caso logre convencer a las autoridades para que le den un tratamiento más justo, y que éstas harán cuanto esté en sus manos para reparar la injusticia que se le ha infligido.

BERTRAND RUSSELL

Introducción de Robert Jungk

1

Desde 1945, los especialistas occidentales han escrito millones de palabras sobre los «efectos de las armas nucleares». Sin embargo, esta abundante literatura muestra una laguna fundamental. Ciertamente, estos especialistas han investigado con total exactitud miles de ruinas y docenas de miles de supervivientes de la gran catástrofe, pero han excluido de estos estudios tan exhaustivos algo muy importante: se han excluido a sí mismos.

Sin embargo, de este modo han pasado por alto un hecho decisivo: las bombas atómicas alcanzan también a quien las emplea, incluso a quien planea de forma rigurosa su posible utilización.

Ciertamente, este «efecto retroactivo» de los medios de aniquilación masivos no es de naturaleza física, sino espiritual y anímica: el poder de destrucción de las «armas» nucleares, que excede todo potencial destructivo puesto a prueba en la guerra, impone sobre quienes las han utilizado, o quieren utilizarlas, unas cargas a las que no pueden hacer frente ni en su conciencia ni en su subconsciente.

El «caso Eatherly» ha sido el primero en abrirnos los ojos sobre el efecto retroactivo de las nuevas «armas». Este caso nos presenta a alguien que no mira a otra parte, que no reprime el horror en cuya realización ha participado, sino que lo experimenta profundamente como su propia culpa, que grita mientras la mayoría calla, endurecida o resignada.

Probablemente, para las futuras generaciones, la desorientación, la indignación y los tormentos de Eatherly serán más «normales» que las reacciones de sus compatriotas o de sus contemporáneos en general.

Todos nosotros deberíamos confesar y sentir su mismo dolor, deberíamos combatir con todas las fuerzas de nuestra conciencia y de nuestra razón el triunfo de lo inhumano y de lo antihumano.

Sin embargo, permanecemos callados, nos resignamos, nos «hacemos los duros».

Pero nuestra tranquilidad es sólo aparente. En verdad, tampoco nosotros somos capaces de hacer frente a las cargas que nos imponen las nuevas «armas». Su peso hace que cedan los fundamentos de nuestra existencia moral y política. Cada vez es mayor la desproporción existente entre aquello que defendemos y los medios con los que contamos para defenderlo. Esto conduce a insuperables tensiones internas y es causa de una enfermedad mental colectiva que hoy se manifiesta ya con toda su agudeza en muchos de nuestros contemporáneos.

Estados Unidos, el primer país que desplegó en la escena mundial esa monstruosidad y que incluso siguió desarrollándola tras las advertencias procedentes de Japón, también fue el primero en verse afectado por el carácter retroactivo de las bombas. ¡Cuán leve es en realidad el «caso Eatherly» comparado con el «caso Estados Unidos», mucho más grave en razón de su carácter inconfesado! En verdad, el elemento trágico de este drama no son las penas de este piloto de Texas, sino la fatal ofuscación de su país y de

sus conciudadanos. Para liberar a la «libertad del miedo», ese país extendió por el mundo el miedo a las armas nucleares; para garantizar la libertad y la felicidad de los individuos, cree tener que responder con la muerte de millones y millones de personas.

Pero además está el «caso Unión Soviética», el «caso Gran Bretaña», el «caso Francia», el «caso Alemania»; mañana quizás esté el «caso Suecia», el «caso Suiza», el «caso Israel» y el «caso China»: ningún país que decida servirse de las «nuevas armas», destructoras de todos los valores y de todo derecho, para defender sus propios valores y derechos, es capaz de superar sin profundas secuelas la prueba que representa para el espíritu un propósito de este tipo.

Pues, aunque no exploten jamás, las armas nucleares, listas para ser empleadas, ejercen un efecto retroactivo sobre sus posibles usuarios. Esas armas vacían de contenido la democracia, pues ponen las decisiones más importantes en manos de unos cuantos y producen un embrutecimiento generalizado de quienes las poseen, que siempre han de estar decididos y dispuestos a todo. Esas armas logran que los países que cuentan con armamento nuclear pierdan la fe en su propia humanidad y moralidad.

2

Quien observa la fotografía del joven Robert Eatherly, el voluntario de guerra que se enroló en la aviación norteamericana, reconoce el rostro del típico *clean cut boy* norteamericano. En su rostro todavía no hay escritas muchas cosas, pero las pocas que refleja parecen reproducir fielmente todas las virtudes de manual: franqueza, valor, pureza e inocencia.

Miles y miles de barbiponientes abrazaron entonces las armas, con el fin de defender los valores de *decency and democracy* contra la barbarie del nacionalsocialismo. Al cambiar sus estudios en Texas por el cuartel, el estudiante Eatherly todavía estaba en condiciones de creer que la libertad y la humanidad podían defenderse con la fuerza de las armas.

Su actual posición contra cualquier tipo de guerra, incluso contra una guerra supuestamente justa, tiene tanto más peso. Pues entre la decisión del voluntario de guerra y el no a la guerra del pacifista, se encuentra la experiencia de la destrucción atómica, en la que Eatherly había participado sin conocer propiamente el papel que se le había adjudicado.

Se cuenta que, tras la estremecedora experiencia de Hiroshima, el comandante Eatherly pasó días enteros sin hablar con nadie. Pero en la base de Tinián —la isla donde el piloto esperaba la desmovilización junto a los bombarderos que entre tanto habían alcanzado una dudosa fama mundial— este hecho no se tomó demasiado en serio. *Battle fatigue* («cansancio ocasionado por el combate»), así fue como se calificó su estado. Muchos habían caído víctimas de él, y en 1943, tras trece meses de intenso e ininterrumpido servicio, Eatherly ya había sufrido ese mismo agotamiento nervioso en el sur del Pacífico.

En aquella ocasión pudo recuperarse sometiéndose a un tratamiento en una clínica neoyorquina que duró apenas dos semanas, y esta vez también parecía recobrar con bastante rapidez ese estado que en tiempos de tregua los veteranos del Pacífico consideraban el «comportamiento normal»: largas sesiones de póquer salpicadas de tacos, chistes y recuerdos.

Por aquel tiempo se difundió por todo el mundo la noticia de que uno de los pilotos

participantes en la ofensiva sobre Hiroshima había ingresado en un convento para expiar su culpa a través de la oración. Esto no era más que una leyenda. En verdad, el comandante L., a quien se refería esta noticia, había ocupado un puesto como director de una fábrica de chocolate. En este caso, el rumor mostraba ser «más verdadero que la realidad». Hablaba sin fundamento de un acto de contrición que debería haber tenido lugar.

En aquellos meses de posguerra, Eatherly fue el único participante en ambos bombardeos que se negó a que se le honrara como a un héroe. Y sus conciudadanos, los habitantes de la pequeña Van Alstyne, se mostraron comprensivos con él. La resistencia del piloto no fue tomada como un signo de locura, ni siquiera como una extravagancia por su parte.

En efecto, en aquel tiempo el «buen americano» y sus conciudadanos todavía no se habían distanciado. El estremecimiento causado por el horror de Hiroshima todavía no se consideraba un signo de debilidad, y la condena de la bomba atómica aún no resultaba sospechosa. Durante este período no faltaron ni las inculpaciones ni las autoinculpaciones. La opinión pública reclamaba de forma mayoritaria un cuidadoso control de las armas nucleares; los partidos políticos de los más diversos colores exigían que Estados Unidos renunciase voluntariamente a su monopolio nuclear —un monopolio del que se pensaba que sólo podría mantenerse a corto plazo— y que, en un gesto de magnanimidad, iniciasen al resto de los países aliados de las Naciones Unidas en los secretos del nuevo y revolucionario invento.

Pero, coadyuvado por el rechazo soviético de los tímidos controles norteamericanos sobre las armas atómicas, el grupo inicialmente aislado y poco numeroso de quienes defendían el monopolio norteamericano sobre el moderno y poderosísimo armamento, se impuso progresivamente. Comenzó la «Guerra Fría», y con ella la carrera armamentística. Si ayer las seis cifras de que constaba el número de muertos causados por las dos bombas atómicas lanzadas sobre Japón habían estremecido a los hombres, ahora éstos se acostumbraban a un número de bajas diez o cien veces mayor. Surgió una nueva unidad de medida: *megadeath*, palabra con la que se designaba un volumen de un millón de muertos. Y ahora se contaba con esta posibilidad, considerada como algo natural en los cálculos de la política de disuasión.

Si un individuo hubiese ideado algo semejante, habría sido tomado por un loco y lo habrían encerrado, considerándolo una amenaza pública.

No así en el caso de un Estado Mayor, no en el caso de un gobierno. A los órganos ejecutivos de la sociedad les está permitido urdir planes delirantes, e incluso prepararlos con todo detalle contando con el aplauso de parte de la opinión pública.

Si alguien que hasta el momento hubiese mostrado ser una persona relativamente buena y pacífica, de repente comenzara a ver en todos los gestos de su vecino intenciones asesinas, si empezara a aislarse, a encerrarse, a ocultar todos sus actos tras un velo de secretismo, habría que diagnosticarle una neurosis y someterlo a tratamiento psiquiátrico.

No así tratándose de una gran potencia. En este caso, ese comportamiento se considera incluso algo «políticamente razonable» y «realista».

El «efecto retroactivo» de la bomba atómica sobre sus propietarios había comenzado. El hecho de que los poderosos, cual dioses, esgrimieran poderes apocalípticos no los hizo prudentes y circunspectos, sino arrogantes y crueles.

Mañana —si es que hay algún «mañana»— quienes hoy se arman para una guerra nuclear y su matemática del exterminio masivo serán juzgados ante el tribunal de la Historia como lo fueron Hitler y sus doctrinas, a las que hoy todos consideran delirantes. Pero ese juicio llega siempre demasiado tarde. Es incapaz de devolver la vida a las víctimas.

Antes de que el campo y la ciudad sean devastados a consecuencia de un error en la política de disuasión, antes de que la Tierra, si es que no se convierte en un cementerio, se torne un gigantesco hospital de inválidos, hemos de saber que el efecto retroactivo de las bombas atómicas sobre el espíritu humano ha enloquecido a sus propietarios en el sentido más literal del término, y su locura es tanto más peligrosa cuanto que sus representantes parecen hablar razonablemente y comportarse como personas normales, civilizadas y responsables.

¿Qué podemos hacer nosotros, los ciudadanos, los enlutados de mañana, para evitar que el delirio de una catástrofe nuclear de estos «fríos calculadores» se precipite sobre nosotros?

El comandante Eatherly ha intentado dar una respuesta a esta pregunta capital, una pregunta que se les plantea a los supervivientes de la Segunda Guerra Mundial.

Eatherly empezó dando respuestas falsas, ineficaces.

Su primera tentativa fue la emigración. Poco tiempo después de su licenciamiento en 1947, y horrorizado por la política de su país, abandonó su patria.

Después regresó a casa y, al igual que todos los que le rodeaban, intentó olvidar, ganar dinero, enfrascarse en su vida privada. Consiguió un empleo en una multinacional petrolera de Houston, iba cada día a la oficina, por la noche estudiaba Derecho y ascendió a director de ventas.

Eatherly estaba casado desde 1943 con Concetta Margetti, una joven actriz a la que había conocido en California durante su etapa de formación. En los primeros siete años de matrimonio solamente habían podido verse un par de días seguidos, a lo sumo un par de semanas. Ahora por fin hacían una vida más o menos normal: tenían casa, jardín, hijos, ciertas posibilidades de ascenso social y todo lo necesario para «ser felices en su propio nidito».

Así era durante el día. Por la noche, sin embargo, miedos y rostros atormentaban al expiloto de guerra.

Su tormento todavía era soportable, un par de tragos bastaban para aliviar su depresión, un par de pastillas eran suficientes para remediar su insomnio.

Pero muy pronto estos sencillos remedios dejaron de funcionar. En sus sueños, Eatherly creía ver los rostros desfigurados de quienes se abrasaban en el infierno de Hiroshima.

Fue por esa época cuando empezó a meter billetes en sobres y a enviarlos a Hiroshima, a mandar cartas a Japón, cartas en las que unas veces se declaraba culpable y otras pedía perdón. Pero esta «medicina» tampoco le servía de ayuda. De modo que en 1950 —el mismo año en que el presidente Truman anunciaba que Estados Unidos iba a fabricar una bomba mucho más poderosa, la bomba de hidrógeno—, Eatherly intentó quitarse la vida en la habitación de un hotel de Nueva Orleans ingiriendo una gran cantidad de somníferos.

Pero fue hallado con vida, y tras dos días de estancia en el hospital, se le dio el alta

e ingresó voluntariamente en el hospital militar de Waco, centro especializado en la atención a soldados con trastornos mentales, donde permaneció seis semanas. Aunque obtuvo el alta, Eatherly no había experimentado mejoría alguna.

De modo que el expiloto ideó su propia terapia y cambió su trabajo en la oficina por un trabajo físico en los campos de petróleo. El esfuerzo físico hizo que durante un tiempo pudiese dormir mejor, pero después regresaron sus cavilaciones sobre lo sucedido, sobre lo que podía suceder, sobre lo que sucedería si no se ponían los medios para evitarlo.

Fue entonces cuando maduró un plan insólito: se opondría a la nueva tendencia militarista estadounidense —la misma que había hecho ganar las elecciones presidenciales a un general de la Segunda Guerra Mundial—, desbancando del pedestal recién levantado al ideal nacional, el virtuoso héroe de guerra, comprometiéndolo, desenmascarándolo. Y el objeto de este acto de desenmascaramiento era él mismo: el «héroe de Hiroshima», el comandante Claude Robert Eatherly.

4

A comienzos de 1953, un hombre que había falsificado un cheque de un importe insignificante es llevado, junto con otros «pequeños delincuentes», ante el juez de un tribunal de urgencia de Nueva Orleans. Toma de datos, dos o tres preguntas, veredicto: nueve meses. El siguiente...

Eatherly apenas tiene ocasión de hablar. Si se le hubiese permitido decir algo, habría podido alegar que había mandado esa suma a una fundación que se ocupa de los huérfanos de Hiroshima, habría podido hacer referencia a su rango militar, a sus hazañas militares. Nada de eso. La máquina de la justicia trabaja demasiado deprisa, el «caso» es demasiado insignificante para merecer atención alguna.

Libertad con remisión de la pena por buena conducta. Próximo intento en Dallas. Atraco. Pero el extraño ladrón no se ha llevado nada. El juicio se suspende cuando el abogado explica que su cliente sufre enajenación mental y que ingresará en el hospital para recibir tratamiento psiquiátrico. Otros cuatro meses en Waco. Se reconoce que el comandante Eatherly sufre trastornos psicológicos ocasionados por la guerra y se le permite abandonar el hospital con una pequeña pensión mensual de 132 dólares, cantidad que llegará a duplicarse tiempo después.

Contrariamente a lo que Eatherly había deseado, no se le tacha de criminal ni se le otorga la «gracia del castigo», con la que confiaba poder expiar su inmensa culpa. Pero tampoco se le puede curar. Tras seis meses como representante de máquinas de coser, un nuevo intento de suicidio. Su esposa se lo encuentra con las venas cortadas. Si no se somete a tratamiento psiquiátrico, se divorciará de él. Así que es el propio Eatherly quien vuelve a llamar a las puertas del hospital de Waco. El médico en jefe, el doctor McElroy, describe breve y fríamente su estado del siguiente modo: «Evidente cambio de personalidad. Paciente completamente enajenado de la realidad. Miedos, crecientes conflictos internos, pérdida de los sentimientos, ideas fijas». Los tormentos de su conciencia son despachados como fenómenos patológicos; su sensibilidad, que lo distingue de aquellos de sus semejantes que van viviendo despreocupadamente, es interpretada como «insensibilidad», esas ideas fijas desaparecerán con choques insulínicos.

Con la esperanza de poder olvidar, Eatherly se somete a esta terapia cuatro o cinco veces por semana. Y después de seis meses de tratamiento, todo parece indicar que sus

malos recuerdos han desaparecido. El expiloto se muda a la casa de la familia de su esposa, sita en la ciudad petrolera de Beaumont, pero pronto comprobará que, después de tantas dificultades, su matrimonio se ha roto definitivamente. Concetta Margetti pide primero la separación, después el divorcio. Logra que a su marido se le prohíba ver a sus hijos y renuncia expresamente a cualquier ayuda económica procedente de él. Eatherly respeta el primero de sus deseos, pero sigue pasándole voluntariamente un dinero para la educación de sus hijos.

Y durante cinco años, de 1954 a 1959, la vida de Eatherly, quebrantada por las bombas, sigue transcurriendo en agitada monotonía entre tribunales y hospitales, entre impotentes actos de rebeldía de un aprendiz de delincuente que asalta a los cajeros sin llevarse el dinero, que fuerza las puertas de las oficinas de correos sin echar mano a la caja, y los intentos de curación de un paciente al que no curan ni la psicoterapia ni los *tranquillizers* porque él, moralmente más sano que los demás, es incapaz de adaptarse a la sociedad enferma a la que se lo libra una y otra vez, pues tiempo atrás, en 1945, se despojó para siempre de ese endurecimiento del alma que permite a sus contemporáneos «normales» instalarse más o menos cómodamente entre Auschwitz, Hiroshima y la amenaza de nuevos crímenes de guerra.

5

No obstante, el comandante Eatherly ha logrado parte de lo que se proponía. Ha acabado consiguiendo que la opinión pública preste atención a su «caso». Ciertamente, ésta empezó reaccionando a las noticias sobre el «piloto loco de Hiroshima» de un modo completamente distinto del que Eatherly hubiera deseado. Él quería tocar el corazón de sus semejantes, pero tan sólo logró rozarlo. Muy lejos de desacreditar a la casta militar surgida en la guerra y consolidada ya como institución, el «caso Eatherly» le dio *publicity*. Pues ¿no mostraban los inusitados esfuerzos de las Fuerzas Aéreas (que habían intervenido en favor de Eatherly ante los tribunales, librándolo de la cárcel y posibilitando su ingreso en un hospital), cuán «humanos» eran verdaderamente los militares?

Mucha curiosidad y algo de compasión: esto fue prácticamente todo cuanto provocaron las sucesivas noticias sobre la suerte de Eatherly.

Pero tiempo después, en la primavera de 1959, el filósofo Günther Anders, residente en Viena, dio con un informe sobre Eatherly en un *news magazine* norteamericano. Anders, un gran moralista, un espíritu original y de excelente formación filosófica, hizo suyo el «caso Eatherly», captó la significación capital y de época de un «asunto» que todos los demás trataban como una *story* ciertamente interesante, pero contingente comparada con la historia universal.

La correspondencia surgida a raíz del encuentro espiritual entre el «intelectual» y el «agente», ofrece una respuesta a la pregunta: «¿Qué hacer?». No puede tratarse de la única respuesta, pero constituye un paso importante hacia la curación de una sociedad enferma en la medida en que, de forma aguda, original e inusitada, *piensa hasta sus últimas consecuencias* el estado en que se encuentra una sociedad que ha elevado al rango de racionalidad su delirio nuclear.

Pero lo más impactante para el lector es el perceptible efecto curativo de esta correspondencia sobre la persona de Claude Eatherly. Lo que no lograron drogas y neurólogos lo consiguieron un espíritu esclarecido y un amigo, que proporcionó al

atormentado paz interior, seguridad, esperanza y un sentido para su vida.

6

El filósofo no pudo ayudar a su discípulo y protegido norte americano cuando éste, pertrechado con los conocimientos que había adquirido sobre sí mismo y sobre su misión, ardía en deseos de empezar una nueva vida en libertad. Aunque las autoridades afirmaban constantemente que Eatherly no había sido internado a la fuerza en el hospital de Waco, sino que se encontraba allí por su propia voluntad, le negaban continuamente el alta que tanto ansiaba, hasta que fue el propio piloto el que acabó eligiendo la libertad.

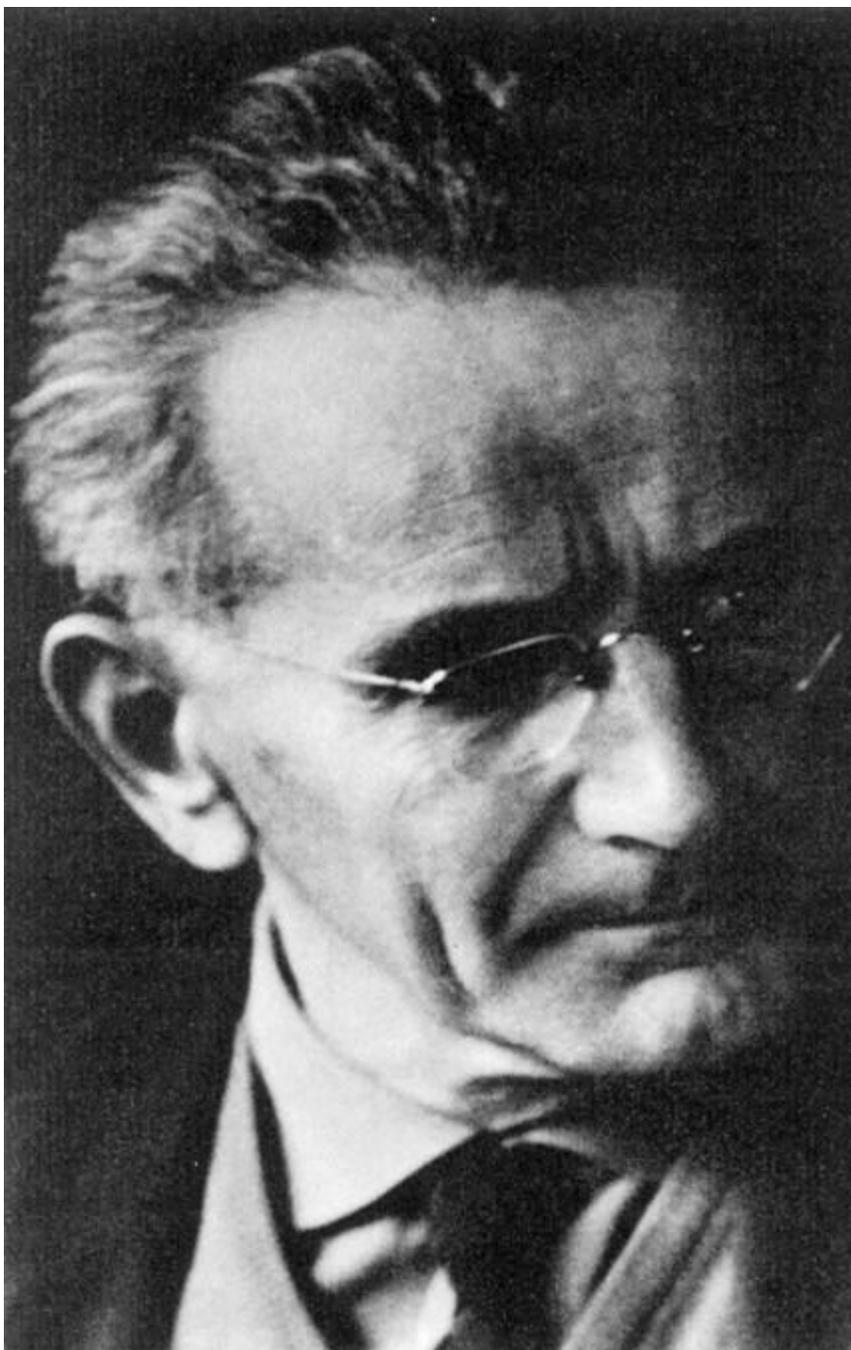
Justamente ahora, cuando Eatherly ya no era simplemente un rebelde sentimental y alocado, sino un hombre que había empezado a pensar y cuya voluntad era dedicar el resto de sus días al esclarecimiento de los peligros del armamento nuclear, le dieron caza como si fuese un fugitivo, y en un juicio en el que no participó ni un solo experto independiente, sino únicamente psiquiatras a las órdenes de las autoridades militares, lo condenaron a la más severa reclusión forzosa en el hospital de Waco.

Un informe del reportero Ray Bell, del periódico local *Waco News Tribune*, nos dice qué significaba esta reclusión:

El hospital para antiguos combatientes de Waco consta de un gran número de edificios de dos plantas de ladrillo rojo. Eatherly acaba de ser trasladado al «Ward 10». Se trata de la unidad destinada a los locos; la mayoría de estos pacientes ya no saben ni siquiera cómo se llaman. Eatherly dice: «Las únicas personas con las que puedo hablar son los guardianes».



Claude R. Eatherly



Günther Anders

Se levanta temprano, pero no tiene nada que hacer. Sólo ve a los médicos cuando éstos hacen su ronda diaria. Su tratamiento consiste únicamente en el suministro de dos pastillas de teracina. En el pabellón en el que está encerrado, hay unos treinta enfermos mentales. Esta atmósfera lo hace infeliz, pues le impide hacer lo que más le gusta. De momento, ni siquiera se le permite ir a la iglesia, aunque ésta se halla dentro del recinto hospitalario [...]

¿Cómo se comportó el hombre que había sido encerrado junto con los *violent cases*,

con los locos, cuando en enero de 1961 un tribunal se pronunció sobre su reclusión forzosa? Este mismo periodista norteamericano, al que en esta ocasión un importante periódico francés había encargado cubrir el juicio de Eatherly, escribió lo siguiente:

Eatherly se portó de forma ejemplar [...] incluso cuando su abogado adujo un buen argumento (por ejemplo, cuando uno de los médicos declaró que Eatherly había preparado una lista de preguntas mecanografiadas, y él le dijo en voz baja que no sabía escribir a máquina). Respondió a las preguntas sin dificultad y sin rodeos [...] la mayoría de las veces al estilo militar: con un «Yes, Sir», o un «No, Sir». Sólo se enojó cuando Don Hall, el abogado del demandante (*Nota:* fue su hermano John quien solicitó su reclusión por orden de las Fuerzas Aéreas), empezó a preguntarle de dónde sacaba el dinero. Hall se lo puso difícil, y Eatherly le respondió: «Usted tendrá sus métodos para obtener dinero, yo tengo los míos». Pero ni siquiera en estos momentos perdió los nervios. Mostró tener tranquilidad, serenidad y entereza, al menos tanta como cualquier persona normal. Naturalmente, la decisión del tribunal le decepcionó. Pero no pareció haber claudicado. Se limitó a decir: «Bien, así se hará».

Además, en la carta que acompañaba al informe de ocho páginas redactado por el periodista local, podía leerse sobre el hombre internado en la unidad de enfermos graves: «Muy probablemente, la persona más inteligente de toda la sala de audiencias».

7

Sin embargo, el periódico a cuya redacción pertenecía el íntegro Ray Bell, publicó sobre este mismo juicio un informe salido de la pluma de otro de sus colaboradores. Este informe era completamente opuesto a las observaciones y conclusiones del artículo de su colega Bell, pero reflejaba con exactitud la versión aceptada por la mayor parte de la prensa norteamericana. Quien lea este informe no podrá menos de llegar a la conclusión de que el piloto Eatherly era un imbécil y que, por lo tanto, su reclusión estaba plenamente justificada.

En efecto, vivimos en una época en la que la bondad es considerada una ingenuidad; la integridad, una estupidez; la compasión, una debilidad; el amor al prójimo, un signo de demencia. Estas virtudes sólo gozan de un reconocimiento formal; en la práctica cotidiana ya no se las toma en serio. Hoy, las personas burladas, estafadas y decepcionadas ya no protestan, pues creen que es absurdo hacerlo; lo único que quieren es que no se las engañe. Si alguien les habla de moral, lo consideran un presuntuoso, un hipócrita o, en el mejor de los casos, un anticuado. Pues los escépticos y los cínicos, aquellos que se llaman a sí mismos «realistas», creen haber comprendido por fin cuáles son las reglas del juego, y participan en él con pleno conocimiento de causa. Por más que este juego vaya contra ellos. Por más que ellos mismos sean lo que está en juego.

Tanto mayor habrá de ser, pues, la responsabilidad de los pocos a los que no les asusta el ridículo, ese espejo que distorsiona y que puede transformar momentáneamente a todo defensor de la verdad en un Don Quijote.

En mi opinión, la ayuda espiritual que Günther Anders procuró a su desconocido amigo norteamericano tiene un valor ejemplar: nos dice que las personas intelectual y moralmente responsables no deben resignarse ni claudicar; hoy más que nunca tienen la misión, o incluso el deber, de convertirse en portavoces de las víctimas.

Al hacerlo, no «disgregan» la sociedad, sino que la ayudan a reconocerse a sí misma

como víctima de funestos errores.

El «caso Eatherly» no es más que un nuevo comienzo del eterno proceso por el que un bendito insensato desenmascara y desafía con su divergencia a la capa social dominante y a su decadencia moral.

Así suele suceder antes de que nuevas leyes sean labradas sobre nuevas tablas.

ROBERT JUNGK^[1]

Los verdugos como víctimas

Esta correspondencia se mantuvo originalmente en inglés; Günther Anders tradujo tanto las cartas de Eatherly como sus propios textos.

Fue una gran idea aceptar voluntariamente el castigo por un crimen inevitable y así, perdiendo la propia libertad, dar prueba de esta misma libertad.

SHELLING, *Cartas sobre dogmatismo y criticismo*, 1795

CARTA 1

Al señor Claude R. Eatherly
Formerly Major U. S. Air Force
Veterans Administration Hospital Waco, Texas

3 de junio de 1959

Estimado señor Eatherly:

El que escribe estas líneas es para usted un desconocido. Para nosotros, en cambio, para mis amigos y para mí, usted es una persona conocida. Seguimos con el corazón en un puño sus esfuerzos por salir de su desgracia, estemos en Nueva York, en Viena o en Tokio. Pero no lo hacemos por curiosidad, ni porque su «caso» nos interese desde los puntos de vista médico o psicológico. No somos ni médicos ni psicólogos. Lo hacemos porque nos ocupamos, llenos de miedo y de angustia, de dilucidar aquellos problemas morales que hoy se nos plantean a todos. La tecnificación de la existencia, esto es, el hecho de que todos nosotros, sin saberlo e indirectamente, cual piezas de una máquina, podríamos vernos implicados en acciones cuyos efectos seríamos incapaces de prever y que, de poder preverlos, no podríamos aprobar —esta tecnificación ha cambiado toda nuestra situación moral—. La técnica ha traído consigo la posibilidad de que seamos *inocentemente culpables* de una forma que no existió en los tiempos de nuestros padres, cuando la técnica todavía no había avanzado tanto.

Comprenderá la relación que esto guarda con *usted*: a fin de cuentas, usted fue uno de los primeros que se implicó en esta nueva forma de culpa, en la que hoy o mañana cualquiera de nosotros podría verse implicado. A usted le ha ocurrido lo que a todos nosotros podría ocurrirnos mañana. Así pues, por esta razón para nosotros usted es un ejemplo paradigmático, incluso un *precursor*.

Es muy probable que esto no le guste. Querrá que le dejen tranquilo, *your life is your business*. Le aseguramos que aborrecemos la indiscreción tanto como usted, y le pedimos disculpas. Pero en este caso, y por la razón que acabo de mencionar, la indiscreción es inevitable, incluso obligada: su vida se ha convertido también en nuestro *business*. Puesto que el azar (o cualquiera que sea el nombre que demos al hecho indiscutible) ha querido que usted, el individuo Claude Eatherly, se convierta en un símbolo del futuro, ya no tiene derecho a protestar contra nuestra indiscreción. El que precisamente usted, y no cualquier otro de entre sus miles de millones de contemporáneos, se haya visto condenado a ser un símbolo, no es culpa suya, y es ciertamente horrible. Pero así es.

Y, sin embargo, no crea que es usted el único que sufre esta condena. Todos nosotros hemos de vivir en esta época, por lo que en cualquier momento podemos volvernos culpables; y al igual que usted, tampoco nosotros hemos elegido vivir en esta época desventurada. En este sentido, pues, como dirían ustedes los norteamericanos, estamos *in the same boat*, navegamos en el mismo barco, pertenecemos a la misma familia. Y este rasgo común determina nuestra relación con usted. Si nos ocupamos de su

sufrimiento, lo hacemos como hermanos, es decir, como si fuera usted un hermano nuestro que ha tenido la desgracia de hacer aquello que cualquiera de nosotros podría verse obligado a hacer mañana; lo hacemos como hermanos que desean poder evitar esta desgracia, del mismo modo que usted, para su horror, desearía haberla podido evitar en el pasado. Pero en aquel tiempo esto fue imposible: el aparato militar funcionaba perfectamente, y usted era demasiado joven y carecía de las luces suficientes. Por eso *lo hizo*. Pero precisamente porque lo hizo, podemos ver en usted, y únicamente en usted, qué nos habría sucedido de haber estado en su lugar, o de vernos algún día en su lugar. Ya ve: usted es enormemente importante para nosotros, realmente imprescindible. En cierto modo, es nuestro *maestro*. Obviamente, usted rechazará este título. «Ni mucho menos —nos responderá—, yo todavía *no* he podido superar mi situación».

Puede que le sorprenda, pero para nosotros lo decisivo es precisamente este «no». Nos resulta incluso consolador. Sé que esta afirmación puede parecerle absurda. He aquí una breve explicación:

No digo «consolador para usted». Nada más lejos de mi intención intentar consolarle. El que consuela dice siempre: «No es para tanto», esto es, intenta restar importancia al sufrimiento o al sentimiento de culpa del otro, e incluso exorcizarlo con palabras. Esto es precisamente lo que, por ejemplo, intentan sus médicos. No es difícil adivinar por qué actúan así. A fin de cuentas, estos hombres son empleados de un hospital militar a los que no les convendría condenar moralmente una acción militar que goza de un reconocimiento y un elogio generales o, mejor dicho, a los que no se les *puede* ocurrir una condena similar; por eso deben defender a toda costa el carácter irreprochable de la acción que usted experimenta con razón como culpa. De ahí que sus médicos afirmen: «Hiroshima in itself is not enough to explain your behaviour», lo que dicho claramente significa: «Tampoco es para tanto»; de ahí que se limiten a criticar su *reacción a ese hecho, en vez de criticar el hecho mismo* (o el mundo en el que un hecho así fue posible); de ahí que se vean obligados a determinar su sufrimiento y su esperanza de expiar su culpa como una «enfermedad» (*classical guilt complex*); de ahí, finalmente, que no puedan menos que tratar su acción como un *self-imagined wrong*, esto es, como un mero crimen imaginario. ¿Tiene algo de sorprendente que hombres que, llevados por su conformismo y por la falta de juicio moral propio, se ven obligados a justificar su acción y, por lo tanto, a calificar de patológicos los tormentos que usted sufre, que hombres que parten de presupuestos tan falsos no logren grandes resultados terapéuticos? Puedo imaginar —y si me equivoco, corriójame, por favor— cuán incrédulamente, cuán desconfiadamente, con cuántas reservas no ha de enfrentarse usted a hombres que sólo toman en serio su *reacción*, pero no su *acción*. Hiroshima: *selfimagined*. ¡De veras! *Usted* lo sabe mejor que ellos. No en vano siguen ensordeciendo sus días los gritos de los heridos, y no en vano se cuelan en sus sueños las sombras de los muertos. Usted sabe que lo que ha sucedido ha sucedido, que no es meramente fruto de su imaginación. Usted no se deja embaucar por sus sandeces. Y nosotros tampoco nos dejamos engañar por ellos. No queremos saber nada de esa clase de «consuelos».

No, no para usted, sino *para nosotros*. Para nosotros, el que usted «no haya podido superar» lo sucedido es consolador. Y lo es porque demuestra que usted sigue intentando hacer frente al efecto (antes inimaginable) de su acción; porque este intento, aunque fracase, indica que ha logrado mantener viva su conciencia, a pesar de haber sido una simple pieza del aparato técnico y de haber cumplido perfectamente su función. Y el que *usted* haya podido hacerlo, demuestra que *todos* podemos hacerlo, que *cada uno de*

nosotros también ha de ser capaz de hacerlo. Y saberlo —y este saber se lo debemos a usted— es para nosotros consolador.

«Aunque su intento fracase», he dicho. Y es que *ha de* fracasar. Por estas razones:

El hecho de hacer daño a un solo hombre —y no estoy hablando de darle muerte—, pese a ser algo concebible, no es fácil de «superar». Pero aquí se trata de algo completamente distinto. Usted tiene la desgracia de haber dejado detrás de sí 200 000 muertos. ¿Y cómo iba a ser posible sentir dolor por la muerte de 200 000 personas? ¿Cómo iba a ser posible lamentar algo semejante? No sólo usted es incapaz de hacerlo, nosotros tampoco podemos, nadie puede hacerlo. Por más que lo intentemos, aquí el dolor y el arrepentimiento son impotentes. Así pues, Eatherly, usted no tiene la culpa de que sus esfuerzos sean inútiles. Esta inutilidad es consecuencia de lo que anteriormente he denominado el carácter radicalmente nuevo de nuestra situación, a saber: el hecho de que, en cierto modo, podemos *producir* más de lo que somos capaces de *representarnos*; el hecho de que los efectos resultantes de los instrumentos que nosotros mismos hemos producido son tan grandes que ya no estamos preparados para representárnoslos. Tan grandes que ya no podemos concebirlos, tan grandes que ya no podemos hacerles frente. No se reproche usted que su arrepentimiento sea insuficiente. Sólo faltaría eso. El arrepentimiento no puede bastar. En cambio, el *fracaso* de sus intentos es algo que evidentemente debe experimentar y soportar diariamente: solamente esta experiencia del fracaso puede sustituir al arrepentimiento, sólo ella puede evitar que volvamos a enredarnos en hechos tan monstruosos. Así pues, dado que sus esfuerzos son inútiles, es perfectamente comprensible que reaccione con pánico y desorientación. Incluso podría decirse que esta reacción es signo de su salud moral, pues demuestra que su conciencia sigue viva.

El método habitual para hacer frente a aquello que es demasiado grande consiste en una maniobra de ocultación: en seguir viviendo exactamente como se vivía antes; en retirar lo sucedido de la mesa de la vida, de modo que la culpa demasiado grande no se viva como culpa alguna. Consiste, pues, en querer superar algo sin intentar hacerle frente. Como hace, por ejemplo, su camarada y compatriota Joe Stiborik, el responsable del radar del *Enola Gay*, al que gustan de ponerle a usted como ejemplo, pues este hombre sigue viviendo con optimismo y explica con muy buen humor que «se trató simplemente de una bomba, sólo que un poco más grande». Este mismo método lo ilustra todavía mejor ese presidente que le dio a usted la señal *go ahead*, la misma que usted dio a los pilotos que tenía a sus órdenes; él se encuentra, por lo tanto, en la misma situación que usted, o incluso en una situación peor. Pues lo que *usted* ha hecho, *él* lo ha omitido. En efecto, hace algunos años —no sé si esto llegó a sus oídos—, invirtiendo de la forma más ingenua toda moral, su presidente declaró en una entrevista que no sentía el menor *pang of conscience*, lo que supuestamente demostraba su inocencia; y recientemente, al hacer un repaso a su vida con ocasión de su 75 cumpleaños, ha dicho que de lo único que se arrepiente en su vida es de haberse casado a los 30. Creo poco probable que usted envidie la suerte de este *clean sheet*. Estoy completamente seguro de que si un delincuente habitual declarase que no siente ningún remordimiento de conciencia, usted no tomaría sus palabras como una demostración de su inocencia. ¿No es un tipo ridículo un hombre que huye de sí mismo? Usted, aunque fracase en el intento, hace todo lo humanamente posible. Intenta seguir viviendo *como el que* ha hecho lo que ha hecho. Y esto es lo que a nosotros nos consuela. Aunque precisamente *por* permanecer idéntico a su acción, ésta lo ha cambiado.

Como usted comprenderá, me estoy refiriendo a los robos, falsificaciones y tantos otros actos delictivos que usted ha cometido. Y al hecho de que se le considere una persona

sin moral. No crea que soy un anarquista y que justifico los robos y las falsificaciones, o que me los tomo a la ligera. Pero en su caso, estas malas acciones tienen un sentido un tanto distinto. Son acciones desesperadas. Pues, en efecto, ser tan culpable como lo es usted y, pese a ello, ser considerado por la opinión pública una persona inocente, y hasta ser celebrado como un *smiling hero* en virtud de esa misma culpa, debe de ser una situación insostenible para cualquier hombre honrado; una situación a la que hay que poner fin precisamente mediante actos delictivos. Como la monstruosidad en la que usted estaba y está implicado no era comprendida como tal en el mundo al que usted pertenece, como no podía comprenderse, como no era posible hacerla comprensible, se vio obligado a actuar y a hablar en el único lenguaje que resultaba comprensible, en el pequeño lenguaje *of petty o big larceny*, en los términos de la misma sociedad. Así pues, usted intentó demostrar su culpabilidad con actos que pudiesen ser reconocidos inmediatamente como actos delictivos. Pero tampoco lo consiguió. *Usted sigue estando condenado a ser un enfermo, no un culpable*. Y por esta razón, por el hecho de que no se le *concede la gracia de la culpa*, sigue siendo un hombre desdichado.

Para finalizar, una propuesta.

El año pasado estuve en Hiroshima, donde tuve ocasión de hablar con aquellos que lograron sobrevivir a su paso por el lugar. Y créame: ninguna de estas personas tiene intención de vengarse de las piezas de aquella máquina militar (que eso es lo que usted fue cuando, a los 26 años, cumplió su «misión»); ninguna de ellas siente odio hacia su persona.

Pero usted ha demostrado que, pese a haber cumplido su función como una simple pieza de aquella máquina, a diferencia de los demás ha seguido siendo un ser humano o ha vuelto a serlo. Y ahora mi propuesta, que quizá tenga a bien considerar.

Como cada año, el próximo 6 de agosto la población de Hiroshima conmemora el día en que sucedió «aquello». Usted podría enviar a esas personas un mensaje adecuado para tal conmemoración. Si se dirigiese como ser humano a esas personas diciéndoles: «En aquel momento yo no sabía lo que hacía, pero ahora sí lo sé. Y sé que jamás ha de repetirse nada similar; y que ningún ser humano puede pedir a otro que haga algo parecido». Si les dijese: «Vuestra lucha contra la repetición de esos hechos es también mi lucha, y vuestro “No more Hiroshima” es también mi “No more Hiroshima”», o algo similar, puede estar seguro de que con este mensaje daría una enorme alegría a los supervivientes de Hiroshima, puede estar convencido de que estas personas lo considerarían un amigo, uno de ellos. Lo que sería de justicia, puesto que también usted, Eatherly, es una víctima de Hiroshima. Y puede que esto también fuese para usted, si no un consuelo, sí al menos un motivo de alegría.

Con la expresión del afecto que siento hacia cada una de esas víctimas, le mando mis saludos.

GÜNTHER ANDERS

CARTA 2

A Günther Anders

12 de junio de 1959

Estimado señor:

Muchas gracias por su carta, que recibí el viernes de la semana pasada.

Después de leerla varias veces, he decidido escribirle, e incluso mantener una correspondencia continuada con usted, con el fin de hablar sobre aquellas cosas que los dos, según creo, entendemos. Recibo muchas cartas, pero me es imposible responder a la mayoría de ellas. En su caso, en cambio, me he sentido en la obligación de responderle y de hacerle saber cuál es mi postura ante las cosas que suceden en este mundo.

Desde que tengo uso de razón, siempre me he interesado vivamente por la cuestión de cómo se debe obrar y actuar (*human conduct*).

Aunque, y ésta es mi esperanza, no soy ningún fanático en temas religiosos ni en temas políticos, desde hace ya algún tiempo estoy convencido de que la crisis en la que todos estamos inmersos exige que reexaminemos profundamente todo nuestro sistema de valores y lealtades (*loyalties*). En el pasado, hubo épocas en las que los hombres pudieron pasar por la vida (*coast along*) sin hacerse preguntas demasiado profundas sobre sus hábitos de pensamiento y sus formas de obrar. Hoy, en cambio, es bastante evidente que los tiempos han cambiado. Es más, creo que nos encaminamos rápidamente hacia una situación en la que nos veremos obligados a reconsiderar hasta qué punto estamos dispuestos a transferir (*to surrender*) a las distintas instituciones sociales (partidos políticos, sindicatos, Iglesia o Estado) la responsabilidad sobre nuestros pensamientos y nuestros actos. Ninguna de estas instituciones es suficientemente capaz de emitir un juicio moral infalible, por lo que es necesario poner en cuestión (*to challenge*) su pretensión de emitir un juicio de ese tipo. Mi propia experiencia personal, si es que se quiere entender su verdadero significado, no sólo para mí, sino para cualquiera, debe ser abordada desde este punto de vista. Si usted cree que esta idea es importante y que está más o menos en consonancia con su propia forma de ver las cosas, quisiera proponerle que juntos intentemos dilucidar esta cuestión, y concretamente a través de una correspondencia que quizá deba prolongarse durante mucho tiempo.

Tengo la impresión de que usted me comprende mejor que nadie, excepto quizá mi médico y amigo.

Mis acciones antisociales fueron catastróficas para mi vida privada, pero creo que, de esforzarme, lograré arrojar luz sobre mis verdaderas motivaciones, mis convicciones y mi filosofía.

Günther, me alegra escribirle. Puede que nuestra correspondencia nos permita entablar una amistad basada en la confianza y en la comprensión mutuas.

No tenga reparo alguno en escribirme sobre las cuestiones concernientes a la acción humana y a la situación con las que hoy nos confrontamos, y a continuación yo le expondré mi punto de vista.

Le reitero mi gratitud por su carta. Suyo

CLAUDE R. EATHERLY^[2]

CARTA 3

A Günther Anders

23 de junio de 1959

Estimado señor:

Me alegró volver a saber de usted, y me gustaría mucho que me mandase una copia de los «Mandamientos de la era atómica»^[3].

¡Si yo fuese tan buen escritor como usted! Pero habiendo escritores como usted, puede que haya *uno* lo bastante bueno como para dar al mundo un mensaje capaz de orientarlo hacia la reconciliación y la paz. Quizá sea usted ese hombre. Si puedo ayudarle en algo, cuente conmigo. Tiene mi permiso para publicar mi carta.

Dispongo de poco tiempo para escribir cartas. Pero si tiene alguna pregunta, esté seguro de que responderé con todo detalle. Tengo sed (*I starve*) de respuestas para las cuestiones que me tienen absorto, las concernientes a la necesidad de evitar la proliferación de armas nucleares y la permanente preparación para la guerra. He hablado ante distintas organizaciones buscando apoyo para mis convicciones. ¡Pero los discursos son tan efímeros! Los libros, en cambio, son monumentos. Así pues, escriba usted los suyos lo mejor posible. Lleve usted a los hombres el mensaje que anhelan todas las personas amantes de la paz. En espera de su próxima carta, se despide su atento y seguro servidor

CLAUDE R. EATHERLY

CARTA 4

A Claude Eatherly

2. 7. 59

Estimado Claude Eatherly:

Antes que nada, no me trate usted de «*Sir*», por favor. Ciertamente, la forma en que nos conocimos fue sumamente insólita, pero desde el primer momento nos hemos escrito con la absoluta convicción de que podíamos confiar el uno en el otro y de que nos comprenderíamos mutuamente: y así ha sido.

Me alegró mucho que usted aprobase la publicación de su respuesta a mi carta. Por lo demás, ya se la he mostrado a algunas personas, sobre todo a físicos nucleares, que saben lo que dicen cuando hablan de un virtual exterminio de la humanidad, y todos ellos quedaron profundamente impresionados por el hecho de que quien tuvo la gran desgracia de convertirse en el primer hombre «inocentemente culpable» de la era atómica, se cuente ahora entre quienes intentan evitar lo peor. En uno de sus pasajes me dice que, en repetidas ocasiones, usted ha hablado públicamente sobre nuestra cuestión. También yo lo he hecho. Y ante personas muy distintas: ante universitarios, ante estudiantes, incluso ante sacerdotes budistas en Kyoto; en una palabra: ante todos, pues nuestro problema afecta a todos, y la amenaza no hace distinciones, concerniendo por igual a jóvenes y a viejos, a militares y a civiles, a negros y a blancos, a cristianos, judíos y musulmanes. Me gustaría saber ante quiénes ha hablado usted.

Le adjunto el «Código moral de la era atómica»^[4]. Mi esposa ha traducido el texto al inglés (o mejor dicho: al americano, pues ella nació en California). Esta vez el «Código» ha de reemplazar a una carta más extensa, pues precisamente ayer terminé mi libro sobre mi viaje a Japón, de modo que no tuve tiempo para escribir cartas; y ahora estoy haciendo las maletas, pues dentro de un par de días hemos de mudarnos de casa. No obstante, espero poder disfrutar de dos semanas de vacaciones, y tengo la firme intención de aprovecharlas para escribirle una carta como es debido.

Su amigo

GÜNTHER ANDERS

MANDAMIENTOS DE LA ERA ATÓMICA

(*Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 13. 7. 1957)

Tu primer pensamiento al despertar ha de ser «átomo». Pues no has de comenzar el día con la ilusión de que aquello que te rodea es un mundo estable. Lo que te rodea es más bien lo que mañana mismo puede ser pasado, algo simplemente-sido; y nosotros, tú y yo y nuestros semejantes, somos aún más efímeros que todos aquellos que hasta ayer mismo habían sido considerados seres efímeros. Pues este nuestro carácter efímero no sólo significa que somos seres mortales; ni que se nos pueda dar muerte. Esto también fue así en el pasado. Significa, más bien, que se nos puede matar totalmente, en tanto que «humanidad». Y «humanidad» no sólo significa la humanidad actual, aquella que se extiende por las regiones de nuestro mundo; sino también aquella que se extiende por las regiones de nuestro tiempo: si se da muerte a la humanidad actual, con ella desaparecerá también la que ha sido; y la futura. De ahí que el umbral ante el que nos hallamos lleve la inscripción: «Nada habrá sido»; y, una vez atravesado, se lee: «El tiempo fue un episodio». Pero el tiempo puede convertirse en un episodio situado no entre dos eternidades, como nuestros antepasados esperaban, sino entre dos nadas: entre la nada de lo que nadie recuerda que ha sido, como si no hubiese sido jamás; y la nada de lo que jamás será. Y puesto que no habrá nadie para distinguir entre estas dos nadas, éstas acabarán convirtiéndose en una única nada. Ésta es, pues, la forma absolutamente nueva, la forma apocalíptica, de la transitoriedad, nuestra transitoriedad, comparada con la cual todo lo que hasta hoy se había llamado «transitoriedad» se ha tornado una bagatela. Para que esto no se te pase por alto, tu primer pensamiento al despertar ha de ser: «átomo».

La posibilidad del apocalipsis

Tu segundo pensamiento al despertar ha de ser: «La posibilidad del apocalipsis es obra nuestra. Pero no sabemos lo que hacemos». Verdaderamente no lo sabemos, como tampoco lo saben quienes tienen en sus manos el apocalipsis; pues también ellos son «nosotros», también ellos son absolutamente incompetentes. Evidentemente, si son incompetentes, no es por su culpa. Su incompetencia es más bien el resultado de un hecho que no es posible imputar a ninguno de ellos ni a ninguno de nosotros: es consecuencia del abismo, creciente día a día, entre dos de nuestras facultades, a saber, entre aquello que podemos hacer y aquello que podemos representarnos.

En el curso de la era técnica, la relación clásica entre imaginación y acción se ha invertido: si nuestros antepasados consideraron obvio que la imaginación era una facultad «desbordante», es decir, una facultad que sobrepasaba y superaba la realidad, hoy las posibilidades de nuestra imaginación (así como de nuestra capacidad de sentir y de responsabilizarnos de nuestros actos) están por debajo de las posibilidades de nuestra acción; así pues, actualmente la imaginación es incapaz de hacer frente a los efectos de nuestra acción. No sólo nuestra razón tiene sus «límites» (kantianos), no sólo ella es finita, también lo es nuestra imaginación; y en primer lugar nuestra capacidad de sentir. Sólo podemos sentir dolor por una víctima: es todo cuanto puede hacer el sentimiento; quizá podamos representarnos diez: es todo cuanto puede hacer la imaginación; pero asesinar a cientos de miles de seres humanos, esto es absolutamente imposible. Y no sólo por razones técnicas; y no sólo porque el hacer, la acción, se ha convertido en un «hacer-con-otros», en «participación», en un mero «desencadenamiento de causas» que torna invisibles sus efectos; sino fundamentalmente por una razón moral: porque el exterminio en masa excede

con mucho aquello que podemos lamentar y representarnos y aquello que nuestra imaginación y nuestros sentimientos podrían inhibir. Por lo tanto, tus siguientes pensamientos al despertar han de ser: *Cuanto más desmesurados son los hechos, tanto menores las inhibiciones. Y: Nosotros, los hombres, somos más pequeños que nosotros mismos.* Esta última afirmación expresa nuestra actual esquizofrenia, esto es, el hecho de que nuestras distintas facultades trabajan de forma independiente, cual cosas aisladas y faltas de coordinación que han perdido todo contacto entre sí.

Pero no has de hacer estas afirmaciones para decir algo definitivo sobre nosotros, adoptando una posición derrotista; sino, al contrario, para expresar tu alarma ante nuestra pequeñez; para ver en ella un escándalo; para socavar los límites «bien establecidos» e inamovibles; para convertirlos en obstáculos que hay que salvar; para hacer retroceder nuestra esquizofrenia. Naturalmente, también puedes cruzarte de brazos, perder la esperanza y conformarte con tu esquizofrenia. Pero si te niegas a hacerlo, has de atreverte a crecer hasta volver a ser tú mismo. Y esto significa: debes —es tu tarea— salvar el abismo existente entre tu capacidad de hacer y de imaginar; reducir el desnivel existente entre ambas capacidades; o, dicho de otro modo: debes ampliar considerablemente el limitado «ámbito de acción» de tu imaginación (y de tu capacidad de sentir, todavía más limitada), hasta que imaginación y sentimiento puedan captar y comprender la magnitud de lo que eres capaz de hacer; hasta que seas capaz de aceptar lo captado, o de rechazarlo. En una palabra: tu tarea consiste en ampliar tu imaginación moral.

No seas tan cobarde que temas tener miedo

Tu siguiente tarea es: «Amplía tu sentido del tiempo». Pues lo decisivo de nuestra situación actual no es solamente —y esto es un secreto a voces— que nuestro mundo se haya encogido desde un punto de vista espacial, que todos los lugares entre los que hasta ayer mismo mediaba una distancia, hoy se han convertido en lugares vecinos; sino también que nuestro mundo se ha encogido desde un punto de vista temporal; que los futuros que ayer todavía se tenían por inalcanzables, hoy se han convertido en ámbitos próximos a nuestro presente; que nosotros los hemos convertido en tales. Esto vale tanto para el Este como para el mundo occidental. Para el Este, porque en esos países el futuro se planifica de una forma nunca antes imaginada; pero un futuro planificado ya no es un futuro «por venir», sino más bien un producto *in the making*; algo que, en tanto que «previsto», se vive ya como parte del tiempo en que se está. Dicho de otro modo: puesto que aquello que se hace, se hace pensando en el futuro, éste proyecta su sombra sobre el presente, pertenece, desde un punto de vista pragmático, al presente. Pero lo mismo cabe decir —y éste es el caso que nos incumbe— de los hombres del mundo occidental, pues este mundo, aunque no planifica, repercute directamente en los futuros más remotos; así, por ejemplo, decide sobre la salud o la degeneración, y hasta puede que sobre el ser o el no ser de sus descendientes. El que este mundo, o mejor dicho, el que nosotros nos lo propongamos o no, es indiferente, pues este hecho es lo único importante desde un punto de vista moral. Y como este hecho nos es conocido, como somos sabedores de los «efectos no previstos sobre el futuro», cuando seguimos actuando como si desconociésemos este hecho, incurrimos en una «negligente violación de los límites».

Así pues, al despertar te dirás: *¡No seas tan cobarde que temas tener miedo!* ¡Oblígate a tener el miedo que corresponde sentir ante la magnitud de la amenaza de apocalipsis! También el miedo, y especialmente él, es un sentimiento para el que no estamos capacitados, o que rechazamos; y la afirmación de que siempre tenemos miedo,

demasiado miedo, de que incluso vivimos en la «época del miedo», no es más que una frase hecha que, cuando no se difunde de forma engañosa, resulta al menos ideal para impedir que nos invada un miedo verdaderamente adecuado a la magnitud de la amenaza y para hacernos insensibles a ella. La verdad es más bien lo contrario, a saber: que vivimos en una «época incapaz de tener miedo», por eso presenciamos pasivamente los acontecimientos. Esto se explica por la «limitación de nuestra capacidad de sentir», pero también por toda una serie de razones que aquí no es posible enumerar^[5]. No obstante, una de estas razones merece ser mencionada por la actualidad y la enorme importancia que ha cobrado, a raíz de acontecimientos muy recientes: nuestra *obsesión por asignar competencias*, esto es, nuestra convicción, fruto de la división del trabajo, de que cada cuestión cae dentro de un determinado ámbito de competencias en el que no debemos inmiscuirnos. Así, por ejemplo, se cree que la cuestión nuclear es competencia exclusiva de los políticos y del ejército. Naturalmente, este «No-deber (No-deber-inmiscuirse)» se convierte automáticamente en un «No-ser-necesario», en un «No-tener-necesidad-de». Es decir, aquellas cuestiones sobre las que no debo preocuparme, son cuestiones sobre las que no necesito preocuparme. Y de este modo me evito el miedo, pues este asunto es «despachado» en otro ámbito de competencia. Así pues, al despertar has de decirte: «Nostra res agitur». Esto significa dos cosas: 1) que nos atañe porque nos puede afectar; y 2) que la pretensión de monopolizar competencias es injustificada, pues todos nosotros, en tanto que seres humanos, somos igual de incompetentes. Estando en juego el fin del mundo, es sumamente estúpido pensar que en esta cuestión hay distintos niveles de competencia y que a aquellos que, en virtud de una azarosa división del trabajo, de las tareas y de las responsabilidades, ejercen como políticos o como militares, este problema les incumbe más directamente que a nosotros en cuanto a su fabricación o «utilización». Quienes intentan persuadirnos de esto (sean personas supuestamente más competentes o no), lo único que demuestran es su falta de competencia moral. Pero nuestra situación moral se torna absolutamente insoportable cuando esos individuos supuestamente más competentes que nosotros (y que sólo son capaces de abordar los problemas desde un punto de vista táctico) quieren hacernos creer que ni siquiera tenemos derecho a tener miedo, y todavía menos a tener conciencia del problema; pues, en efecto, conciencia implicaría responsabilidad, y ésta sería únicamente asunto *suyo*, asunto de los responsables de determinado ámbito de competencia; tener miedo, tener conciencia del problema, equivaldría en última instancia a usurpar unas competencias que no son las nuestras. No aceptes ningún «clero del apocalipsis»; ningún grupo que monopolice las competencias sobre el fin del mundo, que sería el fin de todos nosotros. Variando la fórmula de Ranke «igual de próximos a Dios», podemos decir: «Todos nosotros estamos igual de próximos al posible final». De ahí que todos tengamos el mismo derecho y el mismo deber de elevar nuestra voz de advertencia. También tú.

Contra las discusiones en términos de táctica

No es sólo que no podamos representarnos, ni sentir, ni aceptar la «cosa»; tampoco podemos ni siquiera pensarla. Pues sea cual fuere la categoría en la que la subsumiésemos, la pensaríamos incorrectamente, puesto que la incluiríamos en una clase determinada de objetos, la convertiríamos en «una cosa entre otras», y de este modo la tornaríamos trivial. Aunque pueda existir en muchos ejemplares, esa «cosa» es única en su especie, no pertenece a ningún género: es un monstruo. Y como sólo podemos decir qué no es, hemos de hacer nuestras las cautelas de la «teología negativa». Para nuestra desgracia, es precisamente esta su («monstruosa») no pertenencia a nada, lo que hace que la descuidemos

o que simplemente nos olvidemos de ella. *Aquello que no podemos clasificar, lo consideramos inexistente*. Pero cuando se habla de ella (algo que, ciertamente, todavía no ocurre en nuestras conversaciones cotidianas), se la suele clasificar, pues es lo más cómodo y tranquilizador, incluyéndola en la categoría de «arma», o, de forma más general, en la categoría de «medio». Pero no es un medio, pues la definición misma de «medio» implica su desaparición una vez alcanzado el fin, del mismo modo que el camino acaba y desaparece en la meta. Pero en este caso no es así. Muy al contrario, en este caso el efecto es inevitable, si no deliberadamente, mayor que cualquier fin concebible: éste desaparece necesariamente en el efecto. Y lo hace en el mundo en el que aún había «medios y fines». Es evidente que algo que por definición destruye el esquema mediosfines no puede ser medio alguno. De ahí que tu siguiente máxima sea: «No lograrán persuadirme de que la bomba es un medio». Puesto que no es un medio más de entre los millones de medios que pueblan nuestro mundo, tampoco debes permitir que se fabrique, como si se tratase de un frigorífico, un dentífrico o una pistola, medios que se fabrican sin consultarnos. Así como no has de creer a quienes la llaman un «medio», tampoco debes dejarte engañar por aquellos embaucadores que, con más astucia, intentan hacerte creer que el único fin de esa cosa es la intimidación, y que por lo tanto se fabrica simplemente para *no* utilizarse. Jamás ha habido objetos cuya utilidad se redujese a su no utilidad; a lo sumo, objetos que no se utilizaron cuando bastó la amenaza (con frecuencia ya cumplida) de su utilización. Por otra parte, no hemos de olvidar que esta cosa ya ha sido utilizada (y sin apenas justificación): en Hiroshima y Nagasaki. Finalmente, *en marge*, no debes permitir que esta cosa de efectos inimaginables sea designada con nombres ideados para hacerla respetable o para restarle importancia. Llamar a la explosión de una bomba H «Acción abuelito» no fue simplemente una absurda extravagancia, sino un engaño deliberado.

Por otra parte, debes protestar contra el hecho de que esa cosa cuya mera existencia es ya una forma de utilizarla, sea objeto de una discusión *en términos puramente tácticos*. Este tipo de discusiones es absolutamente inapropiado, pues la idea de que las armas nucleares puedan utilizarse de una u otra forma presupone el concepto de una situación política —la expresión «era atómica» está totalmente justificada— definida por la existencia de las armas nucleares. Éstas no «se suman» a una situación política previa; bien los distintos acontecimientos políticos los que tienen lugar en el seno de la situación atómica. Los intentos de utilizar la posibilidad del fin del mundo como una pieza más en el tablero de la política son signos de ofuscación, independientemente de cuál sea su grado de astucia. La época de la astucia política pertenece ya al pasado. De ahí que tu principio haya de ser: sabotea todas aquellas discusiones en las que tus contemporáneos pretendan abordar la realidad de la amenaza nuclear desde un punto de vista exclusivamente táctico; exige que esta discusión se centre en lo fundamental, a saber: la amenaza de apocalipsis que se cierne sobre la humanidad y de la que solamente ella es responsable; y hazlo aunque corras el riesgo de que se te ridiculice como una persona «poco realista desde un punto de vista político». En verdad, los faltos de realismo son justamente quienes abordan el problema desde un punto de vista exclusivamente táctico, pues consideran las armas nucleares simples medios y no alcanzan a entender que la utilización efectiva, y hasta la virtual utilización de estos medios, priva de todo su sentido a los fines que persiguen o dicen perseguir.

La decisión ya ha sido tomada

No te dejes engañar por la afirmación de que nos hallamos (y quizá nos hallemos

siempre) en una fase de pruebas, en una fase de experimentación. Esto no es más que palabrería. No sólo porque (como muchos parecen olvidar) ya hemos arrojado bombas atómicas, es decir, porque éstas son una realidad desde hace más de diez años, sino porque —lo cual es todavía más importante— en este caso no tiene sentido hablar de «experimentación». Tu axioma ha de ser: *Por más éxito que tengan los experimentos, la experimentación es un fracaso*. Y lo es porque sólo cabe hablar de experimento si éste no trasciende o no hace estallar la situación experimental; y en este caso no se cumple esta condición. Lejos de ello, el verdadero sentido y el auténtico objetivo de la mayor parte de experimentos nucleares es aumentar en lo posible la potencia y el radio de acción de estas armas; y en consecuencia tantear, por más paradójico que esto pueda parecer, la posibilidad de *rebasar* toda condición experimental. Así pues, los efectos de los (supuestos) experimentos ya no tienen nada que ver con lo que habitualmente llamamos resultados experimentales, sino que son parte de la realidad, de la historia —en la que se incluyen, por ejemplo, los pescadores japoneses contaminados por la radiactividad—, y hasta de la historia futura, pues es el futuro (la salud de las futuras generaciones, por ejemplo) el que ya se ha visto afectado por ellas; un «futuro» que, como reza el título de la obra de Jungk, «ya ha comenzado». Por lo tanto, es completamente falso afirmar que no hay nada decidido respecto a la utilización de las armas nucleares. La verdad es más bien que las llamadas «pruebas» han decidido ya la cuestión. Consecuentemente, es tu deber combatir la apariencia de que seguimos viviendo en una «era preatómica»; y llamar a la realidad por su nombre.

Somos manejados por los aparatos

Pero todos estos postulados y prohibiciones pueden resumirse en un solo mandamiento: *Acepta únicamente aquellas cosas cuyas máximas puedan ser las tuyas y, de este modo, las de todos los demás*.

Este postulado puede resultar extraño; la expresión «máximas de las cosas» parece una provocación. Pero sólo porque el hecho al que se refiere esta expresión es extraño y provocador. Lo que con ello queremos decir es únicamente que este mundo de aparatos en que vivimos es un mundo gobernado por aparatos; y en concreto por la utilización que se les da. Pero como también somos sus usuarios, como nos relacionamos con nuestros semejantes de acuerdo con los principios de estos aparatos, los tratamos conforme a las formas de su uso, y por lo tanto conforme a las máximas de éstos. Lo que este postulado exige es que entendamos claramente estas máximas como si fueran nuestras, pues lo son desde un punto de vista práctico; que el objeto de nuestra conciencia moral no sea nuestra propia interioridad (la cual se ha convertido en un lujo superfluo), sino los «impulsos secretos» y los «principios» de nuestros aparatos. Probablemente, ningún político defensor del uso de armas nucleares encontrará nada malo en sí mismo cuando haga examen de conciencia en sentido tradicional; pero si examina la «vida interior» de sus aparatos, reparará en el «erostratismo» de éstos, un erostratismo de dimensiones cósmicas; pues éste es precisamente el modo en que las armas nucleares tratan a la humanidad.

Nosotros, que podemos decidir sobre nuestro ser o no ser, solamente podremos albergar la esperanza de seguir siendo dueños de nuestro ser, si nos acostumbramos a esta nueva forma de acción moral consistente en *mirar en el corazón de los aparatos* (en su interior).

No podemos no poder

Tu otro principio será: no creas que el peligro ha de esfumarse en cuanto se haya dado el primer paso, es decir, una vez que se hayan detenido los llamados «experimentos», y que entonces podremos dormirnos sobre los laureles. El cese de los «experimentos» no significa ni el fin de la fabricación de nuevas bombas ni la destrucción de aquellas bombas y aquellos tipos de bombas que ya han sido experimentadas y que están preparadas para su posible utilización. El cese de los experimentos puede deberse a distintas razones: así, por ejemplo, un país puede decidir ponerles fin por juzgar superfluo seguir realizando pruebas nucleares, esto es, por considerar que le basta con fabricar los tipos de bombas ya probados o que las ya fabricadas lo cubren ante cualquier eventualidad; en una palabra: por juzgar que sería absurdo y poco rentable *matar dos veces* a la humanidad.

Tampoco creas que podríamos despreocuparnos si lográsemos dar el segundo paso: detener la fabricación de bombas atómicas y bombas de hidrógeno; o que podríamos quedarnos de brazos cruzados si lográsemos dar el tercer paso, esto es, destruir los arsenales nucleares. Incluso en un mundo «limpio» (es decir, en un mundo donde no hubiese ninguna bomba atómica ni ninguna bomba de hidrógeno, y en el que por lo tanto nos pareciese que no «tenemos» ninguna bomba), seguiríamos teniéndolas, pues sabríamos cómo fabricarlas. En esta época de reproducción mecánica, no cabe hablar de la no existencia de determinado producto si éste es posible, pues lo que cuenta no son los objetos materialmente existentes, sino sus tipos, es decir, sus *blueprints*. Aunque se destruyera todo lo relacionado con la fabricación de bombas, la humanidad seguiría estando bajo la amenaza de los *blueprints*. «Entonces —cabría concluir—, lo que habría que hacer sería destruir los *blueprints*». Pero esto es imposible, pues éstos son tan indestructibles como las ideas platónicas; en cierto modo representan su materialización más diabólica. En una palabra: aunque lográsemos salvar nuestras vidas destruyendo los nefastos aparatos y sus *blueprints*, esta destrucción no sería más que un aplazamiento o una dilación de la amenaza. La fabricación de la bomba podría reanudarse en cualquier momento, el horror seguiría ahí, por lo que habrías de seguir teniendo miedo. La humanidad está condenada a vivir eternamente bajo la oscura amenaza de lo monstruoso. La amenaza del apocalipsis no puede eliminarse de una vez por todas, mediante *una sola* acción, sino únicamente a través de acciones repetidas diariamente. Lo que significa: hemos de comprender —y esto expresa claramente cuán desesperada es nuestra situación— que nuestra lucha contra la existencia de bombas, contra su fabricación, contra los arsenales y contra las pruebas nucleares, es sencillamente insuficiente. Pues, en efecto, nuestro objetivo ya no puede consistir en *no* tener esa «cosa», sino sólo en no utilizarla jamás, aunque no podamos hacer nada contra el hecho de tenerla; no utilizarla jamás, pese a que siempre existirá el día en que *podríamos* utilizarla.

Ésta es, pues, tu misión: enseñar a la humanidad que ninguna medida que tomemos, ninguna destrucción material de estas cosas, constituirá jamás una garantía absoluta; que nuestra tarea es más bien renunciar decididamente a dar el paso, aunque siempre será posible darlo. Si no lo logras, si tú y yo no logramos que la humanidad comprenda esto, entonces estamos perdidos.

CARTA 5

A Günther Anders

Sin fecha

Querido amigo:

Desde el momento en que recibí su carta con el «Código moral de la era atómica», no he dejado de reflexionar sobre su contenido y sobre su verdad. El realismo y la seriedad con los que usted trata la cuestión me han llenado de confianza; confío en sus esfuerzos por convertir nuestro mundo en un mundo más seguro y pacífico. ¡Pero si lográsemos, si usted, yo y los miles de pacifistas existentes en todo el mundo pudiésemos obtener el apoyo de *un* grupo [de investigadores], y si consiguiésemos que éstos pusieran en juego (*risk*) su verdadero amor (la investigación) aliándose con nosotros y suspendiesen la fabricación de armas nucleares hasta que se hubiese formado un gobierno internacional compuesto por juristas, un gobierno del que quedase excluido todo grupo de interés^[6] y todo poder militar! Sólo los investigadores pueden volver impotentes a estos grupos, negándose a colaborar con ellos. Sin el poder de la investigación, las fuerzas políticas y militares se debilitarían y desfallecerían.

He hablado ante la mayoría de los grupos pacifistas dispersos por Estados Unidos y he subrayado la importancia de poner fin al rearme, a las pruebas y a los arsenales nucleares. He participado en algunos programas televisivos junto a importantes personalidades de la Iglesia. En nuestras escuelas y universidades soy una persona no grata.

Hace apenas un mes, el general Twining, jefe de nuestras Fuerzas Aéreas, ha intentado internarme en el Walter Reed Hospital de Washington, con la excusa de que allí podría recibir un tratamiento más adecuado. Mi médico se ha negado a este internamiento. Él sabía tan bien como yo que lo único que pretendía el general Twining era evitar que yo y mi problema siguiésemos haciéndonos *publicity*: yo y mi problema no somos precisamente una *publicity* demasiado buena para el ejército. A ellos les encantaría cerrarme el pico (*to shut me up*). Gracias a Dios, mi médico confía en mí y me permite que siga expresando por escrito mis convicciones en el hospital.

Me gustaría hacerle un par de preguntas. ¿Podemos confiar en los físicos? Quiero decir: ¿cree usted que éstos estarían dispuestos a suspender temporalmente su labor, desarmando de este modo a los poderes políticos y militares? ¿Cree que estarían dispuestos a renunciar a su «verdadero amor», a prescindir de las ayudas que los gobiernos destinan a la investigación, y a agruparse para exigir una gestión y una vigilancia adecuadas de su invento (*brainchild*)? Si estuviesen dispuestos a hacerlo, estaríamos seguros.

Espero impaciente sus cartas, y doy las gracias a su esposa por la traducción.

Confío en dejar el hospital en septiembre. Podría hacerlo la próxima semana, pues el tiempo de permanencia en el hospital (90 días) acaba justo entonces, pero mi médico me ha pedido que me quede durante algún tiempo más. Siempre hago lo que me pide, hace diez años que estoy bajo su supervisión (*under him*).

¡Ojalá pueda usted irse de vacaciones! Sería para mí un honor recibir una carta suya durante ese preciado tiempo. ¿Podría mandarme un ejemplar autografiado de su informe sobre Japón? *Goodbye for now*.

Su amigo

CLAUDE R. EATHERLY

CARTA 6

A Claude Eatherly

Querido Claude Eatherly:

Su carta ha estado dando vueltas durante diez días antes de llegar hasta los Alpes. No, no puede decirse que escribirle pueda arruinar mis vacaciones. Al contrario, me consuela saber que en el extranjero tengo un amigo que, a su manera, persigue con tanta firmeza el mismo fin que yo; y escribirle no me cuesta ningún trabajo, pues entre usted y yo no es necesario eliminar obstáculo alguno.

Me pregunta si los físicos tendrían la suficiente fuerza moral como para renunciar a su «verdadero amor». Es difícil responder a esta pregunta. Ciertamente, algunos podrían estar dispuestos a hacerlo —el número de físicos cuya conciencia ha despertado Pauling es muy alentador—, pero siempre habremos de vérnoslas con otros que son incapaces de concienciarse de los efectos reales de su actividad o reacios a ello. Naturalmente, es absolutamente necesario que ganemos para nuestra causa al mayor número posible de físicos. Por ejemplo, yo estoy en contacto con parte del grupo de Gotinga —los dieciocho físicos alemanes que tuvieron el valor de advertir a la opinión pública sobre lo que implica el armamento nuclear, y de arriesgarse a convertirse en personas no gratas para Adenauer—. Sin embargo, no podemos limitarnos a influir en este grupo profesional. Los científicos también son «gente corriente», y la mayoría de las veces su fuerza moral no es superior a la de los demás: gente a la que la opinión pública envuelve, anima o debilita. De ahí que sea igual de importante, o incluso más, transformar radicalmente esta atmósfera, la mentalidad de todos, la opinión pública en la que y con la que viven estos físicos. Esta nueva actitud que nosotros, tanto usted como yo, intentamos formar, ha de ser tan amplia y generalizada que haga que los físicos que sigan poniendo la investigación científica al servicio de fines militares, acaben sintiéndose rodeados por un mundo hostil a ellos, por un mundo que los considere enemigos, detractores y posibles destructores.

Ampliar este frente es una de nuestras principales tareas. Como usted sabe, la mayoría de las personas que renuncian a hacer aquello de lo que serían capaces (por ejemplo, matar a sus insufribles vecinos), no lo hacen por mor de la felicidad de sus semejantes ni llevados por su respeto a la inviolabilidad de todo ser humano. Su comportamiento moral, o al menos no criminal, se debe al miedo a violar un tabú que goza de una aceptación general o al temor a convertirse en unos proscritos. Como hemos de vérnoslas con personas reales y no con figuras ideales, es nuestra tarea crear una situación en la que incluso las personas *sin* moralidad y *sin* imaginación suficiente para representarse los efectos de sus acciones, obren como si lo hiciesen llevados por razones morales o por el amor a la humanidad y a todo cuanto vive.

Ampliar el frente: esto tiene que ver con *usted*. En efecto, usted (y estoy completamente seguro de que no interpretará esta afirmación como una muestra de cinismo) se halla en la feliz situación de poder conferir a nuestro frente una dimensión que jamás tendría sin su persona. No dudo de que es uno de los nuestros: gracias a usted, nuestro «frente» va desde los «verdugos» a las víctimas; además, usted ha llegado incluso a mostrar valiente y abiertamente su postura. Por eso tengo la impresión de que la propuesta con la que concluí mi primera carta (enviar un mensaje a las víctimas de Hiroshima) armoniza perfectamente con sus esperanzas y con sus obras. Naturalmente, estando tan lejos de usted, me es imposible apreciar exactamente su situación. Puede que dificultades técnicas insuperables le impidan dar satisfacción a mi propuesta; y sus observaciones sobre aquellos que intentan tapparle la boca y que, para su tormento, pretenden convertirle en un prisionero privilegiado confirman mis sospechas. Me alegra saber que cuenta con un

médico tan razonable y comprensivo —que debe de ser su verdadero amigo—, con un hombre con la fuerza y el valor suficientes para oponerse a las autoridades y para defender y garantizar su libertad. Por favor, preséntele mis respetos. Creo que lo que él y yo intentamos hacer por usted es bastante parecido. Si las autoridades le ponen trabas, créame: los poderosos no son todopoderosos, siempre es posible dar un rodeo, encontrar una forma de eludir las dificultades; y desgraciadamente vivimos en una época en la que los rodeos son moralmente necesarios. En nuestro caso, esto significa: si le es imposible enviar personalmente un telegrama a las víctimas (al alcalde de Hiroshima) —lo que, obviamente, sería lo más efectivo—, siempre está la posibilidad de que sea yo mismo quien lo haga en su nombre. Naturalmente, como usted sabe perfectamente, yo jamás haría nada sin su consentimiento. Por eso le pido su autorización.

Creo que el contenido más idóneo de ese telegrama sería: «*Su* “No more Hiroshima” es *mi* “No more Hiroshima”. Claude Eatherly, piloto de Hiroshima». En caso de que usted no pueda mandar personalmente el telegrama a Japón, pero desee que yo lo haga en su nombre, tenga a bien enviarme uno con la palabra «OK».

Su amigo

GÜNTHER ANDERS

CARTA 7

A Günther Anders

12 de agosto de 1959

Estimado señor Anders:

«Nuestro» mensaje a las gentes de Hiroshima ha comenzado a dar sus frutos. Adjunto dos cartas que reflejan el sentir de estas personas. Por favor, tenga usted a bien devolvérmelas en cuanto pueda.

Hoy, mi médico me ha comunicado que probablemente me dará el alta el mes que viene. Las cartas que lleguen a mi nombre serán enviadas a estas nuevas señas: Box 187, Van Alstyne, Texas. Para entonces tendré muchas cosas que hacer. Las Bob Hope Productions me han ofrecido un contrato para hacer una película sobre mi vida. Sólo firmaré ese contrato si me garantizan que la película ha de reflejar fielmente mis ideas y mi postura ante cuestiones tan estrechamente relacionadas con los problemas del mundo actual y que a nosotros dos nos interesan tan vivamente. Necesito su ayuda, pues en breve he de presentar un esbozo que sirva de base a los productores para transmitir nuestros fines y nuestras convicciones. Su intención es que yo presente la película por todo el mundo. Me gustaría que usted viniese conmigo en esta gira. Creo que juntos podríamos hacer cosas importantes. Le avisaré antes de firmar el contrato.

Ésta es una carta breve, pero quisiera que me aconsejase sobre el asunto de la película y del libro.

Pronto, así lo espero, podré viajar a Europa. Tal vez el año que viene. Aguardo con impaciencia sus cartas.

Su amigo

CLAUDE EATHERLY

CARTA 8

Girls of Hiroshima,
c/o Arden Yamanaka, 522 A oyama Kita Machi, Minatoku al comandante *Claude*
Eatherly
V. A. Hospital Waco, Texas

24 de julio de 1959

Estimado señor:

Las que suscribimos esta carta, las Girls of Hiroshima, le saludamos cordialmente.

Todas nosotras somos chicas que, aunque tuvimos la suerte de escapar de la muerte, fuimos heridas en nuestros rostros y en nuestro cuerpo por las bombas atómicas arrojadas sobre Hiroshima durante la última guerra. Nuestras caras y nuestros cuerpos muestran cicatrices y heridas, y es nuestro deseo que esa cosa horrible a la que se llama «guerra» no se repita jamás, ni aquí ni en ninguna otra parte del mundo. Nos hemos enterado recientemente de que, tras lo sucedido en Hiroshima, los sentimientos de culpabilidad le atormentan y de que usted ha sido internado en un hospital para recibir tratamiento psicológico.

Le escribimos esta carta para expresarle nuestra más profunda conmiseración y para asegurarle que no sentimos ningún odio hacia usted. Puede que alguien le ordenase hacer lo que hizo; o que creyese que de este modo podría poner fin a la guerra o ayudar a la gente. Pero usted sabe que las bombas no ponen fin a las guerras de este mundo. Nosotras hemos sido tratadas muy cariñosamente (*kindness*) por cuáqueros en Estados Unidos. Hemos aprendido a ver en usted a un camarada, y lo consideramos una víctima más de la guerra.

Deseamos que se cure usted pronto y que se decida a unirse a aquellos que, con espíritu fraternal, se entregan a la buena causa de acabar con esa barbarie a la que se llama «guerra». Afectuosamente, sus amigas

Hideko Sumimura
Sayoko Komatsu
Chieko Komura
Tadako Emori
Motoko Yamashita
Keiko Kawasaki
Miyoko Matsubara
Tazuko Shibatu
Masako Wada
Emiko Takemoto
Mitsuko Kodama
Chizuko Suzuki
Atsuko Tada
Misako Kannabe
Hiroko Tasaka

Shigeko Miimoto
Michiko Yamaoka
Arden T. T. Yamanaka
Yasuko Sima
Hatsue Inoue
Suzue Hiyama
Shigeko Hara
Yukiko Okita
Yoshie Kihara
Sachiko Kawamata
Michiyo Zomen
Toyoko Yamanaka
Yoshie Enokawa
Hisaomi Watanabe
Ruriko Funatsu

CARTA 9

A Claude Eatherly

18. 8. 59

Querido señor Eatherly:

Empezaba a preocuparme por usted, pues no daba respuesta a la carta que le envié desde Suiza. Cabía la posibilidad de que no la hubiese recibido, o de que gente a la que no le gusta nuestra correspondencia le hubieran impedido responderme. Ahora que conozco lo infundado de mis temores, que todo está en orden, que pronto será un hombre libre con una gran misión que cumplir, puedo respirar tranquilo. Pero antes de empezar a hablar de su misión, quisiera decirle que me ha alegrado mucho que hablase usted de «nuestro»

mensaje. Esto significa que lo ha enviado. Es una pena que no me haya comunicado los términos en los que lo ha formulado. Pero da igual, pues lo verdaderamente importante no es que yo conozca los detalles, sino que usted lo haya enviado.

Quizá recuerde una de las frases de mi primera carta, en la que le decía que en Japón no había encontrado ni a una sola persona que sintiese odio o la menor antipatía hacia usted. No puedo concebir una confirmación más clara y más hermosa de mis palabras que esta carta de las Girls of Hiroshima. ¿No ha de alegrarnos el hecho de que exista ya un solo frente, un frente en el que *las víctimas reconocen como víctimas a los propios «verdugos»*? Es hora de que las «víctimas» pasen a la acción, de que todas ellas hagan lo que esté en sus manos para evitar situaciones en las que otras personas puedan volver a convertirse en víctimas.

Y ahora paso a ocuparme de su proyecto, o mejor dicho, de las posibilidades que tiene ante sí.

Créame usted, Claude, si le digo que me siento honrado por la confianza que deposita en mí, sobre todo por su afirmación: «Necesito su ayuda, pues en breve he de presentar un esbozo que sirva de base a los productores para transmitir nuestros fines y nuestras convicciones». Esta frase me enseña, y seguramente usted siente algo parecido, que para que exista una amistad y un sentimiento de comprensión mutua entre dos seres humanos, no es imprescindible que éstos se conozcan personalmente, pues basta con conocer la integridad y la buena voluntad del otro.

Y ahora permítame decirle algo más concreto. Sinceramente, no confío demasiado en la oferta que le han hecho las Bob Hope Productions. He vivido durante muchos años cerca de Hollywood y conozco los principios, o mejor dicho, la absoluta falta de principios de los productores cinematográficos. En cuanto alguien (ya se trate de un autor, de un actor, etc.) es absorbido por una compañía cinematográfica (y una vez que ha sido bien pagado por ello), los productores pretenden tratarlo como propiedad suya, como un objeto al que se puede manejar a discreción. Y *aunque* usted tuviese suficiente experiencia y fuese lo bastante inteligente como para imponer las condiciones en las que estaría dispuesto a convertirse en «propiedad de los productores» (es decir, aun cuando pudiese poner como condición que la película debería respetar fielmente su vida, sus sentimientos y su postura moral, y que el producto final habría de ser un reflejo claro de *sus* convicciones), ellos siempre encontrarían la manera de interpretar estas cláusulas conforme a sus propios intereses o hasta de incumplirlas. Y usted, en tanto que particular, apenas podría combatirlos pues, a diferencia de usted, su contratante no sería *un* particular, sino una empresa gigantesca contra la que cualquier acción judicial sería prácticamente vana. Y aun suponiendo que existiese alguna posibilidad de éxito, una vez que se hubiese producido la falsificación, la circulación de la película supondría para usted un perjuicio que ni una indemnización por incumplimiento de contrato podría reparar.

Pero esto no es lo más importante. Usted es un personaje *real* que se halla en la situación histórica *real* de hoy; y lo que desea es que sean hombres *reales* que adoptan medidas *reales* quienes lo tomen en serio, y no *movie fans* que buscan diversión en hechos ficticios. No podemos permitirnos correr el riesgo de que usted, un hombre real, sea transformado en un actor de hermosa sonrisa, es decir, en un personaje anodino perteneciente no a la realidad, sino al mundo de la mera apariencia. Usted sabe tan bien como yo que hay grupos de poder a los que les interesa que se produzca esa transformación y a los que nada les gustaría más que poder enterrarle bajo una capa de *glamour*. La exaltación de su persona a través del cine podría tener efectos contrarios a la misión y al

deber que se ha impuesto a sí mismo, peligro que sería todavía mayor si usted resultase «fotogénico» o si revelase ser un estupendo actor. Si ahora usted reinterpreta en el cine el papel más funesto que ha interpretado en su vida y que jamás se ha interpretado en esta época, privaría a su vida de su fatal realidad. De estas consideraciones se desprenden las siguientes advertencias:

1. Bajo ningún concepto debería usted mostrarse dispuesto a representarse a sí mismo, a aparecer como el actor que interpreta su propia vida.

2. Resístase, por favor, a todas las tentaciones de la industria del cine, hasta que tenga la absoluta seguridad de que el productor y el director de la película comparten nuestra causa; y hasta que compruebe que estos hombres no desean hacer un uso dudoso de la fama de la que usted goza por ser un «héroe de la era atómica». En la industria cinematográfica hay unos cuantos hombres honestos que merecen nuestra confianza, a algunos de ellos los conozco personalmente. O usted o nosotros deberíamos dirigirnos a ellos.

3. El tema del *script*. Como le he dicho, he vivido cerca de Hollywood (no he sido hombre de cine, pero sí he conocido a algunos). Desde hace cuatro décadas, la escritura de guiones cinematográficos es un trabajo rutinario realizado por especialistas del equipo de producción; y hasta los escritores de fama que son invitados a Hollywood para redactar guiones, se enfrentan siempre a la misma situación: se les arrebatan los borradores y a veces incluso el manuscrito ya concluido, éste se pone a disposición de los especialistas, que lo transforman hasta tal punto que el producto final ya no tiene nada que ver con el manuscrito original. Tenga esto presente si gente del cine le solicita que escriba la historia de su vida: estos hombres utilizarían su texto como puro pretexto y se servirían de él como *ellos* considerasen oportuno; además, utilizarían su guión como coartada para presentar su producto como «el auténtico documento autobiográfico». Puedo imaginar la cara que pondría cuando asistiese al estreno de «La vida de Claude Eatherly contada por él mismo», y ya veo su perplejidad al comprobar que aquello que se le presenta no guarda la menor relación ni con su vida ni con su manuscrito.

4. Pero si, pese a mis advertencias, usted llegase a creer que los beneficios que dicho proyecto pudiera traer consigo son demasiado grandes como para rechazarlos sin más, le aconsejaría que procediese del siguiente modo:

Como usted no es un escritor profesional, convendría que realizase este trabajo junto a alguien que fuese un buen escritor y que, además, mereciese su confianza. Lo que bajo ningún concepto debe hacer es dejarse engatusar y sentarse junto a un *ghost writer* perteneciente al equipo de producción, al menos no durante la primera fase. Pues lo fundamental es redactar un texto que sea un informe fiel de su vida y que exprese con exactitud sus temores y esperanzas, evitando que quienes pretenden hacer uso de este material puedan inmiscuirse en esta labor. Este guión inicial le servirá a usted como rasero con el que medir el producto final; y en caso de falsificación, podrá demostrar claramente la diferencia existente entre lo que usted ha escrito y lo que ellos han querido transmitir. Éste es el trabajo en el que ahora debe concentrarse. Temo no haberme expresado con suficiente rotundidad: publique su vida en forma de libro antes de permitir que su relato pase por la criba de producción. Primero ha de decir usted la verdad.

Su carta parece dar a entender que usted preferiría realizar este trabajo conmigo. No digo que no, pero sería necesario pensar a fondo cómo podríamos organizar esta colaboración. A mí me es completamente imposible desplazarme a Estados Unidos. Pero como usted piensa venir alguna vez a Europa, quizás Inglaterra sea el lugar ideal. Y ello por

dos razones:

1. Usted estaría en un país de habla inglesa, y, por tanto, en un lugar en el que no se sentiría tan extraño como en Austria.

2. Para mí, los gastos de desplazamiento serían mucho menores.

Trabajando juntos a diario, podríamos intentar elaborar un texto, o al menos un primer borrador, que yo podría llevarme a casa para revisarlo y dotarlo de cierta calidad literaria. Naturalmente, esto estaría sometido a su constante supervisión: usted tendría que examinar y criticar mi redacción, añadir lo que considerase necesario, dar por terminados unos pasajes y rechazar otros por considerarlos inadecuados. Esta segunda parte del trabajo podría hacerse por vía epistolar, pero lógicamente nos llevaría algunos meses, y puede que hasta medio año. Sin embargo, este procedimiento nos daría la seguridad de que el resultado final no sería superficial, y de que el rigor del documento estaría en consonancia con la seriedad del asunto.

En caso de que considere esta improvisada propuesta, debe ir pensando en venir a Europa antes de lo planeado. Sea cual fuere el resultado de esta posible colaboración, me alegraría conocer a mi nuevo amigo no sólo por carta, sino también *in the flesh*.

Ya le conozco por foto; las dos fotografías que adjunto le permitirán hacerse una idea de mí. La foto pequeña fue tomada en Hong Kong, en ella aparezco discutiendo la situación mundial con un joven chino escéptico de corta estatura.

En un par de días le devolveré la carta de las chicas de Hiroshima.

Infórmeme, por favor, de los detalles de su mensaje a Hiroshima; cuénteme cómo va el tema de la película, el asunto del libro y qué piensa hacer cuando recupere la libertad. Con mis mejores deseos, su amigo

GÜNTHER ANDERS

CARTA 10

A Günther Anders

22 de agosto de 1959

Querido amigo:

Tal vez le parezca extraño que, hallándome tan lejos, me vea obligado a recurrir a usted como persona en la que confiar y a la que pedir asesoramiento (*trust and guidance*), pero espero que comprenda mi situación: ¡hay tanta gente y tantos grupos que desean servirse de mí para tal o cual fin! Y tal vez le parezca descabellado, pero tengo la impresión de que son muchas las personas y los grupos que sólo se relacionan conmigo por llamarme como me llamo. Siendo así, ¿debería confiar en todos ellos^[7]? Pero con usted es distinto, pues tengo la impresión de que no tiene ninguna intención oculta, excepto la de ayudarme a alcanzar el fin para el que hemos nacido, a saber: hacer realidad un mundo en el que reine el amor y la comprensión mutua entre los hombres. Si atiendo a su consejo, es porque siento que puedo confiar en usted, y porque conozco el amor que profesa hacia todos los seres humanos. Es la misma confianza que me inspiran las dos fotografías que me ha enviado.

Quisiera decirle que jamás haría nada por ser una estrella de cine^[8]. Mi único deseo es contribuir a la paz, trabajar en favor del fin de las armas nucleares y del respeto de los derechos de todo ser humano, independientemente de su raza, creencias o color de piel.

Günther, puedo acordarme de todas las cartas que he enviado a Japón, pero... les he contado que yo fui el comandante que dio la señal de *go ahead* para destruir Hiroshima, que fui incapaz de olvidar este hecho, y que desde entonces el sentimiento de culpa me produce dolorosos tormentos. Les pedí que me perdonasen. Proseguí diciendo que los hombres no deberían luchar los unos contra los otros. «¿Por qué habríamos de luchar? La guerra es cruel e inhumana. Los hombres, las criaturas en las que culmina la Creación (*head of all creatures*), no deberían hacerse la guerra. Creo que quienes yacen bajo las cenizas de Hiroshima piden llorando la paz. Espero que los hombres sean capaces de construir juntos un mundo mejor».

Y les di «nuestro mensaje». Algo que jamás hubiera podido expresar en palabras. En resumen, creo que «nosotros» hemos logrado impresionarles (*It must have made an impression for us*).

No sé si le he contado que muchos escritores se han desplazado hasta aquí para verme, pero yo no he recibido a ninguno de ellos. Naturalmente, esto no ha podido evitar que escriban sobre mí, la mayoría de las veces cosas falsas. Me he negado a hablar con los abogados de las Bob Hope Productions antes de salir del hospital. En cualquier caso, sabía que el contrato no podría tener validez. Y finalmente comprendí que necesitaba tiempo y consejo para decidir a qué acuerdo debía llegar con la industria cinematográfica. Por favor, Günther, créame si le digo que no busco la fama; pero *si* llego a alcanzarla, espero utilizarla para una buena causa, para «nuestra causa».

Al Hirschberg, que ha publicado muy buenos libros en este país, querría escribir mi historia. No he firmado el contrato, pues todavía no he hablado con él. Hirschberg ha negociado con mi hermano, que es quien me lleva estos temas. Se lo prometo, Günther: no me convertiré en un actor. Si conoce usted a alguien digno de confianza en la industria del cine, tiene mi permiso para actuar en mi nombre, como mi agente. Luego escribiremos el libro juntos, y lo aceptarán. Me han dicho que Bob Hope es una persona de confianza. Si lo desea, escríbale, sé que está interesado.

Ignoro cuánto dinero he de recibir de mi hermano. Como le digo, es él quien administra mis bienes y mis ingresos. He de decirle que es muy respetuoso conmigo y con mis deseos. Como siempre, está muy preocupado por mi salud. Todavía no puedo decirle si podré viajar a Inglaterra ni cuándo, en caso de que decidamos escribir juntos el libro. Por favor, no piense que le pido que lo escriba usted aprovechándome de nuestra amistad. Lo hago sencillamente porque creo que usted conoce mejor que otros cómo soy y cómo pienso, y porque tiene confianza en mí. Pero también habré de considerar la posibilidad de que lo haga Al Hirschberg, dado que éste ya se ha puesto en contacto con mi hermano.

Mi médico está de vacaciones hasta septiembre. Cuando regrese le pediré que me dé el alta. Después me marcharé a mi rancho e intentaré recuperar el contacto con mis amigos. Realmente, no sé si me seguirán aceptando como amigo. Tendré que enfrentarme con mi mundo y con las personas que conozco; si me aceptan o no, será cosa suya.

Gracias por las fotos. Las llevaré a enmarcar en cuanto salga del hospital. Es una pena que las únicas fotos mías que usted ha visto sean de la época en la que estaba tan sano...

Una última cosa: no me convertiré en actor. No traicionaré su confianza ni mis ideas. Con la expresión de mis mejores deseos, se despide su amigo

CLAUDE EATHERLY

Querido Claude:

No, no me resulta extraño que, pese a la gran distancia que parece separarnos, estemos el uno tan cerca del otro. Si ejércitos entre los que se interponen miles de leguas logran darse alcance, los amigos han de demostrar que para ellos la distancia no constituye un obstáculo mayor que para los enemigos. Así que continuemos disparando nuestros proyectiles de la amistad, y demostremos a quienes sólo emplean su ingenio para destruir, que nosotros también somos capaces de eliminar distancias.

Tu carta me ha tranquilizado totalmente^[9]. Ahora sé que la oferta cinematográfica, que con seguridad hubiera sido una tentación para la mayoría de la gente, no te ha perjudicado; y que la fama, a la que estás condenado, no ha de corromperte; que la utilizarás exclusivamente para dar mayor relieve al mensaje que quieres transmitir. Y esta postura merece mi admiración.

Ahora pasemos a tus cosas. Estamos de acuerdo en que lo primero que hay que hacer es escribir tu biografía y publicarla. Sólo cuando este trabajo haya concluido, podrás considerar la posibilidad de la película. Yo iría incluso más lejos: este guión no sólo debería constituir el requisito imprescindible de una posible película, sino que el contrato cinematográfico debería estipular en una de sus cláusulas que la película ha de basarse en tu texto y sólo en él; y que tú estás capacitado para rechazar determinadas escenas, o incluso toda la película, en el caso de que ésta tergiversase los hechos o sirva a unos fines que no son los tuyos.

No conozco a Hirschberg. Intento conocerlo personalmente, pero sin comprometerte a ti. Intentaré hacerme con sus últimos libros, para comprobar si el nivel moral y literario de sus escritos le capacita y legitima para ser el autor de una película de la que dependen tantas cosas. Como es natural, para ti sería mucho mejor poder escribir el texto en Estados Unidos.

Evidentemente, si llegase a pensar que Hirschberg no es la persona apropiada para este trabajo, te lo comunicaría y te propondría que buscaras a otro colaborador, o que tomásemos en consideración la vía más difícil: trabajar juntos en Inglaterra.

Entretanto, yo ya he dado mis primeros pasos. He escrito a mi editor alemán (el mismo que ha publicado mi libro sobre Hiroshima), diciéndole que es posible que escribamos juntos la historia de tu vida, para lo cual habríamos de pasar un par de meses en Inglaterra, y que en ese caso los gastos derivados de nuestra estancia en ese país deberían correr a cargo de las casas editoriales (de Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Japón, etc.) interesadas en la publicación de esta biografía. Naturalmente, he subrayado que se trata solamente de una posibilidad, y he elegido cuidadosamente mis palabras para subrayar que esta solicitud no compromete a nada. Me he limitado a pedirle que la considere, y que trate mi carta con total discreción, pues el tema todavía no está maduro. Éste ha sido mi primer paso.

Y he aquí el segundo: me he dirigido a la secretaria de uno de los directores de cine con más talla moral y más calidad artística de Hollywood; le he hablado de nuestra correspondencia, del proyecto de escribir un guión cinematográfico sobre tu vida y de la oferta que te han hecho. El director, según se me ha dicho, está en estos momentos en algún

lugar de Asia; como no sé su dirección, me es imposible dar con él. No obstante, un buen amigo me ha dicho que este hombre hace tiempo que quiere rodar una película sobre la era atómica, pero que hasta ahora ha tenido sus dudas, pues considera inútil e impropio abordar la cuestión nuclear contando una historia convencional —y ésta es también mi opinión—. Sé que este hombre conoce mi libro sobre Japón y que siente cierto aprecio por mí. Si consiguiese ganarlo para nuestra causa, y si él pudiese aportar el dinero necesario para el proyecto, podríamos estar completamente seguros de que se rodaría *la* película sobre la era atómica. Tengamos paciencia. Y no firmemos ningún contrato antes de hablar con él y de ver cuál es su reacción.

Por lo demás, considero muy probable que si pidiésemos en Japón ayuda económica para la película, la conseguiríamos. Allí tú eres una persona famosa, y yo tampoco soy un desconocido.

Por otra parte, en tu última carta hay una frase que no entiendo. En ella dices que me autorizas a actuar como tu agente. Pero yo no puedo aceptar actuar como tal. En primer lugar, porque carezco de los conocimientos comerciales y jurídicos imprescindibles para realizar dicha actividad, desde la práctica hasta la falta de escrúpulos, por no hablar de los contactos necesarios para un trabajo así. En segundo lugar, porque ni siquiera un agente profesional podría representar a un cliente que vive en otra parte del mundo. Así pues, sigamos estando en contacto, pero sin considerar la posibilidad de una relación agente-cliente.

Y ahora pasemos a tu vida. Sabes que, pese a la distancia, en estos momentos me tienes a tu lado, pues cuando te den el alta empezará una nueva fase de tu vida. Me temo que no te será fácil volver a empezar. Cabe la posibilidad de que sufras el rechazo de algunos o de muchos de aquellos que para ti personifican tu juventud y tu patria; es posible que, durante el tiempo transcurrido desde tu juventud, estas personas no hayan evolucionado y que, por lo tanto, sean incapaces de comprender tus experiencias y las conclusiones que has sacado de ellas. Por otra parte, es muy probable que revoloteen a tu alrededor bandadas de molestas criaturas que, cual mosquitos, intenten sacar partido de tu fama y convertirte en su aliado, haciendo que apoyes causas más o menos serias o sus necias ideas. No siempre te será fácil distinguir el oro del oropel y organizar tu vida de forma que esta gente no te robe demasiadas energías. Yo que tú, independientemente de lo que pueda ocurrir en el futuro, me propondría desde el principio aislarme al menos durante dos horas al día para empezar a escribir la historia de tu vida; pues sin este trabajo previo, seguramente ni Hirschberg ni yo podríamos colaborar posteriormente contigo.

Puede que la primera vez que te sientes a escribir te ocurra lo que le sucede a cualquier escritor: sentirte desesperado por no saber cómo empezar. Esto es completamente normal, créeme, es algo a lo que no has de dar importancia. Debes saber que no es totalmente necesario empezar por el principio de tu vida. Empieza narrando tranquilamente algunas situaciones que se te ocurran en ese momento, o aquellas sobre las que realmente creas que tienes algo que decir. En cuanto hayas escrito un párrafo, éste se convertirá de forma inmediata en tu ayudante, pues reclamará la descripción de una situación anterior, o conducirá directamente al segundo párrafo. En ninguna biblioteca del mundo hay un solo libro que haya sido escrito en el mismo orden en que se nos presenta como texto. Por otra parte —esto es algo que no puedo negar— el oficio de escritor implica siempre cierta tortura. Como el escritor es su propio jefe, como nunca recibe órdenes, tampoco goza de la cómoda situación de dependencia en la que se encuentran los trabajadores, los empleados o los soldados, que se limitan a cumplir órdenes y jamás se ven confrontados con la tarea de

llenar y organizar el tiempo vacío que cada mañana pone ante ellos.

Por más fastidioso que esto pueda parecerte, ahora tienes por delante una tarea positiva. Y esta tarea positiva evitará que vuelvas a caer en aquellos actos de desesperación que en el pasado estuvieron a punto de arruinar tu vida. Y cuando te sientes a trabajar, debes saber que no estás solo, que en todo el mundo hay personas que se esfuerzan por alcanzar el mismo objetivo que tú.

¡Que tengas un buen comienzo!

GÜNTHER

P. D. Como no sé si sigues en el hospital o si ya has salido, te envío esta carta a las dos direcciones.

CARTA 12^[10]

A Günther Anders

Sin fecha

Quisiera agradecerte las sensatas palabras que me has escrito, pues a mí no me interesa la fama del cine. Si este asunto de la película llega a cuajar, todo debe transcurrir del modo en que tú lo has descrito. Solamente tenemos una vida, y si las experiencias de la mía pueden contribuir al bien de la humanidad, ése ha de ser su fin: no el dinero o la fama, pues yo debo a todos una explicación. Si actúo de este modo, mi vida se convertirá en un continuado acto de reparación y me sentiré liberado de mi culpa. De estar ligado a otros fines, el dinero que pudiese obtener me recordaría las treinta monedas de plata que recibió Judas Iscariote a cambio de su traición. (Por lo demás, evidentemente siempre me pareció que el verdadero culpable del asesinato legal [*judicial murder*] de Jesucristo fue el sumo sacerdote Caifás, el representante de la gente respetable y buena, en un sentido convencional, de todas las épocas, también de la nuestra). Aunque a esta gente no se le pueda reprochar lo mismo que a Judas, también ella es culpable, pero en un sentido más sutil y profundo. Es precisamente esto lo que hace tan difícil que la sociedad comprenda el sentido de mi culpa, que yo reconozco desde hace ya mucho tiempo. La verdad es que la sociedad *no puede* aceptar mi culpa sin reconocer simultáneamente en sí misma una culpa mucho mayor. Pero naturalmente es muy deseable que la sociedad se dé cuenta de esto —y esto explica la importancia fundamental de *mi y nuestra «story»*—. Y ahora acepto este hecho: es poco probable que yo consiga este reconocimiento poniéndome a malas con la ley (*getting into scrapes with the law*), como lo hice cuando decidí desenmascarar al «héroe» en que la sociedad me convirtió para poder seguir viviendo en la indolencia (*to perpetuate its own complacency*).

[...] no era mi intención transformarte en mi agente; lo único que deseaba era hacerte saber que gozas de mi confianza en relación con los asuntos referidos a nuestra causa común, y que por lo tanto puedes actuar como creas conveniente.

[...] Mi médico me ha comunicado que podré salir del hospital uno de estos días. Además, me ha dicho que está dispuesto a ayudarnos a explicar los pormenores médicos de la historia, en el caso de que decidamos escribirla. No firmaré ningún contrato antes de que hayamos tanteado tus posibles contactos.

Esperando que estés bien en todos los sentidos...

CLAUDE EATHERLY

The High priests, Caiaphas - the ^{type} representation
of the pious and the respectable - the
'conventional good people' of all ages
including our own. These people, while
they are not blameworthy in the same
sense as Judas, are yet guilty, in
a more subtle, but also more profound
sense than he. This is the reason
why I have been having such difficulty
in getting society to recognise the
fact of my guilt, which I have
long since realised. The truth is
that society simply cannot accept
the fact of my guilt without at
the same time recognising its own
far deeper guilt. But it is, of course,
highly desirable that society should
recognise this, which is why my
and my story is of such vital
importance. Now I accept the fact
that I am unable to bring about
that recognition by getting into
scrapes with the law that I have
been doing ~~so~~
~~so~~ in my determinations
x to shatter the 'hero-image' of me by

Carta 12

CARTA 13

A Claude Eatherly

8. 9. 59

Querido Claude:

Muchas gracias por tu carta. Ahora estoy tan firmemente convencido de que no te vas a dejar seducir, que ya nada puede hacer que pierda mi fe en ti.

La de hoy no es una carta en el verdadero sentido de la palabra. Escribir una auténtica carta es una tarea que de momento me veo obligado a aplazar, pues estoy muy ocupado. Estas líneas sólo pretenden servir de acompañamiento a la carta japonesa que deseas que te devuelva. Todavía no he recibido respuesta a las cartas que envié a las editoriales y a la gente del cine. Habremos de tener paciencia.

Sabes que, pese a la distancia, en estos momentos estoy a tu lado. Esta nueva etapa

de libertad te traerá una vida completamente nueva. Tienes una misión que cumplir, ¡y qué misión!

Por favor, ahora intenta empezar a relatar algunos capítulos de tu vida. Y no te desanimes si no lo logras a la primera. A nadar se aprende solamente nadando, y a escribir sólo se aprende escribiendo.

GÜNTHER

CARTA 14

A Günther Anders

11. 8. 59

Te escribo esta carta para que sepas que debes seguir escribiéndome al hospital. Mi petición ha sido denegada: no se me ha dado el alta, ni siquiera a modo de prueba^[1]. Mi médico solicitó el alta (*leave*), pero Washington la denegó. Esto te permitirá hacerte una idea de los controles a los que desde ahora estaré sometido. Te aseguro que jamás conseguirán hacer que renuncie a plasmar por escrito mis convicciones, aunque me retengan como a un preso. Mi médico me ha dicho que volveremos a intentarlo dentro de uno o dos meses. Según me ha explicado, en estos momentos la opinión pública está demasiado interesada en mi caso y la publicidad que se le ha dado es demasiado grande para que puedan darme el alta ahora. Ciertamente, yo puedo pedir el alta *contra* el consejo de mi médico, pero esto lo pondría en una situación delicada [ante sus jefes], y yo nunca haría nada que pudiese perjudicarlo. Sigo recibiendo muchas cartas desde Japón. También me mandan muchos periódicos. Creo que casi todos los periódicos de Japón se han hecho eco de mi historia. Estoy convencido de que éste es el motivo de que me retengan en Waco. Mi médico también piensa que ésta es una de las razones.

Intento dar respuesta a todas las cartas que recibo. Creo que la correspondencia personal es el mejor camino para lograr que los hombres de todos los países del mundo se comprendan. Todos los hombres son iguales (*All mankind is alike*). No creo que haya líneas divisorias entre los pueblos; el único camino que puede conducir a la paz es la fraternidad y la comprensión mutua, no la guerra. Muchas de estas cartas las escriben jóvenes japoneses. En ellas me cuentan que hacen todo lo posible para detener la proliferación de las terribles armas actuales, y que para ellos mis escritos son una especie de estímulo. Esto me hace muy feliz.

Si se te ocurre algo que yo pueda hacer en favor de nuestra causa durante mi permanencia en el hospital, házmelo saber.

Voy a empezar a escribir algo sobre mi vida, algunas notas que puedan servirme para mi libro. Guardo todas las cartas que recibo; creo que después podrán serme útiles.

No creas que estoy desanimado por no poder salir ahora del hospital. Estoy decepcionado, lo admito, pero quiero hacer todo cuanto esté en mis manos para aprovechar mi reclusión (*confinment*).

Espero que al recibo de ésta, tú y tu familia estéis bien.

Tu amigo

CLAUDE EATHERLY

CARTA 15

Querido Claude:

¡Si pudiese estar a tu lado! Me siento amargamente decepcionado, indignado y contrariado cuando pienso en *las razones* por las que se prolonga tu reclusión. Pero si fuese a verte, no sería solamente para decirte esto. Sería también, Claude, para decirte cuánto respeto me merece tu actitud estoica y la forma incidental en la que me relatas, o mejor dicho, en la que te limitas a mencionar este nuevo golpe. Sé que lo último que querrías es adoptar el pomposo papel de mártir. Pero el verdadero mártir jamás desea serlo, simplemente está condenado a convertirse en tal; no puede hacer nada para evitarlo. Los verdaderos mártires han sido siempre *hechos* por otros, y lo mismo ocurre hoy: por aquellos que, por ceguera y falta de imaginación, intentan ahogar la voz de la verdad. Créeme, Claude, si te digo que a tu lado me siento pequeño, sobre todo cuando pienso con qué entereza aceptas tu destino y soportas que te conviertan en un mártir. Demuestras que este papel, que tú no has elegido, no te queda grande. Así lo prueba el simple hecho de que, sin lamentarte, me pidas que siga escribiéndote a tu vieja dirección, cuando el hecho de que ésta siga siendo válida supone el desvanecimiento de grandes esperanzas. Hace un par de años, elaboré un cuadro estadístico sobre las causas responsables de la muerte de filósofos y grandes figuras religiosas. Tal vez te interese, tal vez pueda incluso consolarte, saber algo sobre los destinos de estas personas. El resultado de esta investigación fue que más del 70% de estos hombres, desde la Antigüedad hasta el siglo XVIII, habían pasado años en cárceles o en el exilio, o habían muerto en su huida o de forma violenta. Como puedes ver, el precio que nuestros camaradas tuvieron que pagar en el pasado por no claudicar y por decir lo que consideraban era la verdad, ha sido casi siempre tan elevado como hoy; y quienes hoy continuamos arriesgando nuestras vidas y defendiendo nuestras convicciones, lo hacemos siguiendo el modelo de las figuras más ilustres, entre las que se cuenta Sócrates e incluso figuras de talla mayor^[12].

Y ahora, Claude, pasemos a tu pregunta sobre lo que puedes hacer por nuestra causa mientras permanezcas en el hospital.

Si fueses un médico que luchase contra el cáncer, tendrías ante ti dos tareas distintas. Por una parte, deberías auxiliar al enfermo, y el aplazamiento de la visita médica sería un acto de irresponsabilidad. Supongamos, por otra parte, que tuvieses nuevas teorías sobre las causas o sobre el tratamiento adecuado del cáncer: de ser así, estarías en la obligación de plasmar por escrito tus ideas, pues éstas podrían ser importantes para el día de mañana. Si en ese momento el enfermo reclamase tu auxilio, esta importante labor se vería interrumpida. Esto también puede aplicarse a tu caso. Tienes ante ti dos tareas completamente distintas, y lógicamente lo ideal sería que pudieses combinar ambas. Por el momento te es imposible visitar a los enfermos. Pero nada te impide realizar la otra tarea.

Ambos estamos de acuerdo en que tu historia *ha de* escribirse. Ésta es hoy tu tarea; una tarea que, aunque es de hoy, no es para hoy, sino para el día de mañana. Me alegra saber que ya has empezado a anotar un par de cosas sobre tu vida. Por favor, sigue adelante.

Si encontrases alguna dificultad en el trabajo, podrá servirte de ayuda leer las grandes obras autobiográficas del pasado, para ver cómo otros lograron redescubrir, reconstruir y transmitirnos su propia vida. No es tarea fácil reconstruir la vida mediante la

rememoración. Y como cuando vivimos acostumbramos a hacerlo mirando al futuro y no al pasado, la actitud adecuada para realizar esta tarea no puede adquirirse de un día para otro. Deberías empezar leyendo las *Confesiones* de san Agustín.

Sabes que, en el caso de que decidas enviarme algún pasaje, tendré el gusto de comunicarte la impresión que me ha producido su lectura, y entonces quizá pueda darte consejos más concretos sobre cómo continuar escribiendo. Pero también puede que consigas salir adelante, y así lo espero, sin la ayuda de nadie y sin tener que recurrir a ningún *ghost writer*. En tus cartas hay párrafos que demuestran que, pese a no tener la costumbre ni la práctica de escribir, estás capacitado para expresar con elocuencia tus convicciones y tus esperanzas. Esta forma tuya de escribir no debería ser adulterada, ningún escritor profesional debería menguar la fuerza de tu lenguaje ni estilizarlo con bellos giros. Naturalmente, con este consejo no estoy insinuando que ya no me halle dispuesto a colaborar contigo. Pero primero deberías intentarlo solo, pues a fin de cuentas se trata de *tu* vida, de *tu* dolor, de *tu* esperanza, de *tu* valor; éste ha de ser el contenido del libro. Esto es lo que te hubiera dicho si hubiese tenido la posibilidad de ir a verte.

Por desgracia, todavía no he recibido respuesta de la gente del cine con la que he intentado ponerme en contacto. Sabes que, de recibir alguna respuesta, te informaría inmediatamente.

Por otra parte, he leído una crítica de una película de las Bob Hope Productions que debe de ser un simple disparate. Temo que no podamos tener en cuenta a este hombre. Todavía no me han llegado los libros de Hirschfeld, pero por lo que sé, sólo ha escrito sobre el *show business*. Acaba de aparecer mi libro sobre Hiroshima. Le pediré a mi editor que te envíe inmediatamente un ejemplar. Naturalmente, el libro está escrito en alemán. Sé que no puedes leerlo, pero te ruego que lo aceptes como un símbolo.

Y cuenta con mi amistad, no dudes ni olvides jamás una cosa: tienes más amigos en el mundo de los que crees.

Tu amigo

GÜNTHER

CARTA 16

A Günther Anders

12 de octubre de 1959

Querido Günther:

Discúlpame por no haber contestado antes a tu última carta. Asimismo, quisiera darte inmediatamente las gracias por el libro de Platón.

Cuando protesté enérgicamente contra el funcionamiento del hospital y contra mi permanencia en él, me volvieron a enchiquerar^[13]. Cuando me encierran, no me resulta nada fácil mandar cartas. Así pues, no te preocupes si a veces no te respondo enseguida. Logré hacerme con las *Confesiones* de san Agustín gracias a un sacerdote que viene por aquí de vez en cuando. Estos dos libros me han dado mucha alegría. Sobre Sócrates ya había leído muchas cosas. Estoy pensando ya en salir del hospital para intentar escribir como tú me pides. El horario del hospital me quita prácticamente todo mi tiempo. Ya he escrito algunas líneas sobre mis primeros recuerdos y continuaré haciéndolo en cuanto tenga tiempo.

Sigo recibiendo montañas de cartas desde Japón. La mayoría de mis correspondientes me animan a viajar a ese país y a liderar a los jóvenes en su lucha contra las armas nucleares. Por otra parte, he recibido una carta de un sacerdote austríaco residente en Kenia, África, en la que me dice que ha leído un artículo sobre ti, probablemente referido a tu libro sobre Japón.

Sigo esperando tu libro, quizás encuentre a alguien que pueda traducírmelo. Llevo muy atrasada la labor de contestar a toda la gente que me escribe. Intento responder a la que se muestra interesada por los problemas del presente y animarlos a que mantengan correspondencia con quienes se esfuerzan por evitar el desencadenamiento de guerras nucleares. Sería estupendo que tu libro se publicase en inglés y en japonés.

Las Fuerzas Aéreas han vuelto a escribir al hospital. Se han interesado por mi estado de salud, y han preguntado si pueden hacer algo por mí. Esto me preocupa un poco, pues temo que intenten trasladarme a *su* hospital cuando salga de éste —quizá sea ésta la razón de que mi médico se niegue a darme el alta ahora—. Su propósito es conseguirme un «permiso a modo de prueba», de modo que yo siga estando bajo su control cuando abandone el hospital.

A menudo me pregunto si puedes necesitar algo de Estados Unidos que no puedas conseguir en Europa. De ser así, te ruego que me lo hagas saber y te lo enviaré en cuanto salga. Estoy seguro de que estaré fuera antes de las Navidades.

Esperando que todo te vaya bien, se despide tu amigo

CLAUDE E.

CARTA 17

A Claude Eatherly

18. 10. 59

Querido Claude:

Tu carta me ha causado un gran dolor. Comprendo perfectamente que una persona que ansía vivir en libertad pueda perder la paciencia e incluso ponerse fuera de sí. Tu reacción demuestra que no has perdido la vitalidad y que, pese a la aplastante monotonía de tu vida diaria, sigues conservando tus esperanzas y tus ideales. Los arrebatos no son signo de anormalidad, y sólo los anormales no se comportan de forma anómala en situaciones que no son normales.

Naturalmente, las palabras nunca bastan. Desearía poder hacer más cosas por ti, y me rompo la cabeza pensando en qué y cómo podría hacerlo. ¿No crees que sería aconsejable que los amigos en quienes confías se pusieran en contacto para ver qué se puede hacer? Sé que confías totalmente en uno de tus médicos, y que también confías en mí. Quizá fuese una buena idea que le hablases a tu médico de mí (si es que no lo has hecho ya) y le pidieses que me escriba, para que de este modo reflexionemos sobre los posibles pasos que podemos dar. Naturalmente, te toca a ti decidir si debemos hacerlo o no, pues a mí no me gusta actuar a espaldas de los demás, y en tu caso tal secretismo sería especialmente hiriente. Habiendo estado privado durante tantos años de la posibilidad de decidir con libertad sobre tu propia vida, nada es tan importante para ti como recuperar el derecho a tomar tus propias decisiones. Así pues, piénsatelo: estudia la posibilidad de hablarle de nuestra correspondencia, y piensa hasta dónde puedes contarle; y si crees

conveniente que él y yo nos pongamos en contacto. Sea como fuere, a mí me parece que, al igual que yo, también él desea verte en libertad. Soy perfectamente consciente de que él, en tanto que médico, guarda el secreto profesional cuando habla de sus pacientes. Pero más allá de esta esfera de discreción existen muchos problemas, por ejemplo los relacionados con tu trabajo después de salir del hospital.

Por lo demás, uno de los puntos de tu última carta tiene que ver con este tema. Me dices que tus corresponsales japoneses te invitan una y otra vez a viajar a Japón y a «liderar» el movimiento antinuclear en aquel país. Eso es totalmente absurdo. Cuando salgas, ya tendrás bastante con reconstruir tu vida fuera de esa institución. Esto sólo podrías lograrlo en un país en el que se hable tu misma lengua. E incluso hablando la misma lengua, a menudo tendrás la impresión de que tus semejantes no te entienden y que tú tampoco los entiendes a ellos. Estoy completamente seguro de que en Japón se te recibiría con cariño, incluso con entusiasmo; pero no podrías dar ni un solo paso por tu propia cuenta, y te verías obligado a ponerte en manos de otros ante las situaciones más triviales y cotidianas. En otras palabras: la situación te volvería *todavía* más dependiente de lo que ya eres ahora, te volvería sencillamente infantil. A esto se añade el hecho evidente de que nadie puede liderar un movimiento en un país cuya cultura desconoce. Aunque tú y los japoneses que te invitan tengáis las mejores intenciones —y sé que es así—, te convertirías en un simple objeto de exposición. No, Claude, primero has de lograr ser una persona independiente, has de ponerte en pie y tus pies han de empezar pisando el suelo que te es familiar.

En tu última carta había un pasaje ambiguo: por una parte, decías que confiabas en salir antes de las Navidades; por otra, parecías temer la posibilidad de que te trasladaran a otro hospital. Con toda probabilidad, lo que ocurre es que no sabes exactamente cuál es tu situación, por lo que albergas esperanzas pese a tu temor y tienes miedo pese a tus esperanzas, y ambas cosas a la vez. Por favor, descríbeme con la mayor exactitud posible qué juicio te merece tu actual situación, de modo que yo pueda partir de una base para pensar y ponderar las posibles soluciones.

Me sentí orgulloso cuando leí que has empezado a relatar algunos detalles de tu autobiografía. Espero que puedas continuar haciéndolo (¿o acaso has de hacer otro tipo de trabajos?). De ser así, me gustaría saber concretamente cuáles. A mi juicio, tu autobiografía es lo más urgente. Y no sólo porque deberías tenerla a punto por si se produjesen situaciones como aquellas de las que ya hemos hablado, sino también porque estoy convencido de que relatar la propia vida es una forma de curarse a sí mismo. Sin duda, el libro de san Agustín te hará comprender a qué me refiero.

He recibido recientemente una carta desde Japón, en la que se me pedían detalles sobre ti y sobre tu vida para un escritor japonés que trabaja en una novela sobre Hiroshima. He rechazado hacerlo. El único que puede decidir qué y cuánto ha de publicarse sobre Eatherly es el propio Eatherly. Cito la carta: «Mr. K., un conocido escritor japonés, que, a diferencia de la mayoría de los escritores de nuestro país, conoce a fondo la situación internacional, está escribiendo una novela sobre Hiroshima. Mr. K. quisiera conocer todos los detalles sobre el señor Eatherly; la correspondencia que usted mantiene con él, publicada por Asahi y Yomiuri^[14], ha despertado un vivo interés. Por favor, diríjase al señor K. y cuénteles todo cuanto sepa del señor E., y sugiera al señor E. que escriba al señor K. relatándole sus experiencias». Si te apetece escribir un par de cosas sobre ti, hazlo y envíamelas. Después te las devolveré.

Me emocionó que me preguntases si necesitaba algo. Sí, necesito una cosa, y

urgentemente: días de cuarenta y ocho horas que me permitan hacer todo cuanto creo necesario hacer. Si pudieses enviarme bien embaladas y contra reembolso mil horas libres, te estaría muy agradecido. Otras cosas o ya las tengo, o no las necesito. ¡Ánimo!

Tu amigo

GÜNTHER

CARTA 18

De Günther Anders al hermano de Claude Eatherly

Mr. Eatherly
Grayston, Texas

16. 11. 59

Distinguido señor Eatherly:

No sé si sabe usted quien soy. Puede que Claude le haya mencionado que mantenemos una correspondencia que se prolonga desde hace ya varios meses. En junio le escribí una extensa carta sobre los problemas morales de su vida, y esta carta le dio tal confianza en mí que desde entonces me informa sobre las cuestiones relacionadas con su vida; por mi parte, yo he intentado aconsejarle y ayudarle siempre que he considerado que mis palabras podrían serle útiles.

En su última carta, Claude me ha comentado muy preocupado que, en vez de darle el alta, quizá lo trasladen al Walter Reed Hospital. No me siento capacitado para juzgar si sus temores tienen una base real o no. Siendo lego en temas jurídicos, yo imaginaba que Claude, habiendo sido separado del servicio, ya no dependía de las autoridades militares, y que por lo tanto éstas no podían disponer sobre su traslado a otro hospital.

Ahora temo por la suerte de Claude, pues mientras que hasta el momento me escribía cada dos o tres semanas, desde hace más de un mes no he recibido señales suyas. Por esta razón me dirijo a usted, pidiéndole me informe sobre él, pues sé por Claude que usted lleva todos sus asuntos y que está feliz de tener a alguien en quien poder confiar plenamente^[15]. Por favor, tenga la amabilidad de comunicarme cómo está su hermano, si todavía se halla en Waco, si cree usted posible que le den de alta y si lo considera capaz de volver a llevar una vida normal.

El ahínco y el valor con el que su hermano intenta sobrellevar la carga que ha de arrastrar durante toda su vida, merece el mayor de mis respetos. Precisamente porque lo respeto tanto, me resultaría insoportable pensar que nuestra correspondencia, o el hecho de que ciertos periódicos y revistas de todo el mundo hayan publicado (con su autorización, por supuesto) nuestras dos primeras cartas, hubiesen podido empeorar su situación. Es este temor el que ha hecho que me dirija a usted para pedirle consejo. Por favor, no piense que pretendo saber algo de Claude sin que él se entere. La próxima vez que le escriba, le diré que me he dirigido a usted por escrito y cuál ha sido el contenido de mi carta.

Suyo

GÜNTHER ANDERS

P. D. Si desea ver alguna de estas publicaciones, se la enviaré gustosamente^[16].

CARTA 19

A Claude Eatherly

Querido Claude:

Ésta será una carta muy breve. Te escribo únicamente para que no pienses que he hecho algo a tus espaldas. Tras recibir tu última carta, en la que me hablabas de la posibilidad de que te trasladasen al Walter Reed Hospital, solicité al profesor Linus Pauling (el conocido científico que ha reunido 9000 firmas contra la proliferación de armas nucleares) que se informase sobre el estatuto legal de una persona que, como tú, ha sido separada del servicio, y que averiguase si en estos casos las autoridades militares siguen estando legitimadas para decidir sobre tu persona. Le escribí esta carta con el fin de conocer los detalles jurídicos que yo, al no ser norteamericano, ignoro; y para reunir el material suficiente sobre el que fundamentar mi consejo, en caso de que vuelvas a pedírmelo.

Por desgracia, el profesor Pauling recibió mi carta justamente cuando se disponía a viajar a Australia. En el trajín de su partida, entregó la carta a la American Civil Liberties Union^[17], cosa que al principio me alegró, pues yo esperaba que esta organización me daría la explicación solicitada. Pero, desgraciadamente, lo único que han hecho es importunarte con sus preguntas y pedirte información que yo también hubiera podido solicitarte directamente. Sin lugar a dudas, no han tratado tu caso con el tacto que merecía.

Lamentaría mucho, Claude, que pensases que yo he hecho algo a tus espaldas. La verdad es más bien que se ha actuado a espaldas mías. Pero estoy plenamente convencido de que no perderás ni un solo momento la confianza que has depositado en mí. A fin de cuentas, nos conocemos desde hace meses, y si de repente perdieses la confianza en mí, toda nuestra correspondencia se volvería absurda.

Y para no ocultarte absolutamente nada: como, después de muchas semanas sin recibir noticias tuyas, estaba preocupado (y todavía lo estoy), decidí escribir a tu hermano y preguntarle tanto por tu salud como por tu situación legal. No estoy seguro de que tu hermano llegase a recibir mi carta, pues yo sólo tenía la dirección incompleta del lugar de residencia de tu familia que encontré en un libro sobre Hiroshima.

Así pues, vuelves a estar al corriente de todo. Por favor, siéntate y escíbeme, pues quisiera saber qué decisiones has tomado en relación con tu futuro.

Tu amigo

GÜNTHER

CARTA 20

A Günther Anders

Sin fecha

Querido Günther:

Por favor, disculpa que no te haya respondido, pero confiaba en poder salir del hospital y rezaba todos los días para que así fuese. ¡Me hubiese gustado tanto hablarte de mi nueva vida estando ya fuera del hospital! Hace tres semanas, mi médico me comunicó que podría irme a casa en el caso de que mi hermano viniese a recogerme y firmase una *responsability form*^[18].

Hablé con él por teléfono y me dijo que vendría a recogerme. Esperé durante dos semanas. Después volví a llamarle. Y esta vez me dijo que no estaba seguro de que yo

estuviese preparado para dar este paso (*ready*). En otras palabras: mi hermano se niega a responsabilizarse de mí. No comparte mis ideas, y anteriormente ya había intentado poner trabas a mi trabajo y a mis escritos para las organizaciones pacifistas. Le ofende (*he resents*) el aprecio del que gozo entre ciertos grupos, y ha convencido al hospital para que no me conceda privilegios y para que no me permita determinadas visitas. Al principio, yo no quería decirte nada. No me resulta fácil acusar a mi hermano. Hasta hace muy poco, yo mismo no sabía nada de esto.

Pero una cosa es segura: la semana pasada mi médico me dijo que me ayudaría a dejar el hospital antes de las Navidades.

Muchas gracias a ti y a la señora Pauling por haber expuesto mi caso ante la Civil Liberties Union. Ayer contesté a la carta del señor Watts y le di toda la información que me pedía.

Siento no poder decirte nada definitivo sobre mi situación, pero entiéndelo, por favor: el hospital no da una respuesta clara a ninguna de mis preguntas sobre el alta médica, y me amenaza con prolongar mi permanencia en el centro si llego a solicitar el «alta contra el consejo de los médicos»; además, no dejan de barajar la posibilidad de que las Fuerzas Aéreas me trasladen al Walter Reed Hospital. No enviaré nada a Japón al señor K. Puede arreglárselas con la información que obtenga de otras publicaciones.

Hoy es *Thanksgiving Day*^[19], y he de decirte una cosa: doy especialmente las gracias por tener tantos amigos, y a ti te considero el mejor de ellos. Por favor, da las gracias a la señora Pauling por su ayuda. Volveré a escribirte pronto.

Afectuosamente

CLAUDE R. EATHERLY

CARTA 21

A Claude Eatherly

2. 12. 59

Querido Claude:

¡Por fin! Créeme, ya empezaba a impacientarme, incluso a preocuparme, pues pensaba que te había sucedido algo. Me alegra saber que al menos te encuentras bien de salud.

Ahora creo poder entender mejor tu situación. Estoy convencido de que tu hermano no es en absoluto una persona malintencionada, sino tan sólo un hombre corriente. Probablemente, lo que le sucede es que teme tener algo que ver con alguien que escucha la voz de su conciencia, en vez de seguir las consignas que dictan los medios de comunicación de masas. Para las personas corrientes, incluso para las más honestas de entre ellas, no ser corriente es siempre un acto de traición. Las historias de la religión y de la filosofía están llenas de los reproches que personas corrientes más o menos buenas hacen a quienes intentan mantener sus manos limpias o limpiar las de otros. Recordarás lo que te dije sobre los mártires. Nosotros hemos de intentar comprender a esta gente, aunque lo que la define precisamente como gente corriente es su incapacidad para comprendernos a nosotros.

Naturalmente, esto no puede significar en absoluto que hayamos de claudicar ante ellos o ante sus maquinaciones. Al contrario: debemos hacer todo lo posible para superar los obstáculos que nos ponen —y no sólo a nosotros, sino también a los mejores de los

suyos.

Si te he entendido bien, tu hermano es tu tutor, la persona que está a tu cuidado; y la opinión de tu hermano, según la cual todavía no estás preparado para abandonar el hospital y aún no puedes llevar una vida independiente, es la razón de que el hospital no te dé el alta. Naturalmente, ignoro las leyes específicas relativas a este tipo de situaciones. Pero mi pregunta es la siguiente: ¿cómo es posible que la palabra de tu hermano, que a fin de cuentas no es ni psicólogo ni psiquiatra, es decir, un especialista, pueda ser tan determinante para los directivos del hospital?

Tal como yo veo las cosas, y para decirlo sin tapujos, tú eres prisionero de tu hermano, y éste se sirve del hospital para alcanzar sus fines. Si esto fuese realmente así, si no hubiese ningún grupo ni ninguna otra persona interesados en mantenerte al margen del mundo, tu situación —ésta es al menos mi opinión— podría cambiar. Por el contrario, las cosas serían distintas si continuases estando a las órdenes o bajo la jurisdicción de las Fuerzas Aéreas. Desgraciadamente, hasta hoy nunca has dado una respuesta clara a mi pregunta de si has sido separado de forma definitiva del servicio, es decir, de si eres un civil. Por favor, responde urgentemente a esta pregunta, pues no puedo intentar hacer nada en absoluto por ti mientras no saque nada en claro en relación con esta cuestión fundamental. Y otra cosa —un consejo técnico para el resto de tu vida—: haz el favor de tener delante mi carta cuando me contestes, de este modo no te saltarás puntos importantes. Esto es lo que yo quisiera saber:

1. ¿Está tu tutor legitimado para influir sobre las decisiones del hospital? Pregunta a tu médico.

2. ¿Has sido separado de las Fuerzas Aéreas? En caso afirmativo, ¿cuándo?

3. ¿Quién te internó en el hospital? ¿Fuiste internado al cabo de un juicio? ¿De un juicio civil o de un juicio militar? ¿O fue tu hermano quien te internó?

4. ¿Cuándo y por qué te arrebataron tu capacidad para ocuparte de tus propios asuntos, y cuándo te pusieron bajo la tutela de tu hermano?

Lo mejor sería que intentases elaborar una cronología de todas las acciones y hechos que han conducido a tu situación actual. Por favor, elabórala rápidamente, para que así yo pueda hacer algo por ti.

Ayer, en una librería di por casualidad con un libro sobre Albert Schweitzer. Te lo envío. ¡Ojalá te llegue para las Navidades! Dejemos a un lado las palabras de gratitud y empecemos a actuar.

Tu amigo

GÜNTHER

CARTA 22

A Günther Anders

13 de enero de 1960

Querido Günther:

Estoy seguro de que no has recibido mi última carta, por lo que volveré a responder a tus preguntas. Antes de empezar, te diré que el doctor lee todas mis cartas y que éstas sólo se expiden si él lo considera oportuno. Por eso, esta vez la «pasaré de contrabando». Poco después de escribirte la última carta, fui trasladado al *maximum security ward*^[20]. Afortunadamente, ahora tengo un médico nuevo que se muestra comprensivo con mi desgraciada situación (*sympathises with my predicament*). Esta mañana me dijo que ignoraba por qué me hallo bajo tan estricta vigilancia, pero yo creo que él lo sabe. Intenté huir, pero fui detenido rápidamente. Me conoce demasiada gente, y la policía recibió órdenes de detenerme y de llevarme de nuevo al hospital. Me trataron con respeto, pero esto no me basta.

Y ahora responderé a tus preguntas:

1. No tengo ningún tutor (*guardian*), pero de hecho (*is given to*) mi pariente más próximo, mi hermano, influye sobre la decisión de mi permanencia o no en el hospital. En nuestra última conversación, mi hermano me amenazó con hacer que me internasen indefinidamente si intentaba salir.

2. Fui separado de las Fuerzas Aéreas. Fecha: 1947.

3. Fui internado en el hospital por un tribunal civil.

Entré en un comercio, saqué una pistola y ordené al cajero que metiese todo el dinero en una bolsa. Después salí de la tienda sin llevarme el dinero. Me detuvieron inmediatamente, pues sabían que ya había hecho lo mismo en otra ocasión. Fui reconocido por dos médicos, que me diagnosticaron una enfermedad mental (*held a lunacy hearing*) y me internaron aquí. Como sabes, he cometido algunos actos delictivos y siempre me han internado en el hospital. Esto empezó poco tiempo después de que me separasen de las Fuerzas Aéreas. Como escribía artículos contra las armas nucleares, el hospital y las Fuerzas Aéreas no me permitían recibir visitas, por eso estoy seguro de que lo que quieren es impedir que siga predisponiendo a la gente contra las armas nucleares (*further antagonizing the public against*).

El hospital en el que me encuentro es un hospital para antiguos soldados, de lo que puedes concluir que las Fuerzas Aéreas todavía tienen influencia sobre mí.

Me resulta muy difícil describirte en una carta mi desgraciada situación sin que me tomes por un loco (*without taking an attitude of the paranoid*), pero te aseguro que lo que te cuento es realmente cierto. Me parece que me encuentro en perfectas condiciones mentales, y no creo que vuelva a cometer actos delictivos. Lo que deseo de verdad es salir de aquí y decir a todos lo que quiero decir.

Estoy seguro de que ningún tribunal contrariaría el diagnóstico de los médicos, en el caso de que éstos dijese que sigo estando enfermo. Cuando se discute sobre salud mental, todo abogado es impotente ante el juicio de un médico.

Imagino que si tú y el doctor Pauling escribieseis una carta a mi médico (doctor Frank), podría ser de alguna ayuda. No pretendo ordenarte que le escribas, hazlo solamente si crees que tú, en tanto que ciudadano del mundo, puedes explicarle qué opinas de mi caso,

y qué posibilidades ves de que en el futuro yo sea responsable y dueño de mis actos.

Ahora he de concluir, pues mi cartero clandestino me está aguardando. Ya he leído tu libro. *Thanks a million*. Intentaré mandar pronto otra carta.

Tu amigo

CLAUDE

CARTA 23

De Günther Anders al doctor Frank, médico de Claude Eatherly

22. 1. 60

Muy distinguido doctor Frank:

No sé si sabe usted quien soy. Creo posible, e incluso muy probable, que Claude Eatherly me haya mencionado en alguna ocasión, y que le haya dicho que mantenemos correspondencia desde hace ya bastante tiempo. Tal vez le interese saber cómo comenzó nuestra correspondencia: di casualmente con un breve artículo sobre Eatherly en una revista norteamericana y le escribí una carta, en la que intenté explicarle la nueva situación moral en la que nos ha colocado el desarrollo tecnológico. La guerra, le escribí, ha tomado cierto carácter espectral, pues los enemigos ya no se enfrentan directamente y la magnitud de los efectos de nuestra acción excede con mucho nuestras facultades psíquicas, en concreto nuestra imaginación. Lo que realmente podemos *hacer*, proseguí, es mayor de lo que podemos *imaginar*, podemos producir más cosas de las que somos capaces de reproducir en nuestra imaginación. También le hablé de la singular inversión de la relación existente entre inhibición y magnitud de la acción, una inversión que se debe justo al hecho de que el mecanismo de inhibición queda paralizado cuando los efectos de nuestra acción exceden claramente nuestra imaginación. En una palabra: le expliqué que hoy es posible llegar a ser *inocentemente culpable*. Tomé casi todos mis argumentos de mi libro titulado *Die Antiquiertheit des Menschen* [La obsolescencia del hombre], pero naturalmente los formulé en un lenguaje menos académico. Además, le expliqué a Eatherly que sus actos delictivos podían haber sido un intento desesperado de demostrarse a sí mismo y a sus semejantes —que lo habían tomado con demasiada precipitación por una persona inocente, o incluso por un glorioso héroe— que él era culpable; le expliqué que había intentado demostrar su culpabilidad de forma indirecta, concretamente a través de aquellos actos que suelen considerarse punibles. Así empezó nuestra correspondencia. La reacción de Eatherly no sólo me sorprendió, sino que logró conmoverme profundamente. Me escribió una carta cuya particular combinación de sencillez de lenguaje, por una parte, y claridad de ideas, por otra, me demostró que su autor no es sólo un ser humano de una calidad excepcional, sino que realmente debía ser considerado una víctima más del nuevo estadio que ha alcanzado nuestra técnica. Claude era claramente incapaz (lo que, a mi juicio, le honra) de superar los actos que había cometido, y ello porque la magnitud de éstos burla nuestros intentos de representárnoslos. Por otra parte, su carta demuestra que depositó en mí toda su confianza de inmediato, pidiéndome que prosiguiésemos nuestra correspondencia. En el curso de la misma, ha dado repetidas muestras de su integridad. Para ponerle sólo un ejemplo: hace algunos meses, una personalidad del mundo del cine intentó ponerse en contacto con él a través de su hermano con el fin de rodar una película. Yo le puse inmediatamente sobre aviso, diciéndole que nada podría perjudicarle tanto como envolver su caso de *glamour*;

que esto podría condenarle para siempre a arrastrar una doble personalidad, pues se le identificaría con el falso Claude de la película, y que su caso podría complicarse todavía más. Claude fue lo bastante fuerte como para renunciar enseguida a la tentación del *glamour*: me prometió que sólo cerraría el trato si se le garantizaba que la película no faltaría a la verdad. Sirva esto como prueba del nivel moral de un hombre que en otros aspectos (lo admito sin vacilar) tal vez siga comportándose puerilmente, lo que no tiene nada de extraño, dado que apenas ha tenido ocasión de vivir como un adulto.

Es muy posible —pero esto no es más que una hipótesis— que la imagen que yo tengo de él sea incompleta y hasta falsa. Cabe la posibilidad de que Eatherly me haya mostrado únicamente su mejor lado. Si así fuera, le agradecería que me lo hiciese saber, pues en ese caso debería modificar el estilo de mis cartas. Para ser sincero, he de decirle que temo que lo prolongado de su reclusión acabe produciendo en él un estado mental anormal, un estado que quizá no haya existido anteriormente, o al menos no en esa medida. En otras palabras: ¿cree usted que es necesario que Eatherly siga internado *indefinitely*? ¿O cree que es posible darle el alta? Si se lo pregunto a *usted*, es porque sé por Eatherly que esta decisión depende sólo de usted y de sus colegas; y porque Eatherly, que no pertenece a las Fuerzas Aéreas desde hace ya trece años, depende exclusivamente del diagnóstico médico.

Soy perfectamente consciente de que a Eatherly le será muy difícil volver a llevar una vida normal. Y probablemente sería muy complicado determinar cómo podría lograrlo. Pero, por otra parte, temo que esta dificultad pueda aumentar a medida que se prolongue su permanencia en el hospital; y sería dramático que este hombre, por el simple hecho de haber participado por casualidad durante su juventud en una «misión» cuyas consecuencias era incapaz de imaginar, tuviese que pagar el precio de verse privado de por vida de vivir la vida.

Por favor, disculpe usted la franqueza de mis palabras, pero tengo el sentimiento de que a usted y a mí nos une la preocupación por este hombre, y de que los amigos de Claude deberían intentar encontrar la forma de sacarlo de su desgraciada situación.

Su atento y seguro servidor

GÜNTHER ANDERS^[21]

CARTA 24

A Claude Eatherly

22. 1. 60

Querido Claude:

Quizá te interese saber que esta mañana he escrito una carta bastante extensa a tu médico^[22] ...

Obviamente, no conozco a tu médico, pero como no tengo motivos para pensar lo contrario, le he hablado como se le habla a un hombre honesto, es decir, directamente, sin *much ado*.

Tal vez hubiese debido pedirte permiso para dar este paso, pero me parece, o mejor dicho, sé que tú no hubieras puesto ningún impedimento^[23].

En cualquier caso, te lo comunico para que no te extrañes si tu médico menciona mi carta.

Tu amigo

GÜNTHER

CARTA 25

A Claude Eatherly

20. 3. 60

Querido Claude:

Desgraciadamente, todas mis cartas han de empezar siempre con la misma frase: estoy preocupado, pues hace mucho tiempo que no sé nada de ti.

Tu última carta llegó poco después del día de Año Nuevo, y la contesté rápidamente; además escribí una carta más extensa al doctor Frank, quien no puede haberla malinterpretado, pero que no ha acusado recibo de ella. Mis manos están atadas, y no puedo hacer nada por ti mientras no sepa exactamente cuál es tu situación actual.

El motivo principal de esta carta es el siguiente: quisiera comunicarte que una importante revista alemana acaba de publicar la primera parte del relato de tu vida, acompañado de abundantes ilustraciones. Ignoro de dónde han sacado toda esta información, que hasta ahora no es inexacta, pero su tono es desagradablemente sensacionalista, y la historia se presenta claramente como una novela policíaca. En una palabra: la publicación no es demasiado digna. Sé que no has podido ser tú quien ha facilitado a la revista estos datos, pues en nuestras cartas hemos hablado del peligro que comporta cualquier sensacionalismo y de tu firme decisión de no autorizar ninguna biografía que no haya sido escrita por ti. Hasta ahora no está nada claro dónde quieren ir a parar estas entregas, pero yo tengo mis dudas... En el caso de que desees detener esta publicación por no haber sido autorizada por ti, he aquí las señas de la revista [...]. Averiguaré qué puedes hacer en el caso de que quieras poner fin a esta chapuza.

Tu amigo

GÜNTHER

CARTA 26

A Günther Anders

25. 3. 60

Querido Günther:

Gracias por tu información sobre el asunto de la revista. Sabes perfectamente que yo no autorizaría nada semejante, y es de mi interés que la publicación no siga adelante. Si conoces alguna forma legal de detenerla, ponla en práctica, por favor. Quizá precisas asesoramiento jurídico: de ser necesario, pondría a tu disposición los medios económicos requeridos. ¿No es posible demandar a la revista para impedir que la publicación siga adelante? Dejo en tus manos la elección de los medios oportunos. Pero solamente si tienes tiempo. Sé que estás muy ocupado, así que, por favor, ocúpate del asunto sólo si no te quita demasiado tiempo.

Lamento haber descuidado nuestra correspondencia, pero lo cierto es que esperaba

poder comunicarte la buena noticia de mi salida del hospital. Tengo la esperanza de que se me dé el alta a corto plazo. Y, por favor, hazme saber qué puedes hacer en relación con el asunto de la revista, qué se puede hacer legalmente en Alemania ante un caso como éste, y si es aconsejable demandar a la revista. En una palabra: me gustaría saber qué opinión te merece todo este asunto. Te reitero mi agradecimiento por tu ayuda y consejo.

Tu amigo

CLAUDE EATHERLY

P. D. Recientemente ha vuelto a aparecer otro artículo sin la debida autorización.

CARTA 27

A Claude Eatherly

6. 4. 60

Querido Claude:

Muchas gracias por tu carta del 25. 3. Como es natural, después de tanto tiempo de silencio me ha alegrado mucho recibir al menos señales de ti, señales que me demuestran que, pese a lo mucho que has de esperar a que lleguen tiempos mejores, no te vienes abajo. Desgraciadamente, recibí tu carta con mucho retraso, pues he estado viajando durante dos semanas y no he podido recibir correo. En cualquier caso, voy a telegrafiar inmediatamente a la revista, pues tu biografía está salpicada de afirmaciones y diálogos que no *pueden* ser ciertos. No sé cuántos capítulos quedan por publicar, puede que solamente uno o dos. No obstante, voy a enviar este telegrama: «En nombre de Eatherly, exijo que detengan inmediatamente la publicación de este relato para el que no cuentan con la debida autorización».

Por lo demás, la intención y el tono de los tres capítulos publicados hasta la fecha no son críticos hacia ti. De hecho, la intención parece ser buena, pero la presentación sensacionalista y la indiscreta información sobre tu estado de ánimo deben detenerse inmediatamente.

Tu amigo

GÜNTHER

CARTA 28

De Claude Eatherly a la American Civil Liberties Union

22. 4. 60

Muy distinguido señor Watts:

El 26 de noviembre del año pasado, recibí una carta suya a instancias de la señora Pauling y de Günther Anders; como usted me decía, ambos le habían expresado su preocupación por la prolongación de mi estancia en el Veterans Hospital. En mi respuesta, yo le pedía que no diese usted ningún paso, pues mi médico había prometido darme el alta a corto plazo. Como paciente voluntario que soy, tengo derecho a solicitar mi salida del hospital. Así lo hice, y el centro comunicó a mi hermano que se me daría el alta el 21 de abril^[24]. Por su parte, mi hermano solicitó inmediatamente que se prolongase mi

internamiento^[25]. Vino aquí y me pidió que permaneciese voluntariamente en el hospital y que no acudiese a los tribunales. La razón que alegó para que permaneciese en el centro era que estaba siendo objeto de presiones políticas a raíz de mis artículos de prensa contra el armamento nuclear. No sé si la señora Pauling o Günther Anders le han contado detalladamente mi historia. Yo fui el piloto que dirigió la «Hiroshima A Bomb Mission» durante la Segunda Guerra Mundial, y desde entonces sufro dolorosos remordimientos de conciencia. Desesperado, he cometido actos delictivos con el propósito de que se reconociese mi culpa. Cada vez que he cometido uno de estos actos, se me ha internado en un hospital psiquiátrico. Hace trece meses que estoy en el hospital^[26], y hace ya cuatro que han renunciado a seguirme tratando. El inmenso eco que ha tenido mi caso en la opinión pública y la presión ejercida por las Fuerzas Aéreas sobre el hospital, han hecho que me haya sido prácticamente imposible salir de él. Lo único que puedo hacer es acudir a los tribunales. La forma en que mi hermano me puso en manos del hospital (*the commitment my brother filed on me*) me permite solicitar un juicio por jurados. Mi hermano me ha impedido hacer uso de mi dinero, que está en una cuenta bancaria común, por lo que no puedo buscarme un abogado.

Aceptaría gustosamente su ayuda jurídica. Si usted cree que no puede ayudarme, le agradecería que me lo comunicase rápidamente. Todavía no conozco con exactitud la fecha del juicio, pero solicitaré un juicio por jurados y le informaré de su fecha en el caso de que usted crea que puede ayudarme. En espera de noticias tuyas, se despide su atento y seguro servidor

CLAUDE EATHERLY
CARTA 29

A Claude Eatherly

2. 5. 60

Querido Claude:

He aplazado mi carta porque esperaba poder darte una respuesta definitiva sobre mis intentos de detener el relato por entregas. He dado estos tres pasos:

1. Como ya te dije, puse un telegrama a la revista pidiendo en tu nombre que detuviesen la publicación. No he tenido respuesta.

2. Solicité a un despacho de abogados de Hamburgo, ciudad en la que se edita la revista, que se pusiera en contacto con la redacción y que intentase detener la publicación, pues ésta no cuenta con tu autorización, trata casi exclusivamente de ti y airea asuntos privados, por no decir detalles íntimos de tu vida. La respuesta del despacho de abogados fue la siguiente: a) es imposible actuar sin un poder notarial tuyo; b) aun contando con él, temen no poder hacer nada, pues ese tipo de artículos sobre personas de interés público, e incluso el relato novelesco de su vida, están bajo el amparo de la legislación sobre la libertad de prensa. Mi objeción de que esto no es en absoluto libertad de prensa, sino privación de la libertad individual, pues priva al individuo de su derecho a la intimidad, no parece haber surtido efecto alguno.

3. Escribí una carta a la revista reiterando mi solicitud de que detuviesen la publicación. Ayer recibí una respuesta extremadamente seca, lo que me demuestra que, de poder emprender una acción legal contra la revista, esta acción llevaría tanto tiempo que la publicación habría finalizado mucho *antes* de que se produjese una resolución. En cualquier

caso, les he escrito otra carta advirtiéndoles que su publicación carece de la debida autorización, por lo que yo podría demandarlos si lo considerase oportuno.

Sin embargo, no creo que merezca la pena gastar fuerzas y dinero en este asunto. Por estas razones: el propósito de la publicación (hasta la fecha ha habido siete entregas, pero todavía no ha concluido) es incluso laudable. Al lector de este artículo le es absolutamente imposible adoptar una actitud de indiferencia hacia el armamento nuclear o apoyar su proliferación. Teniendo en cuenta que la revista goza de una extraordinaria difusión, el efecto de este artículo sobre millones de lectores sólo puede beneficiar a nuestra causa. Así las cosas, me parece que deberíamos considerar la falta de gusto y las indiscreciones de la publicación como el precio que hemos de pagar por el impacto que va a causar.

No obstante, Claude, creo que de esto hemos de extraer una lección. Ahora es más necesario que nunca que intentes escribir tu historia, impidiendo que quienes codician explotar tu vida como si de una mina de sensaciones se tratara, puedan ofrecer una imagen falsa de ti. Sería profundamente frustrante que, cuando apareciese tu autobiografía, los lectores estuviesen ya hartos del «caso Eatherly» y respondiesen: «Todo eso ya lo sabemos». Por lo tanto, hoy vuelvo a recordártelo: por favor, no aplaces por más tiempo el intento de escribir la historia de tu vida. Si tropezases con obstáculos demasiado grandes —lo que sería natural, pues no todo aquel que ha aprendido a escribir es ya un escritor—, intenta hacerlo en forma de carta; y en vez de echarlas al correo, guárdalas en el cajón de tu mesa. Naturalmente, antes de empezar deberías decidir qué personaje real o imaginario ha de ser el destinatario de tus cartas (si ha de tratarse de un hombre contrario a tus principios, o de alguien que simpatice con ellos; si ha de ser una persona conocida o más bien un desconocido; un norteamericano o un japonés). La actitud con la que escribas queda a tu libre elección. Estoy firmemente convencido de que te sería de gran ayuda obligarte a escribir una o dos horas al día. Una vez que hayas logrado ponerte en marcha, te hará feliz tener un trabajo en el que tú y tu conciencia son los únicos jefes a los que has de obedecer.

Por favor, cuéntame más detalles sobre tu estado actual y sobre lo que esperas del futuro. Aguardo impaciente el día en que ambos podamos escribirnos como hombres libres.

No lo olvides: las campanas sólo suenan si alguien las toca. Tu amigo

GÜNTHER

CARTA 30

A Claude Eatherly

2. 5. 60

Querido Claude:

Hoy no dejo de pensar en ti, pues he recibido una carta del señor Watts de la que se desprende que anteaer hubo audiencia (*hearing*): y ansío saber el resultado. No obstante, temo que esta vez tu declaración no haya podido prepararse lo suficiente. Por favor, no te desanimes si el resultado ha sido negativo; sabes perfectamente que dentro de tres meses volverás a tener otra oportunidad, y entre tanto quienes están a tu lado harán todo lo posible para obtener un resultado positivo. ¡Cuánto me gustaría estar ahí y explicar lo extraordinario de tu caso a los que tienen tu destino en sus manos! Intentaría llegar al fondo de sus conciencias y les pediría que no se dejasen intimidar a la hora de tomar su

decisión^[27]. Pero, de momento, esto es material y económicamente imposible; y con toda seguridad, desde un punto de vista jurídico tampoco habría ninguna posibilidad de influir en esa gente. Por eso he tenido que buscar vías indirectas, que no quisiera tomar sin ponerte al corriente y sin contar con tu aprobación. Así que te pregunto: ¿He de ponerme en contacto con el señor Harold Henry, representante en Waco de la American Civil Liberties Union? Si crees que debo hacerlo, házmelo saber inmediatamente. Por otra parte, me pregunto de qué modo podría encontrar a un psiquiatra norteamericano independiente y de prestigio internacional, a un hombre que pudiese formular su diagnóstico sobre tu estado substituyendo a los psiquiatras del lugar (o al menos de forma colegiada). Al mismo tiempo, he vuelto a escribir al señor Watts y a la señora Pauling. Como ves, no tienes razones para sentirte solo o abandonado. Y en noventa días pueden hacerse muchas cosas.

Siempre tuyo

GÜNTHER

CARTA 31

A Günther Anders

27. 5. 60

Querido Günther:

Me alegra recibir noticias tuyas; y me hace feliz saber que para ti aún no soy un caso perdido. Te prometo que no me rendiré. Ciertamente, hubo juicio, pero tanto el doctor Frank como el doctor Constantine dijeron que yo seguía estando enfermo y que mi tratamiento debía prolongarse^[28]. Fue un juicio sin jurado, y desde el primer momento era evidente que mis posibilidades de salir del hospital eran muy reducidas. El juez pareció quedar impresionado por mis palabras y dijo a los médicos que, si en el plazo de tres meses no se me daba el alta, quería volver a verme ante el tribunal.

En mi opinión, lo que podrías o deberías hacer es escribir una carta al juez Haley (County Court of Law, Mc Lellan County, Waco, Texas), hablándole de mi situación y explicándole que el alta sólo podría redundar en beneficio de mi estado anímico, que mis esfuerzos tienen cierto efecto y podrían contribuir a que el mundo comprendiese los peligros que encierra el armamento nuclear. Si, además, también puedes convencer a la señora Pauling para que escriba al juez, estoy seguro de que éste me dará la libertad. Por otra parte, he recibido muchas cartas del extranjero que hacen referencia a los pasos que tú estás dando y sus firmantes me animan a hacer cuanto esté en mis manos en favor de la paz.

Comparto plenamente tu opinión: si el asunto de la revista favorece nuestra causa, la recompensa será suficiente. Sacrificar el orgullo y la dignidad no es nada, si la recompensa es la paz y la fraternidad. (*Pride and dignity is nothing to sacrifice if peace and brotherhood is the reward*).

Daré las gracias toda mi vida por haberte conocido. Nunca sabrás cuánto he necesitado a alguien como tú para mantener vivas mis convicciones. Para la mayoría, mi rebelión contra la guerra es una forma de locura. Pero no hubiese podido encontrar otra manera de explicar a los hombres que una guerra atómica no sólo trae consigo destrucción física, sino que también desmoraliza al ser humano^[29]. Me da completamente igual qué piensen los hombres de mi moralidad, si de esta forma puedo causarles perplejidad y lograr que comprendan que no pueden volver a hacerse esto a sí mismos ni a sus hijos.

Por favor, no me consideres una persona absolutamente desinteresada. Mi recompensa será grande: tendré la gran satisfacción de haber tenido algo que ver con la última decisión que los pueblos de todos los países habrán de tomar si quieren seguir vi viendo en este mundo.

Tu amigo

CLAUDE

CARTA 32

A Claude Eatherly

11. 6. 60

Querido Claude:

¡Cuánto me alegra saber que no estás desanimado! Como nosotros no conocemos el falso orgullo, podemos decirnos tranquilamente que nos necesitamos el uno al otro, y que por lo tanto no podemos abandonar. Los dos trabajamos en favor de la misma causa, por eso no ha de extrañarte que yo no abandone *tu* causa; de hacerlo, obraría contra mis propios intereses.

Hace tres semanas, me dirigí a mi amigo el doctor G., un conocido neurólogo residente en Estados Unidos que muy probablemente simpatiza con nuestra causa, solicitándole que buscara un psiquiatra dispuesto a ayudarte. Escríbele tú también a esta dirección [...] Como es una persona muy mayor, comienza tu carta disculpándote por las molestias que puedas causarle.

Otra cosa: tras recibir tu carta, enseguida trasladé tu petición a la señora Pauling. Como no te conoce personalmente, es probable que su carta sea muy breve. Sea como fuere, su carta será útil, pues en última instancia su autora es una ciudadana norteamericana. Por lo que a mí, un extranjero, se refiere, he de decirte que voy a escribir una carta muy detallada y a documentarla con pasajes de tus cartas que demuestren tu seriedad y tu «normalidad». Pero ¿qué significa «normalidad»? Como bien sabes, para mí los verdaderamente «anormales» son los que no reaccionan de modo anómalo ante unos hechos tan monstruosos como aquellos a los que tú debiste enfrentarte.

Naturalmente, yo no conozco al juez, pero le hablaré como si estuviese seguro de que muestra la mayor comprensión hacia tu caso y como si fuese un hombre con total conciencia de su responsabilidad. Tal vez sea realmente así. Después de la impresión que le causaste, me parece hasta probable que así sea.

Créeme, Claude, estoy plenamente convencido de que tarde o temprano tendremos éxito. Y tú deberías prepararte para este éxito. Quiero decir: deberías pensar cómo vas a organizar tu vida *después de* salir del hospital, con el fin de convertir nuestro éxito en tu éxito.

Te escribo esta carta en un día en el que se evidencia más que nunca la necesidad de nuestros esfuerzos^[30]. Lo que hemos de combatir no es solamente la maldad, sino también la estupidez, entendida como falta de imaginación. Ésta es precisamente nuestra tarea: educar la imaginación de los demás.

Tu amigo

GÜNTHER

CARTA 33

De Günther Anders al juez W. Haley

15. 6. 60

Muy distinguido señor juez:

Tal vez le sorprenda recibir una carta de un escritor vienés, al que con toda probabilidad desconoce. Por esta razón, quisiera empezar mi escrito con la siguiente explicación: me dirijo a usted a instancias de Claude Eatherly, quien desde hace un año me tiene al tanto de los problemas que tanto le atormentan. Es posible que Claude no haya reparado en ello, pero naturalmente yo soy consciente de que el hecho de escribir una carta a un juez tiende a malinterpretarse como el intento de inmiscuirse en decisiones en las que, desde un punto de vista jurídico, ningún testigo ocular debería inmiscuirse; por no hablar de alguien que ni siquiera es un testigo ocular, sino meramente un «testigo del corazón». Por otra parte, Eatherly cree que yo puedo explicar mejor que cualquier testigo ocular la complicada situación psicológica y moral en la que se encuentra; y a mí me parece que sería poco correcto por mi parte no satisfacer su deseo^[31].

Muchos de los pasajes de esta correspondencia no sólo demuestran cuán desgraciado se siente Eatherly, sino que prueban que estamos ante un hombre que intenta enfrentarse a sus propios actos con una seriedad y un valor inusitados. Sé que es una trivialidad decir que su experiencia (la desaparición de una ciudad como resultado de su propia acción) excede los límites emocionales y morales de todo ser humano; y es comprensible que los *boys* que pasaron por lo mismo sólo puedan «superar» esta «experiencia» mediante el escapismo, esto es, intentando *no* hacerle frente, depositando mayor confianza en el elogio generalizado del que gozó su «misión» que en sus propios ojos, en su propio *shock*, en su propia conciencia.

Claude, en cambio, tuvo la suficiente autonomía moral para desdeñar este escapismo. Ha intentado repetidamente expresar con palabras su experiencia, en parte para evitar olvidarla; en parte para hacer visible una verdad empañada por la opinión pública y para prevenir a los demás del inmenso peligro que encierra la situación atómica. Es obvio que sus formulaciones carecen de la maestría estilística de los escritores profesionales o de los doctos. Pero ¿de dónde hubiera podido extraer Claude esa sutileza estilística o esa precisión ensayística, dada su formación y las experiencias por las que pasó? Puesto que considero posible (lo que sería completamente normal desde un punto de vista psicológico) que en él haya niveles profundos que, si bien afloran en sus cartas, pueden quedar ocultos en un juicio, me permito adjuntarle algunas de las cartas que más me han emocionado. Y ahora intentaré retratarle a Claude tal como yo lo veo. Estoy convencido de que es víctima de una situación moral completamente nueva. Nunca antes ha existido un abismo tan profundo entre los potenciales efectos de la acción humana y la reducida capacidad de nuestra imaginación. Desde el momento en que Claude vio el monstruoso resultado de su misión en Hiroshima, toda su vida ha sido un esfuerzo vano por reconocer lo que él llama su «culpa», y por hacer que los demás la reconozcan. Todos sus actos absurdos y delictivos son consecuencia de la inutilidad de sus esfuerzos: Claude cometió actos *reconocidos* como actos delictivos con el propósito de demostrar a los demás que él no era tan inocente como creían. *Mientras que los hombres suelen volverse culpables por sus actos, él cometió estos actos para demostrar su culpabilidad.*

No conozco con exactitud la cronología de sus interrogatorios, de sus repetidos ingresos en el hospital y de los tratamientos psiquiátricos recibidos. Pero lo que sé a ciencia cierta es que una persona cuya vida ha consistido fundamentalmente en acciones militares, ingresos en hospitales e intentos fallidos de demostrar su culpabilidad tiene muy pocas posibilidades de llevar una vida completamente normal; y lo que todavía me resulta más obvio es que, de prolongarse su estancia en el hospital, acabará siendo incapaz de volver a hacer una vida normal, de decidir por sí mismo, de responsabilizarse de sus propios actos y de obrar de acuerdo con sus convicciones —en una palabra: de ser una persona normal—. Es muy posible que usted no comulgue con la «filosofía» de Claude: es probable que, a diferencia de él, usted no crea que la proliferación de armas nucleares represente una especie de «extorsión escatológica», una extorsión que arrebatara al ser humano su dignidad, y hasta puede que su mera existencia. Pero, afortunadamente, Eatherly vive en un país que no sólo no impide que sus ciudadanos expresen sus convicciones en total libertad, sino que garantiza expresamente esta libertad.

Naturalmente, yo no puedo responder de él una vez que haya retomado las riendas de su vida. Pero lo que sí me atrevo a afirmar es que su vida será destruida si se le niega esta oportunidad. En nuestra correspondencia, Claude y yo hemos hablado a menudo de la necesidad de que él escriba su autobiografía, una autobiografía que, de hacerse realidad, se convertirá en testimonio de las terribles dificultades en las que puede verse envuelto el ser humano actual en tanto que dueño y esclavo del mundo tecnificado. Estoy convencido de que Eatherly no es meramente un caso aislado, aislable o azaroso. Para mí, su caso es más bien un precedente que, de forma profética, nos muestra cómo reaccionarán los hombres en la era técnica si siguen viéndose implicados en actos de los que, de la forma más ambigua, serán y no serán dueños; en una palabra: en actos por los que se convertirán en seres *inocentemente culpables*. En mi opinión, la decisión judicial sobre el caso Eatherly no será sólo una decisión sobre un tipo estafalario, sino la decisión sobre *el ser humano en la era de la técnica*, y por lo tanto tendrá una naturaleza ejemplar.

Lamentaría en lo más profundo que usted creyese que con esta carta pretendo influir indebidamente en el resultado del juicio. Pero por las pocas palabras que Eatherly me ha escrito sobre la forma en que usted lo ha tratado, creo poder confiar en que entenderá mis palabras en el sentido que yo les doy. Le estaría muy agradecido si se dignase a acusar recibo de esta carta^[32].

Su atento y seguro servidor

GÜNTHER ANDERS

CARTA 34

A Günther Anders

Sin fecha

Querido Günther:

Como siempre, lamento la habitual demora de mis cartas, pero te prometo que esta vez he tenido muchísimas cosas que hacer, y espero que mi trabajo haya dado su fruto, o que pueda darlo en un futuro.

Günther, pienso que tú me conoces lo suficiente como para saber que considero nefasto que nuestra causa se mezcle con la política. Seguramente habrás leído algo sobre el

malestar que se vive actualmente en Japón y sabrás que a nuestro presidente se le ha retirado la invitación. Esto ha sucedido inmediatamente después de que parte de nuestro Departamento de Estado y algunos senadores se trasladaran a Japón para preparar la visita del presidente. Las protestas que han tenido lugar en aquel país demuestran que la presencia de nuestro presidente no es grata, al menos para una minoría. Pero esto ha bastado para que Estados Unidos decida no poner en peligro la seguridad de su presidente. El caso es que he recibido una carta del senador norteamericano Ralph Yarborough acompañada de otra del reverendo N., miembro del Parlamento japonés. En estas cartas, escritas en un tono muy cordial, me solicitaban que expresase mi opinión sobre el asunto de Japón al reverendo N., pues, según me explicaban, mis opiniones tienen gran influencia sobre los jóvenes japoneses que parecen estar detrás de esos actos de protesta^[33]. He escrito al diputado japonés expresándole nuestra opinión. He intentado impresionarle diciéndole que sólo el amor, la confianza y la fraternidad podrían poner fin a estas absurdas «guerras tribales». Además, he tratado de explicarle que el efecto desmoralizador de las armas nucleares no es menor que su poder de destrucción material; y se lo he ilustrado con mi propio caso. Naturalmente, también he respondido al senador Yarborough, comunicándole que he escrito al diputado japonés, pero obviamente no le he explicado el contenido de la carta que he enviado a Japón, pues sabía que él recibiría una copia.

Últimamente he estado en contacto con David Mc Clure, que ha escrito la historia *Regreso del infierno* para Audie Murphy. Audie Murphy es el soldado más admirado en Estados Unidos, y ahora es actor de cine. Evidentemente, a Audie le gustaría mucho encarnarme en una película. Le he respondido que esto sólo podría ser si la película expresase mis convicciones.

Por lo que a mi alta se refiere, no creo que vuelvan a condenarme a permanecer en el hospital; esto es al menos lo que deduzco de las palabras de mi médico.

En otro orden de cosas, he de decirte que no he escrito al doctor G., pues no quisiera poner en una situación tan penosa a una persona mayor. Esta vez los médicos no dirán que soy un enfermo mental, sino que existe la posibilidad de que cometa suicidio. Quisiera reiteraros las gracias a ti y a la señora Pauling por las cartas que habéis escrito al juez, que sin duda darán su fruto. Sé que a la dirección del hospital le gustaría verme fuera, pero no quisieran responsabilizarse de lo que pudiese sucederme.

Cuando esté fuera, para mí sólo habrá una cosa importante: servirme de toda mi influencia, de toda mi popularidad, incluso de la propaganda sensacionalista, sea digna o no, ponga en juego mi honor o no (*regardless of its lack of dignity and the loss of pride to me*), para dirigirme a la gente de todo el mundo, a las masas; no a los políticos, militares y gente similar, pues éstos son simples robots que sólo hacen aquello que se les dice, y que reaccionan tal como se les ordena.

Por otra parte, Casanova (es un cumplido), te envió un pequeño recorte de periódico que quizá sea de tu interés^[34].

Durante este tiempo me han llegado montones de cartas de mujeres de toda Europa, haciéndome las proposiciones más diversas. ¿Es que no hay hombres en Europa? Esto debe de ser consecuencia de los artículos publicados en las revistas.

Günther, nunca sabrás cuán valiosas son para mí tus cartas, hasta qué punto me animan y me convencen de que el tiempo que paso aquí en Waco no es inútil. Las experiencias de este tiempo podremos utilizarlas posteriormente de forma muy fructífera. Sé que nuestros esfuerzos no son vanos, pues si lo fueran, ningún senador norteamericano ni ningún diputado japonés acudirían en ayuda de un paciente de un hospital psiquiátrico.

CARTA 35

A Claude Eatherly

17. 7. 60

Querido Claude:

Lamento profundamente tener que destruir un ídolo. No, desgraciadamente jamás tuve la oportunidad de conocer en persona a Maria Schell. Sólo la he visto en una película. En lugar de felicitarme, deberías escribir una carta de pésame al otro Anders (condenado de por vida a cargar incluso con mi nombre de pila, arriesgándose —lo que no me sorprendería— a perder su trabajo en el cine porque cierta gente llegue a sospechar que ha escrito libros de filosofía). Por desgracia, jamás he recibido los cheques que se extienden a su nombre, que no me vendrían nada mal.

Pero tu broma tiene un lado serio: me hace muy feliz comprobar que no has perdido el humor, o que lo recuperas lentamente. Personas como tú y yo, que consagramos nuestra vida a una causa seria, se volverían insoportables, y no sólo para los demás, sino también para sí mismos, si fuesen incapaces de reír. No por no saber reír estaríamos ayudando a alguien, nuestra risa no perjudica a nadie; y después de reír, uno sigue conservando todas sus fuerzas para las tareas importantes.

Naturalmente, he oído muchas cosas sobre lo sucedido en Japón^[35]. Hasta he recibido información detallada de parte de amigos residentes allí. No obstante, quisiera reservarme mi juicio sobre el tema hasta que hable con un amigo norteamericano que se encontraba casualmente en Tokio cuando sucedieron esos hechos y que estará pronto en Europa.

Creo que es una muy buena señal, de la que puedes sentirte orgulloso, que el senador Yarborough te haya pedido que escribas al reverendo N.^[36] Esto demuestra que, pese a tu aislamiento, has logrado hacer un agujero en el muro que te separa del mundo exterior e influir en los demás. Me gustaría saber si en Japón se ha publicado algo de lo que has escrito, o si es nuestra primera carta (que, como bien sabes, se publicó en importantes periódicos japoneses) la que está detrás de este asunto. Sea como fuere, el caso es que, a diferencia de lo que les ocurre a otros, tu situación es privilegiada, pues gozas de los canales adecuados para ejercer tu influencia, y tienes la posibilidad de hacerte escuchar cuando crees que tienes algo que decir.

Y ahora pasemos a tu comentario sobre la posibilidad de una película. Por favor, no creas que me divierte hacer de aguafiestas, pero no me gusta la idea de que Audie Murphy pueda encarnarte en una película. Es evidente que en este caso la industria del cine sólo busca causar sensación: «Un héroe interpretando a otro héroe». Nunca he visto a Audie Murphy en una película; tal vez sea un actor, pero a mí me parece más propio decir que Murphy es un hombre que ha dado justamente *el* paso del que hemos hablado en nuestras últimas cartas. Sin embargo, lo principal —y está bien que tú mismo hayas hecho ya esta puntualización en tus negociaciones con Mc Clure y Audie Murphy— es que la película no falsifique tu vida. Yo sigo pensando que esta condición sólo puede cumplirse si contamos con una biografía escrita por ti mismo; o si la redactas con la ayuda de alguien que no

colabora contigo por razones comerciales, sino únicamente porque comparte tus convicciones. Evidentemente, este problema sólo se te planteará cuando salgas del hospital, y sólo entonces habrás de resolverlo; por eso, yo que tú no firmarías nada hasta ese momento.

Me da la impresión de que ahora miras con mucha más confianza al futuro y de que ves tu posible salida del hospital con más optimismo que durante los últimos meses. En el caso de que lo consigas, te ruego que me lo comuniques inmediatamente, pues no quisiera que mi felicitación llegase demasiado tarde. ¿Ya has hecho planes para los días que sigan a ese momento decisivo? De ser así, cuéntamelos también, por favor.

Gracias por haber sido tan considerado con el anciano. Le comunicaré tu decisión y le explicaré que, dada su avanzada edad, no te atreviste a molestarle. Lo hubieses apreciado mucho, pues es una de las personas con mayor humanidad que he conocido, y tan vital y enérgico como humano.

Tu buen amigo

GÜNTHER

CARTA 36

A Günther Anders

26 de julio de 1960

Querido amigo Günther:

Gracias por tu pronta respuesta a mi última carta. Comparto plenamente tu opinión sobre la oferta cinematográfica del escritor Mc Clure y del actor Audie Murphy. Me he enterado de que Murphy acaba de regresar de Europa, donde ha rodado un documental sobre misiles teledirigidos cuyo propósito es mostrar todo el poder de estas armas. Günther, aquí en Estados Unidos tenemos una asociación llamada «Sane Nuclear Society», y en Hollywood esta asociación está dirigida por Steve Allen y Robert Allen, dos de las personalidades más queridas del mundo del cine y de la televisión. No estoy en contacto con ellos, pero en cuanto tengamos listo el libro, podríamos dirigirnos a *ellos* para rodar una película. Yo prefiero a Robert Ryan antes que a Audie Murphy, pues es un hombre muy querido y, según he podido averiguar, una persona seria y de principios. Creo que si lográsemos ganarnos a esta gente, podríamos poner al servicio de nuestra causa la influencia de este gran actor. Además de él, en Hollywood hay un gran número de actores que pertenecen a la SANE Society.

Ahora hay dos asuntos que he de resolver rápidamente. En primer lugar, he de informarte de la respuesta del diputado japonés a mi carta, o mejor dicho: voy a enviártela inmediatamente. Quizá pueda servirte como documento para escribir un artículo, que después podrías enviar al diputado, aprovechando esta ocasión para preguntarle por su opinión y para averiguar qué piensa de mi filosofía y de mis ideas sobre cómo acabar con el miedo de los pueblos de este mundo. No olvides que no se me puede relacionar con ninguna cuestión u organización política, que sólo puedo permitirme que se me identifique con mis propias ideas sobre la cuestión nuclear, y que toda mi filosofía se basa en tres palabras: amor, confianza y fraternidad. Por sí mismas, estas tres palabras tendrán la fuerza suficiente para acabar con el miedo de todos los pueblos de este mundo, y son lo único que pondrá fin a la amenaza bélica. Creo que si consigues que este hombre y los diputados que

han firmado esta carta declaren que hemos de considerar este inmenso problema desde un punto de vista moral, ya no tendremos razones para sentir miedo, y los continuos alardes de fuerza (las demostraciones de poder en el cine y en la radio, o los horribles desfiles militares) acabarán perdiendo su efecto. Tú, Günther, puedes escribir un extenso artículo^[37], que ejercerá influencia en Europa. Intenta colocarlo en todos los países europeos (Francia, Italia, Noruega, Suecia...) con la ayuda de tus amigos y editores^[38]. Hemos de empezar a actuar más, la situación se vuelve precaria. Sé que nuestro artículo ha llegado hasta Polonia: mi médico ha recibido una carta desde aquel país acompañada de este artículo; y pudo leerlo, pues procede de Ucrania, país del que huyó en 1927^[39]. Yo (también) escribiré a este diputado, y me centraré exclusivamente en la dimensión moral del problema, sin referencia alguna a la política. No podemos permitirnos que se nos identifique con ningún grupo político o religioso. Nuestro objetivo es detener la carrera armamentística y establecer un gobierno^[40] internacional capaz de garantizar la paz —un gobierno que incluya en su seno tanto a los países pequeños como a las grandes potencias, y que dedique el dinero que hoy se gasta en armamento a la educación, la salud y el bienestar de los pueblos pobres.

Günther, te ruego que me devuelvas la carta de Japón una vez que la hayas utilizado o que hayas sacado una copia. Quisiera conseguir papel carbón para poder mandarte una copia mecanografiada de mi carta al Parlamento japonés. Günther, debemos intensificar nuestros esfuerzos; a veces pienso que procedemos con demasiada lentitud en este momento crítico.

Günther, me gustaría poder hablar contigo para explicarte un asunto de gran importancia relacionado conmigo y con mis actos desde hace catorce años; no puedo permitirme decirte por carta lo que algún día te contaré personalmente. No obstante, tengo la impresión de que adivinarás de qué se trata. Pero este asunto puede esperar...

Ahora, lo importante es que mi nombre es mucho más conocido que el de aquellos hombres que realmente lanzaron la bomba. *Mi go ahead ha de convertirse en el instrumento que muestre mi culpabilidad. Lo que los pueblos del mundo [han de comprender es] que el efecto desmoralizador de la bomba es tan grande como su efecto físico [...]*^[41] Creo que nosotros y nuestros amigos habremos de librar una larga y valerosa batalla para lograr que nuestras ideas acaben imponiéndose. Pienso permanecer algún tiempo más en el hospital para terminar un artículo que quisiera publicar en *Coronet* (una de las revistas más importantes y respetables de Estados Unidos). En esta revista apareció una historia sobre la tripulación del bombardero *Enola Gay*, una historia que sin duda fue escrita y publicada para anular la influencia de mis artículos. Todos los miembros de la tripulación declararon que no tenían ningún sentimiento de culpa y que se limitaron a cumplir las órdenes del coronel (ahora general) Tibbets, el hombre que estaba al mando de la tripulación en el momento del bombardeo, añadiendo que estarían dispuestos a volver a hacer lo mismo. Era una historia muy contradictoria; te la mandaré. Le pediré a mi amigo Al Hirschberg que escriba la historia tal como yo la cuento (*as told by me*), para evitar que la censura de las Fuerzas Aéreas, que dictan al hospital qué ha de hacer conmigo, me impida hacerlo. Tengo un amigo (mi médico) que me ayuda a su modo, pero la ayuda que puede ofrecerme es limitada. Es nuestro amigo y me ha ayudado durante diez años. Y siempre ha estado al corriente de todo.

Günther, ¿me permitirías que mi artículo presentase tus «Mandamientos de la era atómica» como parte de mi filosofía? Sería poco inteligente, y no beneficiaría en nada a nuestra causa, que los presentase como fruto de tu labor, pues si así lo hiciese, la gente

pensaría que todos mis artículos han sido escritos por otra persona y en lo sucesivo desconfiarían de la seriedad de mi trabajo. Para alcanzar el triunfo, cada uno de nosotros ha de servirse del trabajo de los demás. Compartiré los honorarios contigo. Por favor, respóndeme lo antes posible, pues quisiera publicar mi artículo cuanto antes con el fin de anular la influencia del otro. Ya he escrito a Al Hirschberg, quien hacía tiempo que me pedía mi versión de los hechos.

Recibo mucho correo de Alemania, algunas de estas cartas son estúpidas, pero otras están escritas por personas verdaderamente preocupadas por el tema de las armas nucleares. Para finalizar, quisiera decirte que lamento que no seas el Günther Anders del que se enamoró tan bella señorita, pero te agradezco que pongas tanto amor en nuestra hermosa causa, por la que hemos de trabajar duro si queremos verla triunfar.

Günther, no he recibido tu libro sobre Japón. Por favor, firma un ejemplar para mí y házmelo llegar. Espero que pronto podamos escribir un libro juntos.

No te preocupes por mí, yo estoy bien y seguiré estando bien. Sé que siempre puedo contar contigo (*you will never forsake me*).

Tu amigo

CLAUDE

P. D. ¿Puedes descifrar mis garabatos? Yo no.

CARTA 37

A Claude Eatherly

31. 7. 60

Querido Claude:

Acabo de recibir tu extensa carta amistosa, a la que quiero dar respuesta inmediatamente, aunque no creo que de momento esté en condiciones de improvisar soluciones reales para todos tus problemas. Tu carta delata cierta irritación^[42], probablemente a causa del infame artículo aparecido en *Coronet*; si me apresuro a escribirte, es sobre todo para pedirte que dosifiques tus emociones y no las malgastes indignándote por las infamias a las que nos exponemos diariamente; mejor sería que reservases tus fuerzas para lo que constituye tu tarea principal. Estas infamias han de servirte más bien de recordatorio, pues lo único que hacen es recordarnos que hemos de seguir avanzando por nuestro camino. O expresado más enfáticamente: en verdad, deberíamos estarles agradecidos, pues evitan que nos descuidemos.

Y ahora paso a comentar los distintos puntos de tu carta. He de volver a expresarte mi escepticismo: dudo de que esos diputados japoneses que se han dirigido a ti a través de un senador norteamericano, compartan realmente nuestra causa. Sospecho que su verdadera intención es aprovecharse de la autoridad de que gozas entre la juventud japonesa; que intentan presentarte como abogado de un astuto compromiso —y los compromisos siempre pueden disfrazarse de compromisos cristianos^[43]—. Por desgracia, no conozco la respuesta que les has dado. Quizás hayas caído en una trampa. Me he puesto inmediatamente en contacto con un amigo japonés, un profesor, para enterarme de quiénes son en realidad los firmantes japoneses de tu carta y para averiguar si hablan en serio, o si más bien son gente de Kishi. Parece haberse olvidado que Kishi fue miembro activo del gobierno japonés durante la agresiva guerra de expansión en el período de Pearl Harbor, y que dirigió la

explotación de los territorios que habían estado en manos de Japón. No sin razón, inmediatamente después de la guerra, Estados Unidos encarceló durante tres años a este hombre. Ningún ciudadano norteamericano con sentido del honor puede relacionarse con él o con aquellos que fueron sus colaboradores. Por supuesto, confío en que quienes te han escrito no pertenezcan a este clan. Hemos de esperar la respuesta de mi amigo de Tokio.

En tu carta me pides que escriba a estas personas y, si te he entendido bien, que utilice esta carta como una carta abierta, es decir, como un texto que ha de publicarse en todo el mundo. Ahora bien, yo no puedo hacerlo mientras no sepa quiénes son realmente. El tono que se elige para escribir una carta depende de la persona a la que va dirigida. Espero que esta petición no haya llegado demasiado tarde: tampoco envíes tu carta antes de saber quiénes son esos hombres. Te devuelvo la carta del diputado; ya he hecho una copia.

Lo que me cuentas a propósito del escrito que tu médico ha recibido desde Polonia resulta verdaderamente fantástico. Los polacos deben de haber traducido nuestras cartas tomándolas de una revista alemana. ¿No es el mundo fantástico, no es asombroso enterarse en Viena, a través de una carta procedente de Texas, de que nuestras cartas se han publicado en Polonia?

Pasemos ahora a tu solicitud de utilizar mis «Mandamientos de la era atómica» en tu artículo para el *Coronet*. Este tema me parece algo más complicado de lo que tú crees. El estilo de mis textos es inconfundible. Temo que, en el caso de que te limites a copiarlo, pueda decirse inmediatamente: estas palabras no son de Eatherly. Por eso me parece más aconsejable que les des una formulación tan radical que no se reconozca a su verdadero autor; o que me cites de la forma habitual. Que elijas una u otra posibilidad depende ya del estilo de tu artículo para el *Coronet*. Por otra parte, en febrero de 1959 expuse ante los estudiantes de la Universidad de Berlín Oeste una serie de tesis sobre la situación atómica. Los estudiantes acaban de escribirme comunicándome que desean publicarlas en su revista. Desgraciadamente, todavía no he preparado una versión inglesa de estas tesis. Por lo que se refiere a tu propuesta de compartir conmigo la retribución de tu artículo, olvídale. O mejor: envía el importe al hospital de Hiroshima, a la unidad de víctimas de las armas atómicas.

No me extraña que las cartas que recibes de Europa sean estúpidas. Aunque la serie de artículos publicados sobre tu vida es aceptable, el nivel de la revista es muy bajo, y la gente que acostumbra a leerla no es precisamente gente de nuestro agrado.

Me llama la atención que no me hayas dicho nada sobre tu posible salida del hospital. Por favor, háblame de esto. Por lo demás, ¿has oído algo sobre las cartas que he mandado al juez y al doctor Frank?

¿Sabes que hace ya más de un año que nos conocemos? En tu primera carta previste que nuestra correspondencia iba a ser larga. Ahora yo deseo que dure toda la vida.

Tu amigo

GÜNTHER

CARTA 38^[44]
A Günther Anders

3 de agosto de 1960

Querido Günther:

Acabo de recibir tu carta y con ella, como siempre, tu buen consejo, que acepto como el de un verdadero amigo. Pero por lo que respecta a la carta que he escrito al

reverendo N., [no tienes razón]. Así lo demuestra la carta que he recibido de la XY Society, el mismo grupo al que nos dirigimos el año pasado y que reaccionó tan bien a nuestras palabras. La carta de la que te hablo contiene una frase sobre el reverendo N. que demuestra que se trata de un hombre serio, de una persona que está de nuestro lado. La carta que acabo de escribir, y que todavía está siendo mecanografiada, no te la enviaré hasta que no sepa de ti. En cuanto esté lista la copia, te la mando. La he redactado con mucha cautela, evitando cualquier referencia que pudiese hacer pensar que estoy en contacto con algún grupo, algún partido o con la Iglesia.

He de decirte que antes de recibir tu carta ya me había decidido a no escribir la *story* para *Coronet*, pues considero que lo mejor es esperar a salir del hospital y a tener listo mi libro. Por otra parte, me he enterado de que cuando se me dé el alta no podré salir del país hasta pasado algún tiempo, tal vez un año. Pero encontraré a la persona adecuada para que me ayude a escribir mi autobiografía. Me gustaría que fueses tú; en cualquier caso, es mi deseo que escribas la introducción o el epílogo (¿o se dice prólogo?, disculpa mi ignorancia; últimamente me han dado más tranquilizantes, pues el doctor afirmó que mi comportamiento era el de un *hypermaniac*, tal como se dice en el informe de mi etapa como militar). El doctor (*palabras ilegibles*) cree que mi estado puede mejorar, pero desea (*otra vez palabras ilegibles*) que no recaiga en el estado que desencadenó mi crisis y mi complejo de culpa^[45].

Intentaré explicarte en qué baso mis esperanzas de salir en septiembre: he mantenido una extensa conversación telefónica con mi hermano, en la que le he aclarado algunas cosas de las que ya te hablé en una de mis últimas cartas^[46]; espero que firme el documento que autoriza mi salida del hospital, en vez de (exigirme) que vuelva a someterme a tratamiento y que permanezca en el centro.

Confío en que los japoneses y los americanos no me hayan tendido una trampa, pero yo no he dicho nada [en su última carta a Japón] que tenga que ver con política. Lo único que dije es que con violencia no se resuelve nada.

He autorizado a la XY Society, para la que he escrito algunos artículos, para que emita un programa de televisión sobre mí, y por lo tanto contra las armas nucleares, contra la guerra y en favor de la paz. Te mandaré la carta que he recibido de una conocida, una pacifista que pertenece a la XY Society... Es mi amiga y persona de confianza en Estados Unidos, como tú lo eres en Austria. Ha publicado recientemente su primer libro, un libro sobre plegarias.

Por lo que respecta a la utilización de tus «Mandamientos», estoy completamente de acuerdo contigo: jamás alcanzaré el nivel y la riqueza de expresión que tú tienes. Intentaré proceder como me propones, es decir, cambiando tus palabras para adaptarlas a mi estilo.

Por favor, piensa si quieres escribir la introducción o el epílogo de mi libro. Creo haberte dicho ya lo que haría con los honorarios que pudiese percibir por él: enviaría la mayor parte del dinero a Japón, otra parte iría a parar a Alemania y a otros países, el resto lo depositaría en algún lugar donde no se viese afectado por ningún impuesto, y donde no se pudiese fabricar con él ninguna bomba.

Volviendo a mi libro, he de decirte que lo empezaré el primero de octubre. Te pediré consejo sobre cómo puedo superar mis dificultades a la hora de describir mis supuestos actos heroicos (*supposedly heroic acts*) durante la guerra. ¿Cómo puedo evitar que el joven que lea el libro desee seguir una carrera militar e intente convertirse en un héroe? ¿Cómo puedo destruir ese mito? Günther, he pedido a unos amigos de fuera que te envíen una copia del *Coronet* con la historia del general Tibbets y de la tripulación del

bombardero, para que puedas comprobar por ti mismo que este artículo fue escrito contra los míos (*to retaliate against my articles*).

Quizá no sepas que Estados Unidos apoya a Kishi a raíz del pacto que éste ha firmado. No temas, en mi primera carta no he dicho nada ni en su defensa ni en la de los suyos. He pensado que en nuestro artículo deberíamos decir que los países pequeños no desean tener armas nucleares, pues éstas les harían vivir temiendo a los demás países; y para esto (yo quería) contar con el apoyo del Parlamento japonés. La última carta no la he mandado, ni lo haré antes de que estemos completamente seguros de la buena voluntad de esta gente. Sé que la XY Society es una asociación pacifista respetable que goza del apoyo de hombres como Bertrand Russell y Pauling.

En caso de haber cometido algún error, modificaré la formulación inicial de mi artículo para el pueblo japonés.

Si encuentras a alguien que traduzca al inglés tus tesis sobre la bomba atómica, me gustaría leerlas.

No he oído nada, y ellos (médico y juez) no me han dicho nada sobre tu carta. No creo que mi hermano vuelva a solicitar mi ingreso en el hospital, y me horroriza la idea de tener que enfrentarme a otro juicio, pues ellos (los médicos) dirán que soy un potencial suicida, lo que haría vanos todos mis esfuerzos.

Este año se me ha hecho corto, nuestra amistad nunca tendrá fin. Espero no haber dejado sin respuesta ninguna de tus preguntas; te he contado todo lo relacionado con mi situación, todo lo que sé. Hoy me hallo bajo los efectos de las drogas, disculpa la confusión. Tu amigo

CLAUDE

CARTA 39

De la XY Society de Tokio a Claude Eatherly

Sin fecha

Estimado comandante Eatherly:

Estando cerca el «Día de Hiroshima», le escribimos esta carta para decirle que hoy, quince años después de este trágico incidente (*incident*), pensamos en usted llenos de preocupación.

Hace un año, le hicimos llegar una carta a través de nuestra amiga común la señora [...] La carta nunca tuvo respuesta, pero esperamos que llegase a sus manos. Después de nuestra carta, se le envió otra *letter of sympathy and goodwill*, una carta firmada por «30 chicas de Hiroshima», quienes se dirigieron a usted con espíritu de reconciliación. Como hicimos nosotros en su momento, estas chicas, que habían sido víctimas del bombardeo, le expresaban su convicción de que al igual que ellas —personas inocentes heridas para el resto de su vida—, *usted* es una víctima más de esa barbarie que se llama guerra.

Sabemos que usted ha escrito recientemente una carta a nuestro amigo el reverendo N. (diputado y al mismo tiempo director de nuestra asociación). Esta carta ha encontrado un gran número de lectores, y nos alegra poder deducir de ella que usted no sólo se está recuperando físicamente, sino que también empieza a comprometerse en favor de la paz y contra la guerra. Esperamos que esta suposición no sea meramente fruto de nuestros deseos. Seguimos rezando por su completa recuperación y por su nueva vida.

Confiamos en que esta carta le llegue el «Día de Hiroshima». Este día, dedicado a la reconciliación entre las naciones, es un día de reflexión, y a partir de ahora ha de servir para liberar a la humanidad de la desconfianza mutua, de la hostilidad y de la guerra, sustituyéndolas por la confianza mutua y la convivencia fraternal.

Afectuosamente

CARTA 40

A Claude Eatherly

10. 8. 60

Querido Claude:

He recibido tu extensa y afectuosa carta. Desgraciadamente, ahora no puedo responderte, pues estoy haciendo los preparativos para viajar en avión a Berlín, donde he de hablar en un acto conmemorativo de Hiroshima. Cuando regrese, recibirás una respuesta como es debido. Pero me alegra comprobar por la carta japonesa que no tenía razón, que mis sospechas no se han confirmado. Este señor [...] es sin duda una persona de confianza.

Siempre tuyo

GÜNTHER

CARTA 41

A Günther Anders

17 de agosto de 1960

Querido Günther:

Sólo un par de palabras para decirte que he recibido tu carta con la carta adjunta. Te envío ahora parte del texto que he mandado a los diputados japoneses después de asegurarme de que estas personas son gente de confianza.

El *Tokio Shimbun* quería hacer uso del texto^[47] en un artículo más extenso; yo les he contestado que no habría ningún problema, siempre que el Parlamento estuviese de acuerdo. Además, este periódico me ha solicitado que respondiera a un par de preguntas. Naturalmente, yo me he expresado en términos filosóficos con el fin de no caer en ninguna trampa^[48].

Aún no sé si me dejarán salir pronto o no; si no lo hacen, presentaré un A. M. A. (*against medical advice*)^[49], pues entonces, en caso de que quieran retenerme aquí, tendrán que volver a solicitar mi reingreso. (Expresado de forma confusa en el original inglés: «They have to recommit me if I am held»). Espero que mi hermano no quiera volver a internarme.

Tu amigo

CARTA 42

De Claude Eatherly al reverendo N^[50].

8 de agosto de 1960

Estimado señor:

Permítame que comience agradeciendo a usted y a los demás diputados su carta del 25 de julio. Mi gratitud por su preocupación y por las oraciones que usted reza por mí es infinita. Para mí, es un honor que en estos días de temor e intranquilidad usted desee saber más sobre mi filosofía.

Hablaré sólo por mí, aunque son muchos los norteamericanos que, como yo, creen que esta época de conflicto entre todos los países, grandes y pequeños, debería acabar^[51]. He escrito muchos artículos con el fin de alimentar la esperanza y [alentar] los esfuerzos que hemos de hacer si queremos salvar este mundo.

Quisiera empezar dando respuesta a sus preguntas sobre cuál fue verdaderamente mi papel en el bombardeo de Hiroshima.

Yo estaba al frente del avión de comando, el *Straight Flush*. Mi tarea (*job*) era alcanzar Hiroshima, que había sido elegida como el blanco principal del bombardeo, examinar las condiciones meteorológicas del lugar y determinar si teníamos que contar con alguna resistencia por parte de las fuerzas aéreas enemigas o de algún proyectil terrestre. Durante unos 45 minutos, sobrevolé el objetivo con el fin de examinar los grupos de nubes que ocultaban parte del blanco; el punto de mira era un puente situado entre el cuartel general y la misma ciudad de Hiroshima. Unos quince aviones japoneses volaban a 15 000 pies de altitud (unos 5000 metros), pero no intentaban alcanzar la altitud a la que yo volaba, unos 29 000 pies (10 000 metros aproximadamente). Estos aviones desaparecieron muy pronto. Por lo que respecta a las condiciones meteorológicas de este 6 de agosto: sobre la ciudad de Hiroshima había cúmulos dispersos situados entre los 12 000 y los 15 000 pies de altitud. Estas nubes parecían avanzar hacia Hiroshima a una velocidad de entre 10 y 15 millas por hora. Cuando hacía estas observaciones eran aproximadamente las 7.30 de la mañana. El punto de mira era claramente visible. El blanco era, como ya he dicho, un puente cuya destrucción debía perjudicar gravemente al cuartel general japonés. Las condiciones meteorológicas me parecían ideales: como sólo era visible el objetivo pero no la ciudad, ésta no sufriría daño alguno, y el lanzamiento de la bomba sobre el cuartel general haría que el ejército comprendiese la fuerza de destrucción del arma y se convenciese de la necesidad de firmar la paz y de poner fin a esta terrible guerra. Envié mi mensaje codificado al bombardero, mensaje que representaba el «Adelante» definitivo, ordenándole así bombardear el objetivo principal.

Pero mi esperanza no se cumplió. Las nubes situadas sobre Hiroshima desaparecieron, el bombardero erró el blanco por unos 3000 pies (1 km) y destruyó la ciudad de Hiroshima. No creo que se tratase de un error voluntario, sino simplemente de un fallo que hizo que la bomba no alcanzase exactamente su objetivo (*straight and true*)^[52]. Por favor, tenga usted en cuenta que se trataba de una bomba nueva, de una bomba que todavía no se había puesto a prueba. Pero el mal ya estaba hecho, y ahora es nuestra «tarea»^[53] hacer todo cuanto esté en nuestras manos para evitar que algo así pueda volver a suceder.

Después de haberle hablado de mi papel en esta misión, quisiera decirle que aquel 6 de agosto de 1945 tomé la decisión de dedicar el resto de mi vida a erradicar la guerra y a luchar por la destrucción de todas las armas nucleares^[54]. Ésta es la promesa que me hice durante mi retirada a la base norte americana. E independientemente de lo que pueda suceder en un futuro, sé que he aprendido tres cosas que se han grabado para siempre en mi corazón y en mi mente.

a) Esta descripción fue realizada exactamente quince años después de los hechos, por lo que seguramente Eatherly, que durante quince años había tenido presentes las

consecuencias de aquella misión, ya no era capaz de reconstruir mentalmente la situación y de expresar con claridad que en aquel momento no conocía los efectos de su acción.

b) Ciertamente, en un sentido muy abstracto, Eatherly pudo haber sabido algo, pero ¿qué tipo de «saber» puede ser éste? Después de haber sido entrenado para este vuelo sin saber nada de armas nucleares, él y los miembros de la tripulación fueron informados de las pruebas atómicas realizadas en Nuevo México; es posible que también se les mostrasen algunas películas. Pero éstas tampoco decían gran cosa, pues en ellas no se mostraba destrucción, sino únicamente el famoso «hongo». Antes de destinarlos a su «misión», lo único que se inculcaba a los pilotos eran palabras de orgullo y altivez. Incluso antes de entrar en acción, se les llamaba ya los *Victory boys*, y como tales marcharon hacia el Pacífico para cumplir su terrible *job*, una misión que no era precisamente de paz.

Vivir, por más dura que pueda ser la vida, es el tesoro más grande y maravilloso del mundo.

Cumplir con el deber es la segunda maravilla. Y cumplir con este deber —garantizar a los hombres de cualquier raza, sea ésta cobriza, blanca, negra o amarilla, una vida de felicidad, sin miedo, sin pobreza, sin ignorancia y sin servidumbre— fue lo que me prometí durante mi retirada a la base de Tinián. Éste fue mi segundo credo.

Y mi tercer credo es que la crueldad, el odio, la violencia o la injusticia jamás podrán traernos un nuevo milenio, ni en un sentido espiritual, ni moral ni material. El único camino hacia él es la fuerza creadora del amor, la confianza mutua y la fraternidad, palabras que no sólo han de predicarse, sino practicarse constantemente.

Quince años han pasado desde que me hice esta promesa, y la culpa ligada a este crimen ha llenado mi alma de confusión. Durante este tiempo, he estado casi ocho años en hospitales y he pasado alguna que otra temporada en la cárcel. Tengo la impresión de que en la cárcel me he sentido siempre más feliz: el castigo me permitía expiar mi culpa. . .

Estos trágicos años no han aplacado mi deseo de acabar para siempre (*to stamp out*) con la guerra y el armamento nuclear. Más bien han reafirmado mi voluntad de conseguirlo, pues me han concienciado de la desproporción existente entre los progresos de la ciencia y la regresión (o desarrollo más lento) de la moral de los pueblos del mundo.

Permítame que cite un pasaje de la Biblia: «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la Tierra. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios».

Por desgracia, en la situación en la que me hallo actualmente me es imposible enviarle una fotografía de mi familia. Pero tengo una foto mía que me ha enviado un alemán a quien no conozco y que leyó uno de mis artículos. Quiero enviarle esta foto.

¡Ojalá le vaya todo bien en recompensa a sus buenos sentimientos cristianos!

Fraternalmente

CLAUDE R. EATHERLY

CARTA 43

A Günther Anders

18 de agosto de 1960

Querido Günther:

Por favor, disculpa que ahora te escriba con tanta frecuencia y que te quite tanto tiempo, pero creo que ha llegado la hora de que dé el paso para salir del hospital; y creo que tú puedes ayudarme a conseguirlo escribiendo una carta a mi hermana, Mrs. Clyde L. Cobb, carta que te ruego dirijas también a J. E. Eatherly jr. La dirección es [...] Pídeles que soliciten mi alta (*to sign me out*). Yo les he hablado recientemente de mis planes y de la promesa que me hice hace ya quince años, pero temo que sean incapaces de imaginar que yo pueda dejar todo lo que tiene que ver con la fama, la carrera y el dinero por una sola *causa*. Me gustaría que les hablases del movimiento internacional y de que todos nosotros debemos hacer lo que esté en nuestras manos para salvar al mundo. Háblales de nuestra amistad, díles que trabajamos por un *way of life* que garantice la libertad de todos. Estoy seguro de que lograrás conmovierlos y evitarás que piensen que estoy loco. Explícales que mi sentimiento de culpa es real, pero que no estoy loco [...]^[55]

Como la carta que dirigí al Parlamento japonés ha sido publicada en la prensa de aquel país, estos últimos días he recibido una inmensa cantidad de correo desde Japón.

Günther, me he permitido escribir al senador Yarborough solicitándole que utilice su influencia para invalidar el *contempt charge* que se ha levantado contra el doctor Linus Pauling^[56]. Te enviaré una copia de mi carta, cuya presentación no es demasiado buena, pero no tuve más remedio que conformarme con los medios que tenía a mi disposición, pues aquí, en el hospital, no puedo utilizar ninguna máquina de escribir. A fin de cuentas, el senador Yarborough me debe un favor, y así se lo he dado a entender^[57]. Estoy seguro de que el paso que he dado surtirá efecto, un efecto que posiblemente podré notar (*will probably slap me in the face*), pero no he olvidado que él y la señora Pauling intentaron ayudarme. Escríbeme cuando puedas. ¿Ha terminado ya la serie de artículos publicada en la revista europea? Guárdame un ejemplar para mí. Escribe pronto. Mucha suerte, tu amigo
CLAUDE

CARTA 44

De Claude Eatherly al senador Yarborough

(Abreviada, pues en ella se repiten cosas que ya se han dicho).

10 de agosto de 1960

Muy estimado señor:

Hace algunas semanas recibí una carta suya en la que me comunicaba que usted había hablado con el honorable reverendo N., miembro del Parlamento japonés; según me decía en ella, éste le había encomendado transmitirme su saludo más cordial y le había manifestado su deseo de saber de mí. Escribí una al reverendo N. y le agradecí su interés por mi persona y por mi enfermedad, consecuencia de mi participación en el bombardeo de Hiroshima.

He escrito muchos artículos en contra de las armas nucleares y en favor de la detención de las pruebas nucleares en todos los países que actualmente están en condiciones de fabricar este tipo de armas.

La carta que dirigí al diputado japonés parece haberle causado muy buena impresión, pues me contestó pidiéndome que me expresase sobre la cuestión de la paz mundial; y su carta incluía la firma de otros muchos diputados. Mi carta no tenía ningún

contenido político, sino únicamente mis ideas sobre el amor, la confianza mutua y la fraternidad que deberían reinar entre todos los países del mundo [...]

Senador Yarborough, en su carta me decía que podía dirigirme a usted en caso de necesitar su ayuda.

El doctor Linus Pauling ha sido acusado de *contempt of court* en relación con declaraciones de un Congressional Committee. Me alegraría mucho que usted se sintiese inclinado (*I pray that you can feel it in your heart*) a ayudar a esta persona y lograse invalidar esta acusación. El doctor Pauling es un gran hombre, una persona de gran humanidad; por otra parte, el uso de bombas atómicas y bombas de hidrógeno encierra un peligro absolutamente distinto —y no sólo en lo que respecta a su magnitud— de todos los peligros que encerraban las guerras del pasado: no sabemos a ciencia cierta qué consecuencias podría tener la liberación de grandes cantidades de radiactividad; y hay hombres, entre los que se cuenta Einstein, que creen que el resultado final podría ser la extinción del propio género humano.

Yo vi explotar tres de las cuatro primeras bombas atómicas^[58], y conozco sus efectos; y los grandes avances científicos que se han producido desde entonces me hacen pensar, opinión compartida por el doctor Pauling, que el resultado de su utilización sería el fin del planeta que habitamos los humanos. Por esta razón, hoy la guerra constituye una amenaza mayor que en el pasado.

Evitar la guerra se ha convertido en una tarea imperiosa, pues es la única forma de garantizar la pervivencia de vida civilizada sobre la Tierra o incluso de toda otra forma de vida.

Esta tarea es tan absolutamente imperiosa (*so imperative*) que no debemos asustarnos ante los nuevos planteamientos políticos, ni hacer caso omiso de problemas que en el pasado (ciertamente no sin impunidad, pero indudablemente sin poder evocar todavía la mayor de las catástrofes) pudimos permitirnos el lujo de obviar.

No es mi propósito exponerle detalladamente mis convicciones, pero le suplico que haga usted lo posible para devolver la tranquilidad a este gran hombre, pues esta persona ha intentado despertar la conciencia del gran pueblo norte americano, ha intentado hacernos comprender que todos y cada uno de nosotros debemos hacer lo que esté en nuestras manos para salvarnos de la catástrofe.

Disculpe usted la extensión de esta carta, pero creía necesario escribir todo esto para que usted se decida a ayudar a esta gran persona que es el doctor Linus Pauling.

Le doy las gracias por su interés y por la atención que me ha prestado.

Muy atentamente

CLAUDE R. EATHERLY

CARTA 45

A Claude Eatherly

31 de agosto de 1960

Querido Claude:

Disculpa que no te haya escrito durante tanto tiempo, pero mi esposa estaba enferma. Cuando pasó lo peor, tuve que enviarla por avión a casa de sus padres, pues ellos pueden atenderla mejor que yo. También yo he estado enfermo y lo sigo estando, es

realmente escandaloso hasta qué punto dependemos de nuestro cadáver. Pero hoy puedo volver a sentarme al escritorio, y la primera hoja mecanografiada es para ti.

Naturalmente, he escrito a tu familia; adjunto una copia de mi carta para que conozcas su contenido. Espero haber encontrado el tono adecuado. Evidentemente, no es fácil escribir a personas a las que no se conoce. Pero tú también eras para mí un desconocido, y sin embargo nos comprendimos a la perfección.

¡Si lográsemos sacarte de ahí! No sé qué haría si me enterase de que estás fuera. Llegará el tiempo en que podremos celebrarlo juntos.

Esta mañana he recibido una carta de unos amigos japoneses, quienes me encargan que te advierta de que deberías tener mucho cuidado con los japoneses con los que estás en contacto. Conocen sus nombres y no se fían demasiado de ellos. Me temo, Claude, que la gente intenta utilizar tu nombre para fines que no son los tuyos. A las buenas personas les resulta difícil aprender a desconfiar de los demás. Pero nosotros *hemos de* aprender a desconfiar. Por otra parte, tu carta contiene una extraña frase que no acabo de entender. Me dices que estarías dispuesto a permitir la publicación de un artículo en una revista de Tokio en el caso de que el Parlamento japonés estuviese de acuerdo. ¿Por qué deberías contar con la aprobación del Parlamento japonés? ¿Por qué habría de decidir éste sobre la verdad y la falsedad? La verdad no depende de la aprobación de ningún grupo. El enunciado «Tres por tres son nueve» es válido aunque todos los par lamentos del mundo dijese que tres por tres son diez. ¿Y cómo podría el Parlamento aprobar tu artículo? Ningún Parlamento se posicionará a favor o en contra de la publicación de un artículo en una revista. ¿Por qué no te limitas a seguir el gran principio americano de *freedom of expression*? Si les dices que la publicación del artículo depende de su aprobación, perderás tu libertad como ciudadano norteamericano, una libertad que garantiza al individuo el derecho a decir aquello que considera correcto. Tú tienes derecho a gozar de este derecho, independientemente de que entregues tu artículo a un periódico norteamericano o extranjero.

Tu carta a N. es un texto muy hermoso. Sin embargo, yo prefiero la carta que escribes al senador Yarborough, aquella en la que le pides que ayude a nuestro amigo Pauling. En esta carta demuestras que has encontrado el camino que conduce desde lo ideal a la realidad. Pues éste es justamente hoy nuestro deber: levantar puentes entre nuestros deseos y la realidad. Es necesario que nos «impliquemos» en este sucio mundo, e incluso que nos sirvamos de la «diplomacia». *Naturalmente, al hacerlo ensuciamos nuestras manos, pues quien lava ropa sucia se mancha los dedos. Pero esta suciedad nos honra*. Si no nos «implicamos» o si intentamos demostrar que no lo hacemos, lo único que hacemos es dejar todo como está. Pero estoy seguro de que eres consciente de esto, pues de lo contrario no hubieses escrito al senador Yarborough.

Paso noche y día trabajando en mi libro sobre la situación atómica, escribiendo, tachando y volviendo a escribir. Seguramente habrás recibido mi libro sobre Hiroshima. ¡Lástima que no pueda traducirlo para ti! No obstante, espero que pronto se publique una versión inglesa.

Te deseo toda la suerte del mundo. Tu amigo

GÜNTHER

CARTA 46

De Günther Anders a los hermanos de Eatherly

Estimados señora Cobb y señor Eatherly:

Les sorprenderá recibir una carta desde Viena, y además de alguien a quien ustedes no conocen en absoluto. Disculpen, por favor, esta mi intrusión.

Pero les escribo esta carta por deseo expreso de Claude: su hermano me ha pedido que les diga con concisión qué opino de él. Su ruego demuestra cuán profundamente confía en mí, y sería injusto que yo no cumpliera su petición.

No sé si Claude les habrá contado alguna vez que, pese a no conocernos personalmente, mantenemos una correspondencia regular en la que hablamos de cuestiones que son de la mayor importancia para ambos, a saber: el significado y las consecuencias de la era atómica. Como es natural, este problema se ha convertido para millones de personas (científicos, intelectuales, políticos, educadores y médicos de todo el mundo) en *el* problema. Esta cuestión no es simplemente una cuestión entre otras, sino el problema más horrible que haya existido jamás, pues hace referencia a la potencial autodestrucción de la humanidad por las armas (en la medida en que sea correcto hablar aquí de «armas») que el desarrollo de la física nuclear ha hecho posibles. También es probable que sepan que actualmente se están celebrando congresos sobre el tema en todo el mundo, pues hay que concienciar a la humanidad entera de esta nueva situación, sobre todo porque la mayoría sigue reaccionando con indiferencia o con ceguera ante este problema, y hay quien hasta se niega a ver la realidad de la amenaza. Pertenecen a este «Movimiento antinuclear» las mejores personas de todos los países, pues son las que se sienten responsables de la supervivencia de la humanidad; son todo menos gente extravagante, al contrario: nunca en mi vida he visto tan pocos tipos raros como en los congresos antinucleares celebrados en Londres y en Tokio.

Me parece que no es difícil comprender que Claude, uno de los primeros en haber visto con sus propios ojos las inimaginables consecuencias de la era atómica, se sienta parte del grupo de los responsables de lo sucedido. Por lo demás, quince años después de su famoso viaje a Hiroshima, yo he tenido la oportunidad de visitar el lugar y de hablar con víctimas que sabían de Claude, quienes me han expresado la profunda compasión que sienten por él. Pues estas víctimas saben y comprenden perfectamente que las sombras de innumerables muertos han atormentado los días y las noches de su hermano.

Ustedes convendrán conmigo en que es natural tener remordimientos de conciencia cuando se ha hecho daño a alguien, aunque haya sido sin querer. Si esto es así, ¡cuán difícil debe de ser saber que se ha participado en una acción (sin quererlo, por supuesto) que ha causado la muerte de doscientas mil personas! Este «debe de ser» no puede tranquilizar a nadie que sea realmente consciente de su responsabilidad. El remordimiento permanece vivo, la herida queda abierta, hasta que el remordimiento acaba convirtiéndose (como le ha ocurrido a Claude) en esta firme decisión: «Esto no puede volver a suceder otra vez». Sin duda, ustedes entenderán que si entre 1945 y 1960 Claude pareció actuar como un criminal, fue como consecuencia de su experiencia anterior, una experiencia a la que ninguno de nosotros podría hacer frente sin ser víctima de un profundo trastorno psicológico. Nosotros, que tenemos la suerte de que no nos persigan las sombras de miles de muertos, deberíamos intentar ayudar a quien tuvo que pasar por la «experiencia de Hiroshima». Y creo que deberíamos entender que su dolor y su decisión (que nada tiene que ver con la política) de consagrar su vida al triunfo de la paz, es una prueba de su integridad. Pero si Claude, pese a su experiencia, hubiese seguido viviendo como antes, habría demostrado su falta de

moralidad. Su «enfermedad» es prueba de su sensibilidad moral. No es posible esperar que alguien que ha tenido que pasar por una calamidad de esa magnitud sea una persona alegre, ni que se comporte como si nada hubiese ocurrido: si hay algo anormal, no es él, sino su experiencia; y *no sería normal reaccionar de forma completamente normal a una experiencia así.*

Para muchísimas personas de muchos países, Claude se ha convertido en la personificación de la responsabilidad. Hace unos meses, los estudiantes de la Universidad Libre de Berlín me propusieron que diese unas charlas: cuando mencioné a Eatherly, me sorprendió comprobar que todos conocían su nombre, y no sólo su nombre, pues todos lo respetaban por haber reconocido su culpa, a pesar de que en cierto modo es «inocentemente culpable». Los estudiantes comprendieron que cabía la posibilidad de que algún día determinados generales alemanes les ordenasen cumplir misiones parecidas a la «Misión Hiroshima», y la figura de Eatherly les recuerda, para utilizar su propia expresión, que *quien destruye a sus semejantes se destruye también a sí mismo*. Y le están agradecidos por haberles hecho entender esto con su propio sufrimiento.

Naturalmente, cuando se lo considera desde un punto de vista ordinario, el caso de Eatherly parece un tanto extraño y se nos antoja un caso imposible de medir con el rasero de nuestra vida cotidiana. Por eso quisiera subrayar lo que ya he dicho: fue la experiencia por la que se vio obligado a pasar lo que excede toda normalidad, y sería moralmente anormal que no extrajese ninguna conclusión de ella. Claude sabe que, de seguir produciéndose guerras de este tipo, ya no habrá posibilidad de que haya vida, ni normal ni anormal. Naturalmente, esto es algo que todos «sabemos», pero *él* lo sabe mejor que nadie, y nosotros no deberíamos sancionar la profundidad de su saber.

Les ruego que tomen ustedes en serio el dolor y las esperanzas de Claude. Y, por favor, traten de ayudarle en su intento de volver a la vida normal. Cuanto más tiempo esté privado del contacto y del trato real con sus semejantes, más difícil le resultará recuperar lo que ha perdido. ¿Acaso debe ser víctima de por vida de una experiencia de la que no fue culpable? ¿Sería esto justo?

No me es fácil transmitir en una lengua que no es la mía la importancia que concedo a este asunto. Puede que ustedes reciban mis palabras como las palabras inoportunas de un extraño, como la voz de alguien que pretende meterse en aquello que no le incumbe. Por favor, les pido que no lo entiendan así. Vivimos en una época que nos da la posibilidad de matar a personas que viven en otra parte del mundo. Por eso también deberíamos intentar acercarnos los unos a los otros a través del amor^[59].

Su atento y seguro servidor

GÜNTHER ANDERS

CARTA 47

A Günther Anders

31 de agosto de 1960

Günther, tú y yo somos más conocidos en el mundo de lo que tú crees. Debemos aprovechar esta circunstancia para ejercer nuestra influencia moral.

Querido Günther:

Imagino que debes de estar ocupado y que, por lo tanto, no encuentras el momento

para escribirme pero, como yo tengo algo de tiempo, voy a informarte de lo poco que sé de mi actual situación. Te envié una copia de la carta que escribí sobre Pauling al senador Yarborough, espero que la hayas recibido. Pero no estoy seguro de que el senador la recibiese, pues tales cartas están sometidas a una censura muy estricta, especialmente las mías. Puede que el senador haya hecho caso omiso de ella, pues quizá no desee inmiscuirse en el asunto, o puede que haya sido retenida por alguna *agency*. Sé que han retenido varias de las cartas que te he escrito, pues algunas de ellas han quedado sin respuesta. Mandé la carta [a Yarborough] bajo mano, pero seguramente tienen muchas formas de controlar el correo. Por eso he decidido volver a escribir al senador y preguntarle si ha recibido mi primera carta. Esta vez utilizaré otros medios. Me ponen muchas trabas, pero tengo demasiados amigos como para que puedan impedirme hacerlo. Mi intención es pedirle que corresponda al servicio que he prestado en relación con la crisis japonesa. Yo creo que el doctor Pauling no recibirá más que una amonestación (*reprimand*), pero no quiero correr el riesgo de que lo encierren. Si el doctor Pauling tuviese que ir a la cárcel, yo estaría dispuesto a ocupar su lugar, es una persona tan mayor y tan importante para nuestra causa... ¡Qué fácil les resulta tender trampas para deshacerse de la gente! (*línea y media ilegible*) [...] simplemente por haberse negado a dar los nombres de los 10 000 científicos que han firmado su solicitud^[60]. Escribiré a mis amigos de Tokio, organizaré lo que en términos bélicos se llama un «fuego cruzado» y lograré que el Parlamento japonés escriba al presidente, al senador Johnson y al secretario de Estado Herter solicitándoles la anulación de los cargos [contra el doctor Pauling]. De lo contrario, temo que puedan encerrarlo e imponerle una importante sanción económica. Mis amigos japoneses confían en mí y no me delatarán. Nadie sabrá que soy yo quien está detrás de este asunto. La señora Pauling intentó ayudarme, y yo no olvido tan fácilmente. Sé que tú tampoco olvidas, y los amigos de Pauling han de ser tus amigos, así que ayudaré al doctor Pauling.

Günther, he tenido mucho éxito en Japón, y lo que tú y yo hemos escrito ha ejercido una gran influencia^[61]; el correo que recibo me permite comprobar que mi popularidad y el deseo de saber de la gente han ido en aumento, y esto es básicamente mérito tuyo. Espero que seas tan prudente como yo y evites que se te identifique con un país determinado (*not to be tied with*): preséntate únicamente como una persona que trabaja por una causa. Sólo así podremos tener éxito. Por favor, no permitas que te pesque ninguna organización (*don't get hooked up*).

Por lo que se refiere a mi salida del hospital, he de decirte que mi hermana y mi otro hermano vendrán e intentarán sacarme de aquí, pero mi médico dice que esto no será posible hasta después de las elecciones. No entiendo por qué puedo ser tan importante en Washington, pero sin duda ellos saben exactamente dónde estoy y conocen perfectamente la forma de mantenerme aquí (*doing a good job of keeping me*). Mi médico no ha vuelto a mencionar el tema desde hace varias semanas.

Desde la publicación de mi último artículo, recibo muchas cartas de Japón, y los jóvenes están muy entusiasmados con mi filosofía.

Acabo de recibir el correo. Mi artículo ha sido publicado en Brasil; un misionero me escribe diciéndome que lo ha leído. Debe de haber sido traducido por gente de la colonia japonesa en Sudamérica. Tal vez deberíamos redactar una *story*^[62] para los sudamericanos.

Günther, recibí una extensa carta de Al Hirschberg, el escritor; me he informado sobre él y no es como tú piensas. El único libro que ha escrito para el cine es *Fear Strikes out*, una historia real sobre uno de nuestros héroes del béisbol, un jugador que sufrió una enfermedad mental. Era un buen libro. He decidido utilizar sus servicios, pues [otras vías]

serían demasiado caras y aquí él goza de mucha popularidad. En noviembre ha de venir a verme, y comenzará el trabajo a principios de año. Espero poder contar con tu colaboración en el libro, esto significaría mucho para mí; podrías encargarte del prólogo, en el que podrías explicar qué clase de persona soy [...] No sé si te llegará esta carta; la que hoy he recibido de Brasil había sido abierta y censurada. ¡Si pudiese colocar algo de lo que tú escribes en otros países! Tus escritos tienen más fuerza que los míos. Sacan a la gente de su indolencia. Me temo que los míos son más bien una oración y no contienen más que fórmulas cristianas. Juntos, los tuyos y los míos podrían llegar a todos los hombres.

He recibido un par de cartas de una doctora de Eschweiler (se ocupa de niños abandonados y enfermos), en las que me pide que le ayude, que escriba sobre la gente que abandona a niños desvalidos y enfermos. Me gustaría ayudarla, pero ¿puedo permitirme ampliar tanto mi causa (*but can I afford to over extend my cause*)? Algo así sólo será posible cuando hayamos despejado el camino. Así me lo parece. Con el dinero que hoy se gasta en guerras, podremos ayudar a los pobres, a los analfabetos, a todos aquellos que carecen de techo y a los desvalidos. La doctora ha leído tu libro. ¡Es tan difícil decir que no a estas personas!

Por favor, piénsate el asunto del misionero [...] Sé que has de ganar dinero, pero también debemos sacrificar algo. A mí me queda muy poco, pues apadrino a diecinueve niños de otros países, y sin embargo el dinero no me falta. Cada uno de estos niños me cuesta diez dólares al mes. Escríbeme cuando puedas, *and God bless you*,

Tu amigo

CLAUDE

CARTA 48

A Günther Anders

6 de septiembre de 1960

Querido Günther:

Quisiera comenzar diciéndote cuánto lamento que tu esposa esté enferma. Por favor, transmítele mi deseo de que se recupere pronto. ¿Está en Estados Unidos, en California? De ser así, te ruego me mandes su dirección para poder enviarle una tarjeta postal. No sabía que tú también habías estado enfermo, espero que ya te encuentres bien.

Te agradezco que hayas escrito a mi hermano y a mi hermana [...] La carta era perfecta, sé que logrará conmover a mi hermana y es muy probable que influya hondamente en mi hermano James. Además, he vuelto a presentar al hospital un A. M. A. (solicitud de baja contra el consejo de los médicos), pues vuelvo a tener la condición de «paciente voluntario»^[63]. Para poder retenerme aquí, el hospital o algún miembro de mi familia tendrían que solicitar de nuevo mi reingreso. No creo que lo hagan. Pero hoy en día en Estados Unidos todo es posible. Está claro que pretenden retenerme aquí hasta que se celebren las elecciones. No acierto a comprender qué papel puedo representar yo en ellas y por qué consideran tan importante que se prolongue mi permanencia en el hospital.

Si hay algo que puede rematar el asunto, yo diría que es tu carta, siempre que la reciban antes del 12 de septiembre, es decir, una semana antes de que vengan aquí.

Günther, no me he expresado muy bien en relación con la publicación de mi artículo; en mi carta había un par de palabras que no has comprendido. Envié el artículo a

los diputados y autoricé su publicación al reverendo N. Por otra parte, comuniqué al periódico *Tokio Shimbun* que, si lo deseaba, podía servirse de él para publicar un artículo más extenso. Mandé una copia del texto al periódico. Si deseas tener una copia del otro artículo, te la mandaré, así podrás convencerte de que, independientemente de dónde aparezca, su publicación sólo puede beneficiarnos. ¿Desconfías de estos japoneses porque quieren obtener un beneficio económico o tal vez por otras razones, quizá porque desean utilizarme para hacerse propaganda? Si me dices quiénes son, intentaré actuar con cautela. ¿Estás pensando en el *Tokio Shimbun*?

He pedido a un sacerdote de California que interceda en favor del doctor Pauling y que haga llegar su petición al Comité^[64]. Se ha puesto ya manos a la obra, la semana pasada recibí una carta suya, está haciendo todo lo que puede. Temo por el doctor Pauling. Cuando alguien sufre permanentemente el hostigamiento del ejército, se vuelve incapaz de hacer bien su trabajo. Confío en que el doctor Pauling pueda soportar este hostigamiento.

Günther, no me caigas enfermo, cuídate y alégrate, tenemos muchas cosas por delante. Si deseas hacer algo con mis dos textos, hazlo.

Tu amigo
CLAUDE
CARTA 49

A Günther Anders

20 de septiembre de 1960

Querido Günther:

Hoy he recibido tu libro, que guardaré como otro de mis preciados tesoros. ¡Si pudiese leerlo! Pero quizás aparezca pronto una versión en lengua inglesa^[65].

No tengo muy buenas noticias para ti; estos días estoy realmente aturdido a consecuencia del cúmulo de malas noticias relacionadas con mi salida del hospital. Mi hermana y mis dos hermanos han estado aquí. El médico ha convencido a estos últimos para que no soliciten mi salida del hospital^[66], por lo que han pedido un *indefinite commitment* (internamiento indefinido). Naturalmente, voy a llevar mi caso ante los tribunales, y esta vez seré yo quien me defienda a mí mismo, pues me he enterado de que en el Estado de Texas no se me ha privado del derecho (*I have not been disbarred*)^[67] de actuar como mi propio abogado, sino solamente en Luisiana. De cualquier modo, voy a defender mi caso con éxito, y mis declaraciones en el juicio serán tan brillantes que el interrogatorio contradictorio resultará fútil y vano. Como ves, dado que mi familia está en mi contra, ya no tengo a nadie. Si las cosas no saliesen bien, apelaría al District Court, con lo que habría de celebrarse un juicio por jurados, y estoy seguro de que entonces ya no podrían volver a internarme. Ciertamente, esto lleva su tiempo, pero no pienso claudicar. Utilizaré todas las estrategias que vienen en los libros. Y no es por alabarme (*in egotism*), pero conozco mis derechos. Lo que quiero decir es que estoy familiarizado con los asuntos jurídicos, pues me especialicé en este tema y he defendido a muchos soldados^[68]. Jamás he perdido un caso. Hasta conseguí salvar a un soldado negro [...], aunque sabía que era culpable; pero a la acusación le faltaba experiencia^[69].

Günther, me gustaría que nos viésemos en cuanto salga del hospital y que pensásemos cuál es la mejor forma de contribuir al triunfo de la igualdad entre los hombres y a que el mundo se deshaga de las armas nucleares^[70]. Günther, ¿hablas japonés?

Tengo intención de viajar a Japón tan pronto como termine mi autobiografía y en cuanto la Sane Nuclear Society haya rodado la película. [Por otra parte], me gustaría que fuese Robert Ryan quien me encarnase en el filme, pues es un importante miembro del grupo de Hollywood (SANE). Estoy seguro de que podemos reunir el dinero suficiente para obtener un guión a nuestro gusto. Audie Murphy me ofreció 250 000 dólares por los derechos de la película. Yo rechacé su oferta citando uno de tus «Mandamientos de la era atómica», y le dije que él era un héroe tan falso como yo (*and told him he was as phony a hero as I was*). Desde entonces no he vuelto a saber nada más de él. En aquellos momentos Murphy rodaba en Europa un documental sobre las armas nucleares, un documental para el gobierno. No temas, Günther, no voy a vendernos (*I won't sell us out*).

Günther, cuéntame cómo va tu salud. ¿Necesitas dinero? Somos amigos, te ruego que no pienses que intento comprar tu amistad. Lo único que quiero es ayudarte en el caso de que lo necesites. He de despedirme. Espero que tu esposa se encuentre mucho mejor. Salúdala de mi parte.

Tu amigo

CLAUDE

CARTA 50

A Claude Eatherly

23. 10. 60

Querido Claude:

A decir verdad, esta vez debería escribirte todo un libro, pues no he contestado al menos a tres de tus cartas, y sólo ahora que han pasado los días de preocupación y que mi esposa ha regresado sana a casa, dispongo del tiempo y de la tranquilidad necesarios para reflexionar sobre todos tus problemas. Pero antes quisiera decirte que siento la más profunda admiración por la paciencia con la que afrontas el aplazamiento de tu salida del hospital y la total incomprensión de tu familia. Paciencia que admiro tanto más cuanto que no se trata de la paciencia propia del indolente: aparte de paciencia, muestras una permanente impaciencia por hacer lo que consideras necesario y por superar la situación que te impide dar lo mejor de ti.

Tus cartas mencionan una cuestión que me ha sorprendido enormemente, pues no sabía nada al respecto: me dices que has estudiado Derecho y que eres abogado. Puede que no acabe de entenderte, pero cuando afirmas que en Texas no estás *disbarred*, esta afirmación sólo puedo comprenderla en el sentido de que ya estabas facultado para ejercer como abogado, y que sólo se te ha despojado de tu derecho a ejercer como tal en Luisiana. No creo que la Civil Liberties Union esté al tanto de este hecho. Me parece que deberías comunicárselo inmediatamente a esta gente.

Por otra parte, me parece que Roland Watts, el neoyorquino interesado en que tu caso tenga un final feliz, es una persona seria y de gran humanidad, una persona que comprende a la perfección el carácter extraordinario de tu caso. Lo sé porque mi esposa le habló de ti hace unos diez días; según me ha contado, tuvo la impresión de que Watts no es solamente un abogado con experiencia, sino un hombre que se esfuerza por hacer prevalecer aquello que considera justo. Watts confía en el abogado al que tú viste hace dos o tres semanas, e incluso tiene la intención de desplazarse hasta Texas, pero no antes de la

primavera. Desde aquí me resulta imposible saber si existe una coordinación entre los esfuerzos de la American Civil Liberties Union y los de los dos abogados que llevan tu caso. Si mi esposa no ha entendido mal al señor Watts, éste afirma (y esto me parece muy importante) que tu familia no puede decidir sobre tu «internamiento indefinido». Como tú conoces las leyes, deberías intentar averiguar si es posible que hayan convencido a tu familia para firmar un documento que es absolutamente ilegal, y que por lo tanto no tendría validez alguna. De ser así, esto sería un punto a tu favor. Me parece imposible que Watts, siendo miembro del grupo de abogados de una gran organización, haya podido equivocarse en un tema tan importante.

Y ahora otro tema importante: el señor Watts le dijo a mi esposa que te aconsejara que solicitases una «baja temporal» (*temporary release*, una especie de plazo de prueba), sea ésta de un día, de una semana o de un mes. Pues esto te daría la oportunidad de demostrar a quienes tienen tu destino en sus manos que puedes comportarte de forma «normal» y que no hay ninguna razón para desconfiar de ti. Ciertamente, conozco al dedillo las dificultades ligadas a esta propuesta, pero sigo pensando que es una excelente idea. Suponiendo que estuviese en tu lugar y que se me concediese esa baja temporal, procedería del siguiente modo: allí donde ningún genio microscópico fuese capaz de descubrir ojo alguno, yo actuaría como si estuviese vigilado por mil ojos; de tener dinero suficiente, me retiraría a una hermosa ciudad balnearia dotada de una buena biblioteca pública y llevaría una vida ordenada y respetable. Escribiría un par de horas al día, nadaría o practicaría algún otro deporte otras dos horas y dedicaría un par de horas a la lectura en la biblioteca, en una palabra: viviría sometido al más severo autocontrol y de momento, en interés de nuestra causa, no sólo no haría nada que tuviese que ver con ella, sino que incluso evitaría cualquier discusión sobre el tema. Lo que nunca haría es sentarme en una plaza pública, donde familiares o amigos harían inevitables estas discusiones e incluso podrían provocar alguna pelea. El alcohol no lo tocaría y, dicho entre nosotros, nada de mujeres. De este modo lograría que mis observadores invisibles se aburriesen mortalmente. Claude, sé perfectamente que, después de los años que has pasado, esto sería pedirte demasiado. Pero creo que merecería la pena. Tu vida y tu deseo de consagrarla a tu causa, dependen de que interpretes perfectamente este papel. Como es lógico, antes de solicitar la baja temporal, deberías pensar detenidamente si te crees capaz de cumplir estas condiciones. Aunque aquellos a los que les gustaría verte resbalar estuvieran convencidos de que en realidad estarías interpretando un papel, no tendrían más remedio que reconocer que eres dueño de ti mismo y capaz de resistirte a la tentación de hacer «excursiones» que ellos consideran anormales o delictivas.

Ciertamente, yo soy todo menos un policía nato, pero ¡cuánto me gustaría estar contigo durante ese tiempo para ayudarte! Como sabes, me es imposible. Pero al menos podríamos escribirnos tantas veces como quisieras.

Naturalmente, deberías aprovechar esas «vacaciones fuera de Waco» para trabajar en la autobiografía que planeas. Probablemente, las innumerables dificultades en que te has visto te han impedido progresar en este trabajo. En relación con tu proyecto, quisiera repetirte el consejo que ya te he dado en otras ocasiones: cuando comparo tus cartas con el resto de tus textos, la diferencia es sorprendente: tus cartas tienen mucha más fuerza, tu expresión es mucho más clara, tus palabras llegan más directamente al corazón y tienen un toque de humor, en una palabra: tus cartas son muy superiores a tus «artículos» en todos los sentidos. Tu persona es más reconocible cuando hablas *a alguien* que cuando escribes sin dirigirte a nadie en particular. Por eso te aconsejo que, al menos al principio, procures

relatar tu vida en forma epistolar, por ejemplo como si te dirigieses a mí o a una víctima de Hiroshima. Si así lo haces, tus dificultades desaparecerán, pues a fin de cuentas estás acostumbrado a escribir cartas, no a escribir libros.

Una segunda cuestión: me hablas de la posibilidad de que SANE ruede una película. Puedo equivocarme, pero me temo que esta gente procede con demasiada lentitud. Así, por ejemplo, todo parece indicar que apenas han ayudado a Pauling (por lo demás, dudo de que Pauling pueda ir inmediatamente a la cárcel, pues todavía hay varias posibilidades de apelación). Como no conozco a Steve Allen, he de abstenerme de darte cualquier consejo. Mi esposa lo ha visto en un concurso televisivo y le resulta muy difícil imaginárselo en una película sobre tu vida. No obstante, ha demostrado tener valor y, cuando otra gente de Hollywood ha bajado las orejas, él ha sabido dar la cara. Tampoco conozco a Al Hirschberg. Si tienes la oportunidad de verlo, hazlo. Pero esto no significa que debas empezar a escribir el libro con él. Sigo estando firmemente convencido de que deberías intentar escribir en solitario un borrador, pues de lo contrario el estilo del escritor profesional prevalecerá desde el principio sobre tu propio estilo. Al fin y al cabo se trata de *tu* libro. Cuando tengas listo el borrador, podrás pedir a un hombre versado en la escritura como es Al Hirschberg que revise el texto contigo. Pero es posible que esta cuestión ya no sea tan urgente, pues me dices que esta colaboración con H. tendría lugar después de salir del hospital, cosa que esperas suceda inmediatamente después de las elecciones. (Por lo demás, yo tampoco comprendo la relación que pueda existir entre tu caso y el resultado de las mismas).

Otra cuestión: en tus cartas dices que son muchas las personas que solicitan tu ayuda. Estoy convencido de la importancia de cada uno de estos casos. Pero piensa que toda aquella energía que se dispersa tiene siempre un efecto mucho menor que la que se concentra en un único objetivo. El médico bonachón que repara los coches de todos sus vecinos, podría estar agotado cuando se lo requiriese para realizar una operación de urgencia.

Y ahora, tras esta extensísima carta, quiero que sepas que no te había olvidado^[71]. Si he vuelto a tardar tanto en escribirte como en la última ocasión, has de saber que esta demora no significaba nada contra ti. Lo único que ocurre es que ando metido en otros muchos asuntos (la mayoría de los cuales están más o menos relacionados con nuestra causa) y soy incapaz de cumplir con todo. Pero jamás te he olvidado, y anhelo que llegue el momento en que nos conozcamos personalmente. Entonces podremos demostrar al mundo que ni la edad, ni la nacionalidad, ni la educación, ni la religión, por más diferentes que éstas sean, pueden tener alguna importancia cuando dos personas dedican su vida a la misma causa.

Tu viejo amigo
GÜNTHER
CARTA 51

A Günther Anders

Octubre de 1960, sin fecha

Carta recibida en Viena el 1 de noviembre

Querido Günther^[72]:

Disculpa que no te haya escrito antes, pero intenté salir legalmente del hospital con la ayuda de abogados. Esto no funcionó, pues las Fuerzas Aéreas solicitaron mi «internamiento indefinido» (*because the Air Force filed a commitment against me, indefinitely*) y el hospital tuvo que comunicar al tribunal que no me citase, con lo que no pude llevar mi caso ante los tribunales (*and then had the hospital to notify the court not to serve a summons on me so I could not take it to court*). El miércoles pasado hablé con mi médico, quien me dijo que tenía la mala suerte de ser una persona muy conocida, o mejor dicho, famosa, por lo que debía dejar de escribir artículos contra las armas nucleares y renunciar a seguir influyendo en el extranjero a través de revistas estadounidenses. Prosiguió diciéndome que no podía hacer nada por mí, que él y el hospital tenían que acatar las órdenes de las Fuerzas Aéreas y del Departamento de Estado (*that he and the hospital staff had to take orders from the Air Force and the State Department*). Le pregunté si tenían la intención de retenerme aquí, y él me contestó: sí.

Mis amigos arreglaron todo para que fuera se me prestase ayuda. Me escapé del hospital. Ahora estoy encerrado en una casa muy bonita [...] de la que no puedo salir, pues el gobierno ha movilizado a todos para que me den caza [...]

Günther, espero que no te parezca una locura que haya intentado escaparme de esa prisión [...] Estaba muy preocupado por ti y por la salud de tu esposa. Espero que pronto puedas decirme cómo estáis^[73]. No tengas miedo, pues mis amigos se ocupan de mí. En verdad, hasta ahora no sabía cuántos amigos tenía. Saldré de ésta, Günther, no te preocupes. ¡Son tantas las personas que hacen todo lo posible para protegerme!

Han anulado los cargos por desacato [al tribunal] contra el doctor Pauling, pero siguen amenazándolo para que no vuelva a intentar nada. Günther, este país se parece mucho al resto de países del mundo. Ir contra el ejército es prácticamente imposible. (*Günther, this country is much like many other countries. It is nearly impossible to go against the military*).

El senador Yarborough me escribió asegurándome que haría todo lo posible por mí y por el doctor Pauling. Yarborough es una persona muy seria y ama tanto la paz como nosotros.

Espero que tú y tu esposa estéis bien.

Tu amigo

CLAUDE

CARTA 52

A Claude Eatherly

2. 11. 60

(Sin encabezamiento, pues la carta se envió a una dirección secreta).

¡Qué fantástica sorpresa, y qué pena que fuese necesario actuar así, pero *era* necesario! Y ahora, por el amor de Dios, sigue estas reglas para evitar lo peor y asegurar el éxito definitivo del paso que has dado:

1. No escribas a nadie, excepto si es realmente necesario hacerlo.
2. Expide cada una de tus cartas desde un lugar distinto.
3. Nunca escribas el nombre del remitente.

4. Haz que tus amigos escriban los sobres.
5. No creas que la situación se calmará pasado un tiempo: es posible que conozcan tu dirección y que aplacen tu detención para saber con quién te relacionas.
6. No creas que puedes quedarte definitivamente en Estados Unidos; pero no te precipites en tus preparativos para salir del país; este paso ha de estar perfectamente calculado.
7. Manténme al corriente.
8. Apréndete de memoria estas reglas.
9. Deshazte de ellas^[74].

No te sorprendas si ahora tu caso alcanza un gran eco en la opinión pública. Yo estoy detrás de esto, ahora tú eres mi *full time job*.

Obviamente, yo sigo estando donde estaba. El que mi carta lleve un sello norteamericano no significa nada.

Repito: por favor, ni una sola negligencia. Si las cosas salen mal, podrías ser un desgraciado para el resto de tus días. Yo cuento contigo, cuenta tú conmigo.

Siempre y para siempre

CARTA 53

A Claude Eatherly

(Carta dirigida al hospital para despistar al centro, haciéndole creer que yo no sabía nada de la huida de Eatherly).

2. 11. 60

Querido Claude:

Hace unos diez días, y tras una pausa que quizá te haya ofendido, te escribí una extensa carta. Como no he tenido respuesta tuya, quisiera repetirte que me vi obligado a desatender todas mis obligaciones, pues mi esposa estaba enferma y era necesario tomar medidas día a día. Ahora, como ya te he dicho, todo vuelve a estar en orden, me siento otra vez al escritorio y estoy listo para reemprender nuestra apreciada correspondencia.

Tu amigo

GÜNTHER

CARTA 54

Desde la libertad a Günther Anders

15 de noviembre de 1960

Querido Günther:

Gracias por tu carta. Disculpa que haya tardado tanto tiempo en responderte, pero no encontraba a nadie que pudiese enviar mi carta [...] Tengo un par de amigos en los que puedo confiar y que me ayudan [...] Como sabes, o como puedes suponer, aquí hay una *agency* que se preocupa mucho por mí, al igual que las Fuerzas Aéreas. Están deseando pescarme y volver a meterme [en el hospital] (*in having me picked up and sacked away*).

He hecho todo lo posible para convencer a los médicos y a la gente de aquí de que

sólo me anima *un* deseo: ver triunfar la paz y la igualdad entre los hombres; y trabajar en favor de esta nuestra causa. Puede que sepas que en este país no está demasiado bien visto decir o escribir este tipo de cosas, por lo que me consideran un obstáculo. Me entristece que en mi país se piense de este modo, pero te prometo que jamás dejaré de servirme de mi nombre y de mi influencia para combatir el terrible fin último que persigue el ejército norteamericano. Naturalmente, tú ya sabes cómo están las cosas aquí, pues conoces bastante el caso del doctor Pauling.

[...] Esperaré aquí. No te preocupes por mí, pues tengo algo de dinero y amigos que me ayudarían si fuese necesario. Te prometo que seré extremadamente prudente en todo cuanto haga.

¡Si hubiese alguna posibilidad de reunirnos y de trabajar juntos por nuestra causa! Si tienes alguna propuesta que hacerme, te ruego que me la hagas saber [...].

Si me viese obligado a cambiar de dirección, te informaría inmediatamente.

No dudes en hacer cualquier cosa que consideres beneficiosa para nuestra causa, y sírverte de mi nombre si resulta necesario.

Puedo hacer que expidan esta carta desde otro lugar. Gracias por seguir ayudándome.

Tu amigo

CARTA 55^[75]

A Claude Eatherly

28. 11. 60

Querido amigo:

¡Qué alivio volver de viaje y encontrar una carta tuya! Temía tanto que algo pudiese impedirte escribir, que casi había perdido la esperanza de recibir buenas noticias tuyas. Haces bien en no moverte de ahí durante un tiempo, pero creo que algún día deberías ir de vacaciones al sur, lo que para tu salud sería de lo más beneficioso. Naturalmente, un viaje así has de prepararlo a conciencia. Es mejor salir un poco más tarde con un plan de viaje bien elaborado, que hacerlo de forma precipitada. Naturalmente, me alegraría mucho verte, pero ¿dónde? Yo no sé si podría costearme un viaje tan largo. Hace muchos años que deseo conocer México. Es un país tan interesante que te aconsejaría que lo visitases. Quizá puedas aprovechar estas merecidas vacaciones para hacerlo. Por lo que a mí respecta, preferiría [...] que nuestro punto de encuentro fuese [...] es posible que cuente con el dinero suficiente para viajar hasta allí. La fecha deberías fijarla tú, depende completamente de tu estado de salud, pues desde aquí no puedo saber [...].

Por favor, tenme al corriente, pues siempre temo que pueda pasarte algo, o que te haya pasado algo. Nada me alegraría tanto como recibir un telegrama o una carta tuya desde algún balneario, desde algún lugar donde ya no tengas a tu alrededor a esas personas que te molestan.

Querido amigo, me ha emocionado que en estas circunstancias te acuerdes de la salud de mi esposa. En este momento le estoy dictando esta carta. Me aprovecho de ella como mecanógrafa, aunque su verdadero lugar es el piano. Su recuperación ha sido estupenda, por lo que ahora puedo ocuparme únicamente de ti.

En mi última carta te decía que iba a informar de tu situación a importantes periódicos y revistas de algunos países. Así lo he hecho, pero creo que todavía no se ha publicado nada. Mi pensamiento está contigo.

Tu amigo
TELEGRAMA^[76] A CLAUDE EATHERLY

Sin fecha

No te olvidamos, en estas fiestas estás en nuestro pensamiento.

CARTA 56

A Günther Anders Bldg. 10^[77]
Waco, Texas

21 de diciembre de 1960

Querido Günther:

Hace aproximadamente veinte días, todos los medios de comunicación del país (la televisión, la radio, los periódicos y las revistas) se interesaron de repente por mí: me echarían de menos. No sé quién estuvo detrás de esto, quizás el gobierno. Siguiendo tu consejo, me puse inmediatamente en acción para salir del país. Contacté con el abogado [...] en México. Me encontré con él en [...] al otro lado de la frontera, y regresé en avión a Dallas para reunir el dinero suficiente para el viaje. De camino a casa de mi padre, a quien quería ver antes de salir del país, me detuvo un policía acusándome de no haber respetado un semáforo. El caso es que yo todavía no me había sentado al volante^[78], pues L. me había recogido en el aeropuerto. Me habían seguido desde allí, puede que identificasen el coche de mi hermano, seguramente éste sabía que L. se había desplazado hasta Dallas para recogerme. Sea como fuere, el *cop* me reconoció enseguida y me detuvo con esa excusa (*phony charge*); L., en cambio, fue dejado en libertad sin cargo alguno. En los informes publicados^[79], el hospital afirmó que me había dado el alta y que no exigía mi reingreso. En verdad, había solicitado mi internamiento el 20 de octubre, es decir, un día después de mi huida.

Sé que ahora me resultará todavía más difícil salir de aquí; pero puedes estar seguro de que haré todo lo posible para que me den el alta, de modo que podremos seguir trabajando juntos. No te desanimes, no voy a darme por vencido. Estos contratiempos no hacen sino reafirmar mi voluntad. Que sepas que (*feel assured*), en caso de que precisas utilizar alguno de mis escritos o mi nombre para algún fin, puedes hacerlo (*can use me in any sense of the word, do so*).

He encontrado la forma de hacerte llegar esta carta [...]

Dime si necesitas algo de mí [...]^[80]

Tu amigo

CLAUDE

Felices fiestas. Recibí tu telegrama. Gracias.

CARTA 57^[81]

De Günther Anders al presidente John F. Kennedy

Presidente John F. Kennedy

White House

Washington D. C.

13. 1. 61

Muy distinguido señor presidente:

El motivo de mi carta, que también pongo en manos de la prensa internacional, es el siguiente: dado el gran número de asuntos que usted ha tenido que despachar durante estos últimos meses, puede que haya pasado por alto que, al instalarse en el gobierno, usted debía hacer frente al escándalo moral que sus predecesores le han legado y que amenaza con pasar a la historia como el caso Dreyfus del siglo XX, o mejor dicho, como un caso todavía más grave que aquél, pues la rapidez de las comunicaciones actuales y la densidad de la actual red de comunicación, hace que quienes provocan o incluso toleran un escándalo como éste, pierdan su respetabilidad más rápidamente de lo que Francia perdió la suya con el caso Dreyfus. Le hablo del caso de Claude Eatherly, el piloto de Hiroshima que, como usted sabe, tuvo que dar la orden de «Adelante» en las dos «misiones» atómicas.

Probablemente, usted se preguntará qué derecho tengo yo, un filósofo vienés que vive lejos de Waco, el lugar de residencia de Eatherly, y lejos de Hiroshima, el lugar de su ruina, para emitir un juicio así. Respuesta: mantengo correspondencia con Eatherly desde hace un año y medio, y tengo una pila de cartas que no sólo ofrecen una imagen completa de este hombre, sino que lo retratan como una persona digna de respeto. Puede que usted se pregunte de qué conozco a Eatherly. Respuesta: no lo conozco personalmente. Pero como desde 1945 intento dilucidar los problemas morales que nos plantea la era atómica —mis publicaciones sobre el tema no son del todo desconocidas—, sigo con interés los destinos y las manifestaciones de las figuras principales que flanquean la puerta que nos conduce a esta nueva era; en una palabra: un buen día cayó en mis manos un artículo sobre Eatherly publicado en el *Newsweek*, artículo que me conmovió tanto que decidí escribirle. Mi carta y la respuesta que él me dio han recorrido el mundo. Así fue como nació la correspondencia a la que me he referido.

Pero el verdadero motivo de esta carta es la noticia que hoy, 13 de enero, llega desde Waco (Texas), según la cual un informe forense declara que Eatherly es un enfermo mental.

Para hablarle sin rodeos: a mi juicio, este informe no se ajusta a la realidad de los hechos. Y no dudo ni un momento de que también usted, señor presidente, tras echar un simple vistazo a los extractos de las cartas de Eatherly que adjunto a modo de apéndice, considerará extraño el diagnóstico de los médicos forenses. A un hombre como éste sólo cabe calificarlo de «anormal» si, como suele hacerse en estos tiempos de conformismo, se identifica *normal behaviour* y *average behaviour*; ciertamente, si por conducta «anormal» se entiende aquella conducta que no se ajusta a la norma, entonces la inflexibilidad y la permanente vigilancia de la conciencia de Eatherly han de considerarse algo «anormal». Pero, si así lo hacemos, también deberíamos incluir las obras de san Agustín o de Kierkegaard (por nombrar a dos hombres muy distintos de Eatherly) en la sección de psiquiatría de nuestra biblioteca, en vez de colocarlas en el apartado de teología o de filosofía moral.

Usted podría replicarme que Eatherly ha demostrado su anormalidad (en el sentido médico del término) a través de actos muy concretos (sus atracos simulados y cosas parecidas). Naturalmente, en tanto que tales, estos actos son indiscutibles, pero cuando se los interpreta, adquieren otro sentido, o mejor dicho, *sentido*.

Cualquier médico sensato lo sabe: no es normal actuar con normalidad durante o después de una situación anormal. No es normal que alguien, tras sufrir un fuerte *shock*, se comporte como si nada hubiese pasado. Siendo así, desde un punto de vista médico todavía es menos normal que una persona siga comportándose de forma «normal» cuando el desencadenante de ese *shock* excede todo aquello que una persona es capaz de imaginar,

asimilar y lamentar —y así fue en el caso del que hablamos, pues Eatherly dejó tras de sí cientos de miles de muertos y una ciudad abrasada—. *Reaccionando de forma «anormal», reaccionó de la forma adecuada*. Para nombrar aquellos casos en los que se produce una reacción inadecuada por defecto, la psicología académica tiene preparado un *terminus technicus*, el concepto de «agnosia», y las célebres e infames declaraciones de su predecesor, el presidente Truman, constituyen un ejemplo paradigmático de esta agnosia: el día de su 75 cumpleaños, se le preguntó si se arrepentía de algo en su vida, a lo que Truman respondió que sí, que se arrepentía de no haberse casado antes. Hiroshima no se le pasó por la cabeza: evidentemente, esto era demasiado grande para caber en cabeza tan pequeña. O, como dice Lessing: «Quien ante ciertas cosas no pierde la cabeza, es que no tiene ninguna que perder».

Por otra parte, considerar fenómenos aislados las extrañas «acciones delictivas» de Eatherly, en vez de interpretarlas como reacciones, es muy poco científico e impropio de la clase médica. Es lo mismo que si nosotros, ante un apaleado, nos limitásemos a constatar la extraordinaria fuerza de sus gritos y los interpretásemos como prueba de su anormalidad, pasando por alto la anormalidad de una situación así. Por desgracia, existen muchas razones para pensar que los médicos de Eatherly han considerado sus reacciones de forma aislada, desligándolas de aquellas acciones a las que fueron respuesta: efectivamente (véase el *Newsweek* del 25. 5. 1959), estos médicos han hablado de «complejo de culpa», con lo que han tratado de hacer creer incluso a quienes tienen algún conocimiento de psicología que, en realidad, Eatherly tenía un sentimiento de culpabilidad injustificado y absurdo, algo que sólo cabía entender como una enfermedad. Vulgarizando vergonzosamente un término psicoanalítico, se ha tenido incluso el atrevimiento de decir que padecía un «complejo de Edipo», como si detrás de su comportamiento hubiese un deseo de incesto, y no la imagen imborrable de cientos de miles de muertos. Permítame que le diga *en marge*, señor presidente, que este uso absurdo e inapropiado del lenguaje científico, cuya auténtica finalidad es ataviar de cientificidad lo que no son sino verdades a medias, está dañando desde hace años el prestigio de Estados Unidos ante los intelectuales del mundo entero.

Si Eatherly ha cometido aparentes actos delictivos, lo ha hecho por una razón muy sencilla. Mientras que él intentaba con desesperación asumir los efectos de una acción en cuyo mecanismo había quedado incorporado como una pieza más de entre las miles de piezas diseñadas para cumplir perfectamente su función; mientras que, en virtud de la inutilidad de su intento, alcanzaba a comprender que lo que allí sucedió excedía la capacidad de todo ser humano para responsabilizarse de sus actos; mientras que llegaba a la conclusión de que era deber de todos intentar concebir la enormidad de lo sucedido y la horrible facilidad técnica con la que tal monstruosidad había podido producirse, con el fin de que algo así no volviese a repetirse jamás; mientras que en él maduraba lentamente la determinación de consagrar su vida a esta causa; mientras todo esto tenía lugar en su interior, Eatherly era celebrado como un héroe nacional, y ni una sola revista dejó de ofrecer este patriótico *must*: la hermosa fotografía del apuesto muchacho de Texas. A Eatherly, esta fama le resultaba sencillamente insoportable. Y sus actos delictivos han de verse como el resultado de esta insufrible incongruencia entre culpa y *glamour*. Como su participación en la misión de Hiroshima no era reconocida como un crimen, tuvo que idear y hacer uso de otros métodos para conseguir que se le diese su castigo. Existe también un *derecho al castigo* —expresión introducida por Hegel—, y si algo caracteriza a quien no es un criminal, es precisamente la insistencia en su derecho a ser castigado. Justo esto fue lo que hizo Eatherly: con sus aparentes actos delictivos, intentó que se le impusiera el castigo

que no se le quería conceder.

Naturalmente, no es una casualidad que le negaran el castigo y que su permanente arrepentimiento —que no podía menos de resultar inefectivo, pues ante aquellos hechos todo arrepentimiento es impotente— se presentase públicamente como un arrepentimiento injustificado, pues reconocer que un arrepentimiento es justificado equivale a dar por probado el crimen que lo provoca. En otras palabras: su arrepentimiento hubiese sido una acusación, una acusación contra la misión de Hiroshima y contra quienes habían sido sus verdaderos artífices, cuya absoluta falta de imaginación les había llevado incluso a creer que eran capaces de responsabilizarse de lo sucedido. O, para decirlo con las palabras del enfermo mental: «En verdad, la sociedad no puede aceptar la realidad de mi culpa sin reconocer al mismo tiempo que su culpa es mucho más profunda». (*The truth is that society simply cannot accept the fact of my guilt without at the same time recognizing its own far deeper guilt*. Carta sin fecha que Eatherly me escribió entre el 10 y el 15 de agosto de 1959). Ante una frase como ésta, sólo cabe exclamar: *Bienaventurada la época en la que los locos hablan así, desventurada la época en la que sólo los locos hablan así*.

Probablemente, al leer esta carta algunos moverán la cabeza y replicarán: «Pero ¿por qué él? ¿Por qué debería arrepentirse él, si se limitó a dar la señal de “Adelante”; él, que no se enteró del descubrimiento de la división del átomo hasta *después* de hacer lo que hizo; él, que no hizo sino cumplir órdenes y que sólo fue un instrumento?».

Yo nunca podría aceptar una objeción como ésta, señor presidente. No entraré aquí en la ambigüedad, para expresarlo eufemísticamente, en la que se incurre cuando se ordena hacer algo a alguien sin permitirle saber nada acerca del efecto de la acción ordenada. Me limitaré a hablar del «no saber» como disculpa de un crimen. Yo soy judío, perdí a mis amigos en las cámaras de gas de Hitler. Con estas palabras: «Yo me limité a cumplir órdenes», los funcionarios del exterminio intentaron lavarse las manos; estas palabras se parecen demasiado a aquellas que pronunció Eichmann y que todavía circulan por la prensa internacional: «En verdad, yo no fui sino una pequeña pieza de la maquinaria, limitándome a cumplir las instrucciones y las órdenes del Reich. No soy ni un criminal ni un asesino en serie» (*Life*, 9 de enero de 1961).

No, *Eatherly no es el hermano gemelo de Eichmann, sino que, para nuestro consuelo, es justamente su polo opuesto*. No es el hombre que pretende disculpar su inconsciencia apelando a la maquinaria de la que fue parte, sino el hombre que reconoce que esta máquina representa una terrible amenaza para la conciencia. Y de este modo señala certeramente lo que hoy constituye nuestro principal problema moral, alertándonos de un riesgo fundamental: cuando apelamos al aparato del que creemos ser meramente una pieza inconsciente y consideramos totalmente justificada la frase: «Nosotros sólo hicimos lo que hicieron los demás», cancelamos la libertad de la decisión moral y la libertad de la conciencia, convertimos la palabra «libre» de la expresión «el mundo libre» en el término más vacío e hipócrita. Temo que no hayamos sabido evitar este riesgo. La grandeza de Eatherly consiste precisamente en haber tenido la valentía de dar la vuelta al argumento, con lo que se ha sustraído a la perversión moral dominante. Eatherly proclama: aquello en lo que yo sólo he participado es también algo que yo he hecho; objeto de mi responsabilidad no son solamente mis actos individuales, sino todos «los actos en los que he participado»; la pregunta de nuestra conciencia no es solamente: «¿Qué debemos hacer?», sino también: *¿En qué y hasta qué punto debemos participar o no participar?* O mejor dicho: Eatherly se siente incluso más responsable de los actos que ha realizado con otros que de sus propios actos en tanto que individuo, pues las consecuencias de estos

últimos, comparadas con los efectos catastróficos de los primeros, se han vuelto totalmente insignificantes. Comportarse de forma irreprochable en la vida privada no es gran cosa, pues en esta esfera la costumbre suele sustituir a la conciencia. Es para enfrentarse al sutil terror de la participación para lo que se requiere una auténtica autonomía moral y un verdadero valor cívico; y cuando este enfrentamiento, como sucede en el caso de Eatherly, consiste en un cuestionamiento de la acumulación de armas nucleares por parte de su país, el círculo infernal de la mera participación queda roto, la acción se convierte verdaderamente en acción individual en el sentido clásico del término. Eatherly ha sido constantemente celebrado como un héroe. Pero su proeza no ha sido que, tras su célebre misión, Hiroshima ya no exista (*No more Hiroshima*), sino en haber osado gritar «Nunca más Hiroshima» (*No more Hiroshima*) después de hacer lo que hizo.

Normalmente, el aparato exime a todos —incluso a quienes lo dirigen y a sus propietarios— de toda responsabilidad, de modo que al final nadie asume responsabilidad alguna, y *lo único que queda es la tierra carbonizada de las víctimas y la radiante buena conciencia de los necios*. Cuando Eatherly se responsabiliza de aquello en lo que sólo ha participado, hace justo lo contrario: intenta mantener viva la conciencia en la época en que el aparato prevalece sobre el individuo; y esto es lo que no se le consiente, pues la conciencia implica siempre crítica, y por lo tanto es siempre inconformista.

No, esto no se le consiente. Por la información que tengo de lo sucedido en Waco, me parece indudable que tanto las Fuerzas Aéreas como las autoridades del Veterans Administration Hospital, han hecho todo lo posible para que los médicos retengan a Eatherly en el centro de forma indefinida. Desgraciadamente, no conozco en profundidad el Derecho norteamericano. Por eso no sé en qué ley pueden ampararse las Fuerzas Aéreas para disponer sobre un civil (Eatherly fue separado del servicio en 1947) ni en qué disposiciones jurídicas se basan para aplazar las audiencias (*court hearings*) por intermedio de los médicos, ni qué cláusula permite que un ciudadano considerado oficialmente un «paciente voluntario» pueda ser retenido contra su voluntad, detenido tras abandonar por voluntad propia el hospital y vuelto a internar. Como digo, en tanto que lego en materia de Federal Law y Derecho público del Estado de Texas, todas estas medidas, cuya corrección no pongo en duda, exceden mi conocimiento; y no creo que sea pertinente seguir aburriéndole con mi desconocimiento de estos temas.

Sin duda, por el tono de esta carta se dará usted cuenta, señor presidente, de que no es mi intención solicitar el indulto de Eatherly. La concesión del indulto, pero también el simple hecho de solicitarlo, equivaldrían a reconocer implícitamente la culpa de la persona para la que se solicita el indulto. Ahora bien, el hecho de que Eatherly tenga la conciencia y el valor suficientes para sentirse culpable de un crimen urdido por otros, no puede considerarse algo punible, sino más bien un comportamiento digno de respeto y de gratitud. Y, a mi juicio, para quienes se sienten orgullosos de ser norteamericanos no sólo debería ser lamentable, sino vergonzoso, que en su país Eatherly sea considerado un estorbo o una vergüenza; y que, por el contrario, justamente allí donde el odio hacia su persona sería más comprensible, en Hiroshima y Nagasaki, sea alguien respetado e incluso querido. Sé que es así tanto por boca de las propias víctimas —pues he hablado sobre la suerte de los pilotos de Hiroshima con algunas de ellas, y consideran a Eatherly una víctima más de aquella catástrofe—, como por las muestras de afecto que él mismo ha recibido de aquel país y que me ha dado a conocer. «Le escribimos esta carta —escribía el 24 de julio de 1959 un grupo de treinta muchachas de Hiroshima contaminadas por la radiactividad— para expresarle nuestra más profunda conmiseración y para asegurarle que no sentimos ningún odio hacia

usted. Al igual que nosotras, usted es otra víctima más de Hiroshima». Sin duda, estas palabras no pueden menos de dejar mudo por un instante a todo *born equal*, pues salen de la boca de esas pocas personas que nos permiten sentirnos orgullosos de pertenecer al género humano.

No, señor presidente, no le escribo para rogarle que conceda el indulto a Eatherly, sino para que dé dos pasos cuyo único objetivo es corregir la «situación Dreyfus»:

1. ¿Tendría usted a bien considerar la posibilidad de hacer que un grupo de psiquiatras volviese a examinar la salud mental de Eatherly, de modo que su suerte dependiese del diagnóstico de esta nueva comisión? Dicha comisión debería constituirse conforme al criterio que se sigue para formar ciertas comisiones especiales de las Naciones Unidas, esto es: debería tener un carácter internacional y sus miembros habrían de ser científicos de renombre de distintos países, por ejemplo un sueco, un indio, un polaco y un japonés. Si usted diese satisfacción a mi solicitud, no hay duda de que su iniciativa confirmaría claramente la respetabilidad y la talla moral de Estados Unidos. Por otra parte, un paso como éste al inicio de su mandato, podría interpretarse como una declaración de principios de su gobierno, e inspiraría en todos los países del mundo una absoluta confianza hacia los pasos que usted pudiese dar mientras permaneciese en el poder.

2. Podría imaginarme perfectamente, puesto que usted pasa por ser un hombre moderno y sin prejuicios, que en alguna ocasión hablase usted con Eatherly. Pero no como *primus inter pares*, sino de igual a igual, pues, en efecto, la enorme responsabilidad que ahora tiene usted —y que el desarrollo de la física nuclear ha convertido prácticamente en la responsabilidad sobre el «to be or not to be» de la humanidad—, esta responsabilidad, esta carga, no es muy distinta de la que Eatherly soporta desde hace quince años, pues durante este tiempo no la ha olvidado ni un solo momento. E incluso en el caso de que el hombre Eatherly, su posible interlocutor, fuese un pobre diablo (que no lo es), el hecho de que se viese condenado a realizar inconsciente e involuntariamente aquella acción y a arrastrar toda su vida esta carga, lo convertiría en una figura trágica, en un símbolo de hoy, en un hombre de la misma condición que usted, y no sólo en tanto que *born equal*¹⁸²¹.

Su atento y seguro servidor

GÜNTHER ANDERS

CARTA 58^[83]

A Claude Eatherly

Destruye esta carta en cuanto la hayas leído.

10. 2. 61

Querido Claude:

De haber sabido con seguridad que recibirías mi carta, te hubiese escrito antes; yo también confiaba en tener noticias tuyas; ahora, después de esperar varias semanas, me he decidido a escribirte, aun a riesgo de que mi carta sea inútil.

Tal vez te alegre saber que he logrado conocer detalles del juicio, y en concreto de boca de alguien (tú no lo conoces) que estuvo presente en él. La persona que me lo cuenta por carta acudió al juicio sin apenas conocerte y sin prejuicio alguno hacia tu persona. Tampoco pertenece a nuestro «movimiento». Sus palabras han hecho que me sienta muy orgulloso de ti (en la medida en que alguien tiene derecho a sentirse orgulloso de otra persona), pues me dice que estuviste extraordinariamente lúcido (y que incluso fuiste el

más juicioso de los allí presentes, incluidos los médicos y el juez); que no perdiste tu sentido del humor y que, finalmente, con tu absoluto autocontrol, e incluso disfrazando tu decepción con una sonrisa de satisfacción, diste un chasco a quienes se sentían capacitados para emitir un juicio sobre tu estado. Cuando leí el pasaje que hacía referencia a tu sonrisa satisfecha, yo también sonreí satisfecho, pero lleno de respeto hacia ti. Por otra parte, la carta incluía una interesante observación sobre los miembros del jurado: éstos se sintieron incómodos (y así lo admitieron), pues la persona que tenían delante no era el enfermo mental que los médicos les presentaban; y explicaron, o mejor dicho, justificaron y excusaron su decisión con estas palabras: «A fin de cuentas, *nosotros no* somos especialistas, los médicos lo saben perfectamente; siendo así, ¿cómo podríamos permitirnos contradecir el diagnóstico de los expertos?». Sin duda, esto es una caricatura del verdadero sentido democrático de un juicio por jurados, pues esta institución se convierte en una farsa cuando se apela al respeto que merecen los expertos para intimidar a los miembros del jurado, impidiéndoles que se fíen únicamente de lo que ven sus ojos y que expresen sus propias opiniones. (Por lo demás, las enfermeras también hablaron en tu favor: cuando se les preguntó qué opinaban de ti, todas ellas dijeron que jamás habían observado un comportamiento anormal). Mi conclusión es ésta, Claude: tú te has comportado de forma anormal, es decir, extraordinariamente bien y con un autocontrol nada corriente.

Hay *un* pasaje en esta carta que me ha llenado de temor: me dicen que no te han ingresado donde estabas, sino en la unidad reservada a los locos y a los pacientes peligrosos; y que por lo tanto te ves privado de algo que, siendo lo más normal, es lo más imprescindible: de la posibilidad de mantener relaciones normales con personas normales. Me cuesta deshacerme de la idea de que, en realidad, lo que pretenden quienes te han encerrado en esta unidad especial es castigarte: como no estás loco, quieren volverte loco; temo que lo que pretenden es verificar su mentira, *hacerla verdad*, para después poder exclamar: «¿Lo ven? ¿No lo decíamos nosotros?».

Estoy convencido de que en tu celda (o en tu habitación, o dondequiera que estés) te comportarás como Daniel¹⁸⁴, y que, al igual que el rey Darío, quienes «sellaron el sepulcro con la losa» esa noche no podrán conciliar el sueño, y por la mañana regresarán para encontrarte intacto, y te liberarán, y no hallarán en ti «ningún sufrimiento». Evidentemente, el último capítulo de esta historia debería modificarse, pues los que te han perseguido no deberían ser encerrados en la cueva de los leones; lo que habría que hacer es explicarles los motivos de tu acción y cómo has llegado a verte en esta situación, y decirles que, a fin de cuentas, lo que tú has hecho, lo has hecho por el bien *de ellos*.

Quizá te hayas enterado de que, durante las semanas que he permanecido en silencio, he intentado ayudarte de forma indirecta; tal vez sepas que he escrito una «carta abierta al presidente Kennedy» explicándole tu caso [...] (*sigue el contenido de la Carta 57*) [...] He enviado copias de esta carta a periódicos, revistas e importantes personalidades de todo el mundo; ya han empezado a publicarla, y espero que esta circulación global de la carta haga posible que ésta llegue a manos de Kennedy, pues es muy probable que el original que envié directamente a la Casa Blanca haya acabado en la papelera de algún secretario.

Algunos psiquiatras de distintos países ya están discutiendo entre bastidores mi propuesta, y un amigo mío, uno de los periodistas más prestigiosos del mundo, me está ayudando (o mejor dicho: te está ayudando), pues va a publicar un extenso artículo sobre ti en importantes periódicos extranjeros. Como ves, Claude, independientemente de lo que pueda ocurrirte, nunca serás un *forgotten man*, y aunque en estos momentos tu decepción

debe de ser amarga, cada día que pasa es menos probable que las autoridades sigan firmes en su voluntad de ocultarte indefinidamente.

Por otra parte, he de informarte de otro de los pasos que he dado. Después de leer la primera carta que te escribí, una importante y prestigiosa casa editorial se ha dirigido a mí comunicándome que le gustaría incluir nuestra correspondencia en su programa. Al principio dudé, pues temía perjudicarte. Pero ahora que te han diagnosticado una «enfermedad mental», creo que es absolutamente necesario presentar al mundo aquellos documentos que demuestran tu salud mental, tu integridad, tu valor, tu altruismo y tu intento de hacer frente a tu singular situación. Así que he hecho copiar íntegramente nuestra correspondencia, y espero poder leerla en un par de días para hacerme una visión de conjunto. Naturalmente, en su publicación se omitirán aquellos pasajes que me has pedido que trate con absoluta discreción. Me has dicho en varias ocasiones que me autorizas a publicar tus textos donde quiera y cuando quiera, si considero que su publicación puede beneficiar a nuestra causa. Puesto que cuando me diste esta autorización no podías prever la posibilidad que ahora ha surgido, vuelvo a pedirte tu autorización. No quisiera dar ningún paso que no contase con tu beneplácito^[85]. Hasta ahora no he visto al editor, el texto todavía no ha sido traducido al alemán, aún no se han negociado los términos del contrato. Por eso sería precipitado hablar de dinero. Lo más natural sería que fuésemos al 50% [...]

Empiezo a odiar al cartero, pues siempre me trae cartas de otras personas.

Tu amigo

GÜNTHER

CARTA 59

De Günther Anders a Mr. Ray Bell

Waco News Tribune

Mr. Ray Bell

28. 1. 61

Estimado señor Bell:

Tal vez tenga una vaga idea de quién soy, pues usted estuvo presente en el juicio de Eatherly, y probablemente escuchó mi nombre: los rumores que me llegan desde Estados Unidos me hacen pensar que el público asistente al juicio no entendió del todo lo que yo represento para Bob^[86] Eatherly.

Adjunto una copia de la «Carta abierta» que he dirigido al presidente Kennedy, carta en la que he expuesto las implicaciones psicológicas y filosóficas del caso, añadiendo algunos extractos de las cartas de Eatherly como prueba de la normalización de su comportamiento (si es que puede llamarse «normal» a la integridad, el autocontrol y la filantropía que estas cartas testimonian, pues son mucho más que esto). Esta carta está ahora en manos de periódicos y revistas de distintos países, por lo que pronto se publicará en todas partes. Como tengo razones para creer que usted siente un vivo interés por este caso, y como el conocimiento de estos dos escritos podría ser de utilidad a jueces, médicos y jurados, he decidido mandárselos. Está usted autorizado para publicarlos en su periódico [...]

Naturalmente, no sólo le autorizo a que los publique en su periódico. Si usted está en contacto con otros periódicos, con algún periódico de Dallas por ejemplo, o si tuviese que escribir una *syndicated column*, puede hacer uso de ellos. Todo periodista veraz debería

subrayar que los dos meses que Eatherly ha pasado fuera del hospital de Waco, han transcurrido sin el mínimo incidente. Desgraciadamente, los artículos publicados no sólo en periódicos estadounidenses, sino también en periódicos europeos, atentan contra las leyes no escritas de la circulación de la verdad, pues, haciéndose eco exclusivamente de una versión de los hechos, afirman que Eatherly fue detenido cuando infringía el código de circulación. En relación con su detención, hasta mis oídos han llegado otros rumores. Creo que merecería la pena revisar esta versión.

En espera de noticias tuyas, se despide su atento y seguro servidor

GÜNTHER ANDERS

CARTA 60 (*abreviada*)

De Günther Anders a la American Civil Liberties Union, Mr. Roland Watts

17. 2. 61

Estimado señor Watts:

[...] Ya lo hemos intentado todo para impedir que Eatherly se convierta en un *forgotten man*, un peligro que parece inminente, pues al corresponsal de *France Soir* —a quien su periódico ha encargado recopilar información sobre el caso—, el Director of Public Relations of the Veterans Administration Hospital Waco le ha dado una respuesta brusca, diciéndole que lo que ha de hacer es olvidar el caso y permitir que estos hombres olviden su pasado.

Desgraciadamente, esta respuesta demuestra cuánta razón tenía yo cuando (hace mucho tiempo) decía que el propósito de esta gente era arrebatar a Eatherly su experiencia, y cuando expresaba la sospecha de que, en realidad, los médicos deseaban crear en él un estado anímico del que hubiesen desaparecido la experiencia y los recuerdos, como si fuese posible restablecer la salud mental de una persona aniquilando su memoria. Yo he crecido rodeado de psicólogos, y he de confesarle que me muero de vergüenza cuando pienso en los métodos y los objetivos de los psiquiatras de Waco.

Su atento y seguro servidor

GÜNTHER ANDERS

CARTA 61

De Mr. Ray Bell a Günther Anders

1 de marzo de 1961

Estimado señor Anders:

No sabe usted cuán honrado y halagado me sentí al recibir su carta, acompañada de una copia de la carta abierta al presidente Kennedy. Desgraciadamente, nuestro periódico no puede publicar la carta a Kennedy (tenemos problemas de espacio, y los editores son muy reticentes a publicar un texto tan extenso), pero he enviado la carta a dos revistas norteamericanas que quizá puedan publicarla a corto plazo.

Pero lo más importante es que el abogado de Eatherly disponga de una copia de su carta, de modo que pueda hacer uso de ella cuando recurra la sentencia del tribunal. Creo que esta carta impresionará fuertemente a los miembros del jurado.

Quizá sepa usted que el abogado de Eatherly, el señor Tom Moore, confía en poder

apelar próximamente el fallo del tribunal, cosa que ya hubiera hecho de no haberse dado dos situaciones insólitas desde aquella primera declaración: 1) el elevadísimo número de casos criminales existentes desde el 12 de enero, el día del juicio de Eatherly, entre los pacientes del Veterans Hospital; y 2) la posibilidad de que, a largo plazo, otro fallo desfavorable del jurado pudiera ser muy perjudicial para Eatherly: la existencia de dos fallos negativos podría influir en el jurado.

Como posiblemente sabrá, yo también he colaborado estrechamente con el señor Moore. Le confieso que me sorprendió mucho el fallo del 12 de enero y que su estupidez me dejó bastante perplejo (*more than a little moved*). Esta decisión se basaba en una serie de argumentos [sobre la enfermedad mental de Eatherly], que yo considero cuando menos dudosos. Me parece bastante absurdo que alguien, sea psiquiatra o no, pretenda conocer la salud mental de una persona a través de un simple apretón de manos.

Esto no sólo despertó mi interés, sino que también me irritó. Mi deseo es que se haga justicia, y espero de todo corazón poder hacer mi pequeña aportación en esta dirección. Creo que podemos conseguirlo, pero para ello hemos de facilitar al abogado de Eatherly el material adecuado.

Durante el tiempo que ha transcurrido desde que se celebró el juicio, he tenido ocasión de hablar con cada uno de los seis miembros del jurado que tuvieron que tomar aquella decisión. La mayoría de ellos son personas serias y honestas, pero evidentemente no tienen una gran formación. Su inteligencia no les permitió ir más allá de las explicaciones y aseveraciones de los psiquiatras, tomándolas al pie de la letra y aceptándolas sin más reflexión. A mi juicio, fue una lástima que los miembros del jurado no fuesen capaces de comprender ni la personalidad de Eatherly ni el ambiente en el que creció (*could not comprehend a man of Eatherly's make up and upbringing*)^[87]. Sin duda, a todos nos cuesta comprender las consecuencias que se desprenden de experiencias ajenas.

Quisiera volver a subrayar una cosa: no creo que el jurado actuase de mala fe, ni que su constitución fuese fraudulenta; yo diría más bien lo siguiente: los miembros del jurado no disponían de la suficiente información. Estoy firmemente convencido de que, de haber conocido los hechos, su fallo hubiese sido distinto —por ejemplo, si hubiese sido posible documentar que Eatherly era autor de diversos artículos, en determinado momento las cosas hubiesen podido tomar otro rumbo—. En cualquier caso, he de decir que yo no hubiese podido tomar una decisión desfavorable a Eatherly.

No sé si será una impertinencia por mi parte, pero me gustaría que usted me hablase más extensamente de su relación con Bob. Puedo asegurarle que toda la información que pueda recibir de usted, la utilizaré únicamente para defender a Eatherly. Creo —y lo digo con toda modestia— que esto puede ser muy ventajoso para él.

De todas formas, en el caso de que nuestro periódico o alguna revista acepte publicar su escrito, se lo haré saber. Por el momento es extremadamente complicado. La mayor parte de la prensa se niega a tocar cualquier tema relacionado con la «enfermedad mental» o el «pacifismo». Creo que esta negativa descansa en gran medida en la incomprensión, pero también en la falta de documentación. He oído que usted y Bob han escrito juntos diversos artículos, y creo que hasta un libro^[88]. Si es posible, le agradecería que me enviase una copia de estos textos, pues estoy seguro de que serán de gran ayuda para Bob, para su abogado y para mí.

Para serle sincero: tengo la impresión de que ésta es una de las historias más importantes y complejas de nuestra generación, y quién sabe si de todas las generaciones. Su efecto (*the impact and the implications*) puede ser inmenso.

Espero poder serles de ayuda, por mínima que ésta sea.
Muy atentamente

RAY BELL

CARTA 62

De Günther Anders a Mr. Ray Bell

8. 3. 61

Estimado Ray Bell:

No tiene sentido que usted se sienta «honrado» o «halagado» por recibir una carta mía; alégrese más bien de que haya gente que, con independencia del lugar donde esté, simplemente por su condición de ser humano, sienta esa misma indignación —en cualquier caso, ésta fue mi reacción al recibir su carta—. Y me alentó comprobar que, para que exista una colaboración entre dos personas, no se requiere proximidad geográfica alguna, pues estas personas, pese a encontrarse a miles de kilómetros de distancia, viven *just around the corner*. Antes de pasar a ocuparme de los distintos puntos y cuestiones que toca su carta, quisiera comunicarle un par de cosas que quizá resulten de interés para usted y para el señor Moore:

1. En un artículo que lord Russell acaba de enviarme, éste hace referencia a las cartas que Eatherly me escribió, y llega incluso a afirmar lo siguiente: «No he de sorprenderme si paso los últimos años de mi vida en un manicomio, donde disfrutaré de la compañía de todos aquellos que todavía son capaces de albergar sentimientos humanos»^[89].

2. Importantes revistas y periódicos franceses e italianos (por ejemplo, el *France Soir* y el *Europaeo*), han publicado distintas series de artículos sobre Claude y sobre su correspondencia conmigo.

Ya lo ve: el mundo conoce ya el «caso Eatherly», y creo que no exagero si digo que en Europa y en Asia hay miles de personas que conocen el tema y que esperan que se clarifique este enmarañado *affaire*. A esto se añade el hecho de que, en cierto modo, el prestigio internacional de Estados Unidos puede depender de la solución que dé a este caso. Creo que éste es uno de los puntos fundamentales que el señor Moore debería exponer a los miembros del jurado. Éstos deben entender que tienen ante sí una doble tarea: a) examinar concienzudamente la suerte que corrió el hombre que tienen delante de ellos, una persona que se hizo «inocentemente culpable»; y b) no traicionar los ideales norteamericanos, pues en el caso de que se dejasen convencer por la voz de esos *hidden persuaders* que, movidos por determinados intereses políticos o militares, les hablan al oído, podrían perjudicar seriamente el buen nombre de su país.

3. No he vuelto a saber nada de Claude desde el 22 de diciembre de 1960. Nuestra correspondencia nunca se ha interrumpido durante tanto tiempo. Este hecho parece confirmar su primera carta, en la que usted me decía que, al recluirlo en el «Ward 10», Eatherly quedaba absolutamente privado de cualquier relación con el mundo exterior. Me temo que esta privación se extiende también a su correspondencia. No es mi intención acusar a las autoridades de pretender convertir a Claude en un enfermo mental; sin embargo —y esto podría constituir otro de los puntos principales que el señor Moore debería tener en cuenta—, considero que no es descabellado pensar que esa clase de tratamiento acabe creando en Eatherly un estado anormal desde los puntos de vista emocional y mental.

Peligro que me parece tanto más inminente cuanto que, efectivamente, Claude no lleva una vida normal desde hace ya muchos años y está privado de los placeres naturales de la vida desde hace otros tantos, por lo que le faltan recursos para poder superar una prueba tan dura. Visto así, resulta aún más admirable que los dos meses que Claude ha pasado fuera del centro hayan transcurrido sin incidente alguno, con lo que ha despejado cualquier duda sobre su capacidad para responsabilizarse de sus propios actos. Éste es el tercer punto que podría ser de importancia para el señor Moore.

Y ahora hablemos del material que me solicita: estoy seguro de que comprenderá que no puedo enviarle la totalidad de la correspondencia que hemos mantenido Eatherly y yo —y menos ahora, pues dentro de poco será publicada por una importante editorial—. Pero esto no significa en absoluto que usted haya de quedarse sin material; a fin de cuentas, nuestro primer objetivo es ayudar a Claude. En el caso de que usted o el señor Moore deseen encontrar respuestas a determinadas preguntas, yo podría revisar las cartas de Eatherly y ver si algunos de sus pasajes pueden servir como respuesta a sus preguntas. En ese caso, les enviaría también una copia de tales pasajes. Naturalmente, la publicación de este libro hará que el interés por el caso de Eatherly sea todavía mayor; sobre todo porque el prólogo y la edición han de correr a cargo de Robert Jungk, autor conocido no sólo en los países de lengua alemana, sino en todo el mundo. Si a alguien le sorprende el gran interés que muestran los editores por esta correspondencia, la explicación es muy sencilla: mi primera carta a Claude y su respuesta a la misma han visto la luz en muchos países. Desde el momento en que los editores leyeron la sorprendente carta de Claude y se enteraron de que manteníamos correspondencia con regularidad, no dejaron de mostrar interés por ella.

Muchos de los detalles que usted me cuenta en su carta, como los referidos al jurado y a la extraña situación que se produjo en el V. A. Hospital a partir del juicio del 12 de enero, eran nuevos para mí y los considero muy importantes. Le agradezco la valiosa información que me ha proporcionado. Le ruego que siga manteniéndome al corriente de todo. ¿A qué se refiere usted cuando habla del «elevadísimo número de casos criminales existentes desde el 12 de enero, el día del juicio de Eatherly, entre los pacientes del V. A. Hospital»? ¿Habla usted de una simple casualidad, o está más bien señalando la existencia de una relación causal entre el juicio de Eatherly y el comportamiento de los internos (algo que yo no sabría cómo interpretar)?

Antes de finalizar, quisiera volver a decirle cuánto me alegra comprobar que usted es uno de esos *unhappy few* que han comprendido que en el «caso Eatherly» se juzga el conjunto de nuestra situación moral. Puede que hasta seamos afortunados por tener en nuestras manos algo que, cual un modelo en miniatura, contiene y hace visibles los problemas morales de hoy. Cuando trabajamos *por esta persona*, no trabajamos *por una sola persona*. Y por más terribles que puedan ser las implicaciones de este caso, tal vez nos sirva de consuelo saber que estamos empleando nuestras fuerzas en lo que es *el* caso de hoy.

Su atento y seguro servidor

GÜNTHER ANDERS

CARTA 63 (abreviada)

*De Günther Anders al doctor Walter F. Ford, Director, Professional Services,
V. A. Hospital, Waco, Texas.*

Estimado doctor Ford:

He tenido el privilegio de leer el escrito que usted ha enviado a un amigo mío. En él, usted hace referencia a mi «carta abierta al presidente Kennedy» y me diagnostica un «complejo de Dreyfus». «No podemos esperar cambiar —dice usted— a individuos con complejo de Dreyfus, sobre todo si están a cientos de kilómetros de distancia».

¿Por qué «complejo»?

¿Se sintió Sócrates llamado a enseñar la verdad a los jóvenes? En absoluto. No padecía más que un complejo de educación.

¿Se esforzó Hegel por captar el principio de la historia universal? En absoluto. No padecía más que un complejo de sistema.

¿Intentan los médicos curar a los enfermos? En absoluto. No padecen más que un complejo de curación.

¿Tienen hambre los hombres? En absoluto. No padecen más que un complejo de pan.

¿Intenta Eatherly arrepentirse de Hiroshima? En absoluto. No padece más que un complejo de culpa.

¿Intenta Anders ayudarle? En absoluto. No padece más que un complejo de Dreyfus.

Verdaderamente, su «No es más que un complejo» es un método muy recomendable, pues lo que así consigue es:

1. Eliminar la complejidad del objeto de discusión.
2. Hacer creer a sus semejantes que las causas por las que luchan quienes son víctima de sus diagnósticos carecen de justificación.
3. Ridiculizar a quienes trabajan por estas causas.

Atentamente

GÜNTHER ANDERS

CARTA 64

*De Günther Anders a Mr. Robert Kennedy^[90], Attorney General,
Washington D. C.*

7. 5. 61

Distinguido señor ministro:

La revista danesa que publicó hace unas semanas mi carta abierta al presidente Kennedy me ha solicitado que me pronuncie sobre el escrito que el 31 de marzo del año en curso, y después de leer mi carta, envió usted al señor profesor Johannes Knudsen.

Probablemente, usted recordará que su carta contenía básicamente una cita, pues se limitaba prácticamente a reproducir la información sobre el señor Eatherly solicitada por usted al Veterans Hospital después de leer mi carta.

1. Esta información comienza con esta frase: «Durante estos últimos años, el señor Eatherly ha estado ocasionalmente en nuestro Veterans Hospital de Waco como paciente voluntario (*voluntary patient*)». Le estoy muy agradecido por esta frase, pues confirma mi tesis de que la detención y el reingreso de Eatherly tras abandonar voluntariamente el hospital atentó contra su condición de paciente voluntario.

2. Eatherly (prosigue el informe de su carta) «anunció a la dirección del hospital que

esperaba (*expected*) salir del centro; acto seguido se informó a su hermano James, quien solicitó la permanencia de Eatherly en el hospital». Aunque esto fuese cierto, no haría sino confirmar mi tesis de que la expresión «paciente voluntario» no era más que una simple fórmula.

3. A continuación, el informe se centra en el juicio del 12. 1. 61. El jurado (dice el informe) consideró que el señor Eatherly precisaba tratamiento psiquiátrico y que debía permanecer en el Veterans Hospital. Sorprendentemente, este fallo está en contradicción:

a) con la frase siguiente, según la cual los miembros del jurado consideraron que Eatherly estaba capacitado para administrar su dinero —lo que equivale a reconocerle una capacidad muy valiosa, sobre todo en su país—; y

b) con el informe detallado que me hizo una persona que estuvo presente en el juicio. (Sigue este informe. Véase Carta 58).

Por lo que se refiere a la versión del hospital, ésta no concuerda con el informe detallado que recibí del propio Eatherly; y hasta ahora, el señor Eatherly nunca me ha dado motivos para desconfiar de él. En cambio, creo que hay que tomar con cautela el informe del Veterans Hospital, pues éste, como usted sabrá, ha cometido algunos errores: por ejemplo, informó incorrectamente a la prensa internacional de la fecha en que se produjo la huida de Eatherly (el 22 de noviembre en vez del 19 de octubre).

En relación con el punto 1, quizá le interese saber lo que el *Washington Post and Times-Herald* publicó al respecto el 5. 12. 60: «Los funcionarios del Veterans Hospital afirmaron no estar autorizados para detener a Eatherly ni para reconducirlo al hospital». Desgraciadamente, mi desconocimiento del Derecho norteamericano me impide comprender por qué otras autoridades sí estaban legitimadas para detener a un hombre que estaba voluntariamente en el hospital, que salió voluntariamente de él y que no cometió ningún delito durante el tiempo que estuvo fuera del centro. Tenga por seguro que no sólo Europa se enterará de que Eatherly, que presuntamente fue detenido por saltarse un semáforo en rojo, jamás se sentó al volante de ese coche. En otras palabras: no acierto a comprender el sentido que tiene aquí el término «voluntario», al parecer tan distinto de su acepción usual.

Sigo estando convencido de que la clarificación de este caso no dañará precisamente el prestigio de Estados Unidos.

Su atento y seguro servidor

GÜNTHER ANDERS

CARTA 65

A Claude Eatherly

10. 5. 61

Querido Claude:

La verdad es que no albergó demasiadas esperanzas de que recibas esta carta, pues no sé absolutamente nada de ti desde hace cuatro meses, y por desgracia he de suponer que desde entonces tú tampoco sabes nada de mí. Quizá te hayan invadido las dudas en este mundo de silencio en el que ahora vives; quizá temas que yo me haya cansado de compartir tus esperanzas y que doy tu caso por perdido. Seguramente, desconoces el paso que he dado desde que no das señales de vida. Créeme, Claude, tus temores serían totalmente

infundados. Ocurre más bien todo lo contrario: cuanto más inútil es mi intento de dar contigo, cuanto más tiempo transcurre sin saber nada de ti, tanto más me preocupa la suerte que puedas correr. Tu silencio retumba en mis oídos con mayor intensidad de lo que podría hacerlo tu voz. Y sería totalmente incapaz de hacer oídos sordos a este zumbido de tu silencio.

Así pues, he aquí el paso que he dado alertado por este zumbido: he escrito una carta abierta sobre ti. Para darle la mayor resonancia posible, la he dirigido al presidente Kennedy y la he hecho pública hace unas semanas. El hecho de que el presidente Kennedy no me haya contestado —solamente me ha llegado un acuse de recibo de uno de sus secretarios— carece de toda importancia. Pues esta carta, que, copiada por gente de la universidad, circula también por Estados Unidos, ha hecho posible que hoy, pese a estar encerrado, estés presente en la mente y en el corazón de muchas más personas y que tengas más amigos que nunca; incluso más que en los tiempos en los que la prensa internacional te presentó como el *glamorous victory boy*. Los muros que hoy te encierran y te separan del mundo no son más que aparentes. Y contra esto, ni las Fuerzas Aéreas, ni los médicos ni tus atemorizados parientes pueden hacer absolutamente nada. Si bien es verdad que no puedes ver a ninguno de tus amigos, no es menos cierto que ahora todos ellos están pendientes de ti. Por eso, en cierta forma no estás encerrado. Si hay alguien encerrado (o mejor dicho: si alguien tiene cerradas las puertas de la simpatía de los demás), son esos estúpidos que afirman que estás enfermo y que te mantienen bajo llave porque tu conciencia te hace insistir en aquello que sabes. Puede que esta gente sienta compasión por ti. Pero esta compasión no nos interesa, pues a fin de cuentas es una forma mala de compasión, ya que es sólo fruto del miedo, y lo único que demuestra es que temen a la verdad.

No es una casualidad que estos días me acuerde tanto de ti y que justamente hoy haya intentado ponerte en contacto contigo, pues entre todos los que son como tú, entre todos aquellos a los que no les es indiferente lo que sucede en este mundo, estas semanas está presente la figura de *Eichmann*. Ya sabes: Eichmann fue aquel hombre que, en la década de 1940, estuvo al frente del exterminio de millones de personas (judíos, polacos, gitanos, etc.) y que cumplió su deber como burócrata del exterminio masivo. Quizás hayan llegado a tus manos algunos artículos de prensa sobre este asunto. Si tienes ocasión de leerlos, comprobarás que Eichmann ha declarado «con toda sinceridad» que él no fue más que un instrumento, una «pieza del aparato del terror», que se limitó a cumplir su juramento de lealtad a Hitler, en una palabra: que «no es culpable de aquello de lo que se le acusa». Así como somos incapaces de imaginar las atrocidades que cometió, tampoco podemos comprender que haya podido vivir durante quince años sin hacer mención de su culpa, sin pronunciarse sobre ella, o mejor dicho, sin que ésta le haya causado tormentos insufribles. Por lo demás, es muy poco probable que Eichmann fuese tan sólo un instrumento. Su participación en aquellas conferencias en las que, entre copas de coñac, los organizadores del terror proyectaban la aniquilación de millones de seres humanos y discutían las «medidas más factibles» que había que tomar para alcanzar tal objetivo, este hecho contradice claramente la supuesta irrelevancia de su función como burócrata, que ahora tanto se esfuerza por subrayar con el fin de minimizar su parte de culpa. Del mismo modo, tampoco tiene derecho a excusarse afirmando que no salió de su despacho, que se limitó a mantener en orden los ficheros de la muerte y que, en tanto que hombre encargado del papeleo, jamás pudo imaginarse, ni ver con sus propios ojos, la realidad que había detrás de aquellos ficheros. Pero esto —que tampoco podría servir como disculpa— no se

corresponde con la verdad, pues el propio Eichmann presenció en más de una ocasión el exterminio de aquellas mismas personas cuyos nombres y dientes de oro registraba tan pulcramente en sus ficheros. Sin ninguna duda, el espectáculo del exterminio masivo no era de su agrado, y ahora —lo que tampoco le honra demasiado— se atreve incluso a pedir que le compadezcamos por la repugnancia que sintió ante aquel espectáculo —pero este asco no le impidió seguir estando al frente de la oficina de exterminio, ni cumplir escrupulosamente con su deber durante años.

Sin embargo, lo más terrible de estas declaraciones propias de un asesino en serie —«Yo no fui más que una pieza de aquella máquina», «Me limité a obedecer órdenes»—, es que son idénticas a los argumentos que hoy todos nosotros solemos emplear: desde quienes fabrican proyectiles hasta los científicos que diseñan nuevas armas químicas, pasando por tu colega Francis Powers, cuyas misiones de espionaje estuvieron a punto de causar una catástrofe. Es más: estos argumentos son idénticos a aquellos que se nos suministran a todos a modo de *tranquillizers* para tranquilizar nuestras conciencias. No nos engañemos: todo aquel que no acepta estos «argumentos Eichmann» es considerado, incluso en los países que hoy se estremecen ante la figura de Eichmann, un individuo desleal o simplemente un traidor.

O un enfermo mental.

Así pues, si estos días en los que volvemos a saber de las atrocidades que tuvieron lugar hace casi veinte años me acuerdo de ti, es porque tú, Claude, eres la figura opuesta a Eichmann, la única persona que puede consolarnos de aquel horror. Cuando tú, en tanto que «pieza de aquella máquina», hiciste lo que se te encargó, no sabías lo que hacías. Pero cuando te diste cuenta de lo que habías hecho, te rebelaste, dijiste «no». Y desde este tu primer «no», no ha habido ni un solo día en que hayas callado ese «no». Tú no has intentado disculparte diciendo: «Pero yo sólo fui una pieza de aquella máquina, por lo tanto no soy culpable», sino que, muy al contrario, has afirmado: «Si podemos volvernos tan inmensamente culpables actuando como piezas de una máquina, entonces debemos negarnos a seguir siendo piezas de esa máquina». Eichmann y tú sois las dos figuras paradigmáticas de nuestra época. Y si no teuviésemos a ti como contraposición a él, en esta época de Eichmann sólo cabría la desesperación.

No creas, Claude, que la contraposición que aquí establezco es artificial. Esta contraposición entre Eichmann y tú me parecía evidente mucho antes de leer lo que esta mañana he leído en la prensa: Servatius, el defensor de Eichmann (*su* defensa, a diferencia de la tuya, ha encontrado una resonancia internacional), ha tenido la desvergüenza de declarar que a un hombre como Eichmann, que se limitó a cumplir órdenes, se le pueden exigir tan pocas responsabilidades como al que ordenó lanzar la bomba atómica sobre Hiroshima^[91]. No quiero abundar en esta comparación tan tremenda, pues mientras que tú y tus camaradas realizasteis lo que considerabais eran dos misiones militares, Eichmann dirigió durante años, y de forma sistemática, el exterminio de personas que no tenían ninguna relevancia desde el punto de vista militar. Lo único que quiero decir es lo siguiente: mientras que tú te has hecho responsable de *estas* acciones sin que nadie te lo pidiese, sin que *tuvieses que* hacerlo, Eichmann pretende eludir su responsabilidad comparándose contigo. Si hay *una* persona legitimada para poner en su lugar a Servatius o a Eichmann, esa persona eres *tú*.

Por más solo que puedas sentirte al despertar, recuerda cada mañana, Claude, que tienes la inmensa fortuna de ser la figura opuesta a Eichmann, el único que nos consuela y el depositario de nuestra esperanza. La relevancia de este papel que te ha tocado en suerte y

que has demostrado saber representar, quizá pueda consolarte de tu soledad y de la imposibilidad de ver personalmente a aquellos a quienes consuelas. En cualquier caso, nosotros te recordamos llenos de gratitud. Y si algún día «nosotros» —todos aquellos para los que tu existencia es un consuelo— llegamos a conocerte personalmente, es posible que el sacrificio que has tenido que hacer durante todos estos años te parezca poca cosa. Seguiremos trabajando para que llegue ese día.

Siempre tuyo

GÜNTHER

Esta correspondencia estaba ya en prensa cuando, tras un silencio de casi medio año, Eatherly ha vuelto a dar señales de vida. De hecho, ahora los acontecimientos parecen tomar un rumbo —la razón podemos obviarla— que nos permite recuperar la esperanza. Técnicamente, todavía es posible dar cuenta de esta nueva fase. El caso Eatherly sigue abierto; y quién sabe, quizá cuando se publique esta correspondencia haya encontrado ya un final feliz.

CARTA 66

A Günther Anders

Blgd. 10

30 de mayo de 1961

Querido Günther:

Me alegró volver a tener noticias tuyas y saber que estás bien. Discúlpame, por favor, si no te he escrito antes. Recibí una carta tuya hace unos tres meses. Yo estoy bien.

Pero no puedo darte buenas noticias en relación con mi salida del hospital. En enero intenté conseguir el alta por vía judicial. Si mis médicos no me dan noticias alentadoras, pronto haré un nuevo intento. Créeme si te digo que, aunque la prolongación de mi hospitalización me ha decepcionado, no he perdido el ánimo; sé que al final lo conseguiré.

Miss F. me envió la carta que tú le escribiste.

He leído un artículo sobre mí y he sabido que tu libro aparecerá pronto. Si se publicase en inglés, me gustaría leerlo.

He seguido el caso Eichmann, sale en la prensa a diario. Independientemente de cómo trate de defenderse, no tiene escapatoria [...] No hay lugar para un hombre así.

[...] Apenas sé nada de mi familia. No espero ayuda de ninguno de ellos [...]

CLAUDE

CARTA 67

Del Department of Justice, Washington D. C. a Günther Anders

26. 6. 61

Estimado señor Anders:

El ministro de Justicia me ha pedido que responda a su segunda carta sobre el comandante Eatherly. Evidentemente, usted tiene una visión un tanto confusa de la sucesión de los acontecimientos relacionados con el internamiento (*retention*) de Eatherly

en el hospital. En principio, el comandante ingresó en el centro como «paciente voluntario» (*on the basis of his voluntary admission*), pero la justicia del Estado de Texas, apoyándose en el fallo del jurado, ordenó cambiar su condición de «paciente voluntario» por la de «no voluntario». Por lo tanto, Eatherly fue detenido (*committed*) por recomendación expresa del jurado. La entrada en vigor de esta orden basada en la recomendación del jurado, tuvo como consecuencia inmediata el reingreso del comandante Eatherly en el hospital.

Asimismo, quisiera informarle de otro extremo: tanto el tribunal como la sentencia están bajo la jurisdicción del Estado de Texas, y no bajo jurisdicción federal. Así lo contempla la Constitución. Por lo tanto, este Departamento (Department of Justice) no puede inmiscuirse en este asunto. Obviamente, en el caso de que el internamiento se hubiese producido de forma irregular, el comandante Eatherly tendría pleno derecho a presentar ante el tribunal federal todas las pruebas que estimase convenientes.

Con esto creo haber dado respuesta a sus preguntas.

Atentamente

WILLIAM H. ORRICK,

JR. Assistant Attorney General

CARTA 68

De Günther Anders a Mr. William H. Orrick, jr., Assistant Attorney General^[92],
Washington D. C.

2. 7. 61

Estimado señor Orrick:

Gracias por su amable carta del 26 de junio de 1961 y por el intento de despejar las dudas que me inspira el caso Eatherly. Lamento tener que comunicarle que no ha logrado convencerme del todo.

Naturalmente, dejaré de lado los aspectos más filosóficos del caso y no hablaré de la situación trágica del hombre que, sin saberlo, se convirtió en la primera «víctima» de la primera misión atómica, aunque creo que algún día esta perspectiva acabará teniendo mucha mayor relevancia histórica que el aspecto puramente jurídico del tema. No obstante, me limitaré a este aspecto, pues temo que en cuestiones filosóficas no podamos llegar a entendernos.

Usted subraya que, en relación con el caso Eatherly, la cuestión fundamental es la referida a su sucesiva condición de paciente «voluntario» y «no voluntario». Si le entiendo bien, esto sólo puede significar que, en el caso de que la detención de Eatherly se hubiese producido en la fase en la que tenía la condición de paciente «no voluntario», esta detención habría sido legal; y que, por el contrario, ésta habría sido ilegal de haberse producido mientras Eatherly gozaba de la condición de paciente «voluntario». Si esto es así, entonces la detención de Eatherly fue ilegal, pues —esto es para mí lo fundamental— la cronología de la que yo dispongo contradice aquella en la que usted basa su argumentación.

Usted sabe mejor que yo que, durante el tiempo que el comandante Eatherly estuvo internado, gozó alternativamente de la condición de paciente voluntario y de paciente no voluntario.

Así, por ejemplo, una de sus fases como paciente voluntario, que se prolongó

durante noventa días, finalizó en julio de 1959; pese a su condición de *voluntary*, sus intentos de abandonar el Veterans Administration Hospital fueron inútiles.

El 22 de abril de 1960, Eatherly volvió a confirmar su condición de «voluntary», concretamente en una carta que dirigió a la American Civil Liberties Union. En esta carta, el comandante afirma: «Soy un paciente voluntario, lo que me da derecho a solicitar mi salida del hospital».

El 20 de mayo de 1960, después de una *closed hearing*^[93], Eatherly fue declarado *involuntary patient*, condición en la que permaneció durante tres meses. Esto significa que el 18 de agosto de 1960, Eatherly recuperó su condición de *voluntary patient*. De hecho, el 18 de agosto me escribió: «Creo que ha llegado el momento de solicitar mi salida del hospital». Y el 6 de septiembre de 1960 escribía *expressis verbis*: «Vuelvo a tener la condición de paciente voluntario».

Si Eatherly era realmente un paciente voluntario, entonces podía decidir libremente si permanecía o no en el Veterans Administration Hospital. El término *voluntary* sólo puede hacer referencia a la libertad de elección, de lo contrario no es más que una palabra vacía y carente de significación, en contradicción tanto con el uso coloquial como con el uso filosófico del término.

Pero permítame que vuelva a la cuestión que usted considera fundamental, la referida a las sucesivas etapas por las que atravesó Eatherly. Dado que el comandante recuperó su condición de *voluntary patient* el 18 de agosto de 1960, el 19 de octubre de ese mismo año —fecha en la que huyó del hospital— aún debía conservar esa condición. Así lo confirman los siguientes documentos:

1. El pasaje del artículo del *Washington Post and Times-Herald* (5 de diciembre de 1960) sobre el que le llamé la atención en mi última carta. Cito textualmente: «Los funcionarios del Veterans Hospital afirmaron no estar autorizados para detener a Eatherly ni para reconducirlo al hospital».

2. Un pasaje de una carta de Eatherly del 21 de diciembre de 1960: «En los informes publicados, el hospital afirmó que me había dado el alta y que no exigía mi reingreso. En verdad, había solicitado mi internamiento el 20 de octubre, es decir, un día después de mi huida».

Así pues, Eatherly sólo recuperó su condición de *involuntary patient* después de su detención y después de su juicio (con jurado) del 12 de enero de 1960.

Cada vez que repaso esta cronología, tengo la impresión de que en el informe que usted ha recibido ha debido de colarse algún error. En el caso de que usted llegase a compartir mi sospecha, creo que merecería la pena volver a examinar la sucesión de los acontecimientos. Si usted tomase esta iniciativa, le estaría muy agradecido.

Le agradezco profundamente su interés por el esclarecimiento de este caso.

Muy atentamente

GÜNTHER ANDERS

CARTA 69

A Claude Eatherly

3. 7. 61

Querido Claude:

¡Qué alivio volver a recibir una carta tuya después de tanto tiempo! Quizá no hayas caído en la cuenta de que esta interrupción de nuestra correspondencia ha durado casi medio año. Comprenderás que durante este tiempo haya estado preocupado, y aún sigo estándolo, pues en tu carta no mencionas la razón de tu silencio. ¿Qué significa que «no podías»? ¿Has estado enfermo? O, lo que me parece más probable, ¿te han impedido escribirme?

Me parece que estás necesitado de ánimos. Tal vez pueda darte un par de «inyecciones».

Aquí va la primera: el interés por nuestra correspondencia, que ha de aparecer en otoño, es tan grande que ahora la editorial quiere hacer un tiraje de 11 000 ejemplares, varias veces más de lo que es usual en una primera edición. Además, la editorial presentará este volumen como «el plato fuerte» de su programa de 1961. Naturalmente, esto se traduce en unos beneficios para ti, pues el contrato figura a mi nombre y al tuyo, compartimos los honorarios al 50%. Hoy mismo, meses antes de la publicación del libro, tienes a tu disposición una suma de 750 dólares. Si la necesitas, puedes cobrarla ya. Y aunque no la necesites, creo que debes cobrarla, pues al jurado y a los jueces podría llamarles la atención que no lo hicieses: hasta ahora, ganar dinero todavía no ha perjudicado la reputación de nadie. Ya hay ocho o diez casas editoriales de distintos países que se han interesado por el libro, por lo que es muy posible que sigas viendo incrementarse tus «honorarios como autor». Si quieres percibir tu dinero, basta con que escribas a la editorial Rowohlt, cuya dirección es [...]

Y he aquí la segunda «inyección»: mi «Carta abierta al presidente Kennedy» ha llegado por fin a un despacho oficial. Ayer recibí una carta del Assistant Attorney General, William H. Orrick jr., Department of Justice, Civil Division, Washington D. C. Basándose en una información incorrecta, esta carta intentaba demostrar que tu detención había sido legal. El señor Orrick presuponía incorrectamente que abandonaste el hospital siendo *involuntary patient*.

Lógicamente, el señor Orrick concluía su carta con estas palabras: «Obviamente, en el caso de que el internamiento se hubiese producido de forma irregular, el comandante Eatherly tendría pleno derecho a presentar ante el tribunal federal todas las pruebas que estimase convenientes». Quizá deberías tomar sus palabras al pie de la letra. Eres tú quien debes decidir si consideras oportuno o no enviarle una cronología exacta de los avatares jurídicos de tu caso, es decir, de tus fases como paciente «voluntario» y «no voluntario». No estaría mal que esta cronología tuviese tres columnas: a la izquierda podría figurar la fecha; en el centro, el acontecimiento en cuestión; a la derecha, tu condición en ese momento. Por ejemplo: 19 de octubre Huida del hospital «voluntario».

Sea cual sea tu decisión, te mando una copia de la carta que he escrito al señor Orrick.

Y ahora, Claude, reanudemos nuestra correspondencia. No olvides que hace muchos meses hablamos detalladamente de tus proyectos. Si no estás en condiciones de hacerlos realidad, y si durante estos últimos seis meses te ha resultado imposible centrarte en tus proyectos, te ruego que no tengas miedo y que me digas por qué. Tal vez los efectos secundarios del tratamiento que recibes o el ambiente del centro te impidan concentrarte. De ser así, lo comprendería perfectamente. Te lo vuelvo a repetir: por favor, cuéntame cómo transcurren tus días, jamás me has hablado de tu vida cotidiana. Si el tedio se apodera de ti, no te avergüences de ello y dímelo, pues esto no sería culpa tuya; y para soportar como tú lo haces una vida tan monótona, se requiere más heroísmo que para muchas de las

cosas que se consideran heroicas.

Y no lo olvides nunca: tu mundo no se reduce a las cuatro paredes que han acabado por convertirse en tu hogar, tienes muchos amigos que se sienten cerca de tí y que te respetan. Sé que es muy fácil dar consejos cuando se es libre; pero los que, sin habérmolos ganado, estamos en una situación distinta de la tuya —aunque siempre podemos caer en ella— nos avergonzamos de tener las cosas tan fáciles.

Siempre tuyo

GÜNTHER

CARTA 70

A Günther Anders
Bldg. 93

7 de julio de 1961

Querido Günther:

Gracias por tu amable y alentadora carta.

Me siento feliz de poder contarte que mi situación va a mejor. Ahora pertenezco a la clase privilegiada (*put on privilege basis*) del «Maximum Security Building». Esto me da cierta libertad. Por fin tengo un médico que intenta ayudarme. Creo que podré salir del hospital en un par de meses. Por esta razón, pienso que no debería volver a intentar llevar mi caso ante los tribunales.

Si, como te dije, no podía escribirte, era porque me resultaba imposible mandar una carta desde el edificio en el que me encontraba. Ahora ya no hay ninguna traba para que podamos escribirnos.

Me llena de alegría saber que nuestra correspondencia se publicará en forma de libro. Te agradezco la equidad del contrato que has firmado en mi nombre. Como aquí no necesito el dinero, de momento lo dejaré donde está.

Me siento estupendamente, sólo que la perspectiva de salir del hospital me produce cierta ansiedad (*I feel wonderful, only a little anxious about leaving the hospital*). Pero me parece que, si colaboro con mi médico —cosa que pienso hacer—, pronto estaré fuera.

Günther, soy realmente consciente de todo lo que has hecho por mí, sólo espero poder recompensarte algún día. No dudes de que haré todo cuanto pueda para recuperar mi libertad; y no estoy desanimado, no me daré por vencido. Te reitero mi gratitud.

Tu amigo

CLAUDE

CARTA 71

A Claude Eatherly

11. 7. 61

Querido Claude:

¡Felicidades! Nunca antes te he escrito con tanta alegría y optimismo. Y después de tu melancólica carta del 30 de mayo, nunca hubiese podido prever una sorpresa y una mejora como ésta. Yo había preparado hasta una declaración pública sobre el caso Eatherly,

para la que solicité las firmas de personalidades como lord Russell, Max Born, Moravia y Carlo Levi —el documento había sido firmado incluso por el alcalde de Hiroshima—, pero ahora ya no es necesario entregar esta declaración a la prensa, y las firmas pueden aguardar tranquilamente en el cajón de mi escritorio.

Naturalmente, no sé con exactitud cuándo llegará el gran momento. Por favor, ve preparándote. Sobre todo para los días siguientes.

Es muy posible que te asedie todo un ejército de periodistas. Deseosos de publicar noticias sensacionalistas, éstos no sólo intentarán sonsacarte detalles que pertenecen a tu vida privada y que no importan a nadie, también querrán provocarte con preguntas capciosas a las que nadie sería capaz de responder con serenidad. Creo que lo más apropiado sería que te negases cortésmente a hacer declaraciones, que les explicases que lo que verdaderamente cuenta no es tu vida privada, sino la situación atómica propiamente dicha, pues ésta nos incumbe a todos. Deberías decirles que tu primer objetivo es adaptarte a tus nuevas circunstancias y salir adelante, y que les agradecerías que comprendiesen y respetasen tu discreción. Podrías añadir que harás las declaraciones que consideres oportunas o necesarias en su debido momento, pero no antes; y que no te gustaría que la forma de plantear las preguntas predeterminase tus respuestas en un sentido que tú no desees.

Si resuelves actuar así, tu salida del hospital no tiene por qué preocuparte.

Cuando leí la frase en que te referías incidentalmente a tu preocupación, me vino a la memoria una película sobre Dreyfus que vi hace veinte años. Cuando Dreyfus, después de haber pasado años en la cárcel injustamente, supo que era libre, empezó a dar cortos paseos por su celda como lo había hecho día tras día y año tras año, pese a que en esta ocasión la puerta de su celda estaba abierta; y le costó muchísimo decidirse a cruzar el umbral que lo separaba del mundo exterior. No te sorprendas si llegas a sentir algo semejante, sería completamente natural. Pero, a diferencia de Dreyfus, tú sabes de antemano que vas a salir, por lo que ya puedes empezar a hacer el último paseo por tu celda, de forma que cuando llegue el gran día, seas capaz de abrazar la libertad sin vacilar.

Que sepas, Claude, que el día que seas libre, yo también me sentiré liberado, y que cuando tenga en mis manos tu telegrama con el texto «Estoy fuera», saldré inmediatamente a tu encuentro para celebrar contigo el inicio de una época en la que no sólo estés *libre de* impedimentos, sino en la que también seas *libre para* consagrarte a tu causa.

Tu amigo

GÜNTHER

Epílogo

El texto que sigue a continuación corresponde al epílogo de la edición americana de esta correspondencia, publicada en el verano de 1962 en las ediciones Monthly Review, Nueva York.

Desde que apareció la primera edición de esta correspondencia, el caso Eatherly ha cobrado otro aspecto.

Ahora Claude es libre.

Esto me permitirá cumplir mi deseo de conocerlo personalmente. El que hasta ahora esta posibilidad haya sido tan remota, se ha debido a razones ajenas a nosotros dos.

Ahora Eatherly es libre, y lo es desde hace ya seis meses, aunque a sus compatriotas no se les ha concedido el derecho a saberlo.

Eatherly es libre y vive entre ellos.

Naturalmente, me consolaría poder decir que las autoridades norteamericanas acabaron por comprender lo que estaba en juego en este caso y que este feliz desenlace se lo debemos a ellas. Por desgracia, no es así.

Eatherly huyó del hospital, eligió la libertad —si es que la palabra «elegir» tiene aquí algún sentido, pues en realidad él nunca la perdió—. Al contrario: lo que confiere unidad a su vida es precisamente su voluntad de liberarse de los juicios y prejuicios con los que se nos bombardea constantemente —y lo peor de todo es que ni siquiera nos damos cuenta de ello—. Si bien es verdad que es posible conservar esta libertad incluso tras los muros de una institución como aquella en la que él estuvo, cualquiera de nosotros puede verse entre esos muros por su amor a la libertad.

Por esta razón, la libertad exterior de la que ahora goza Eatherly, sólo viene a completar aquella otra libertad que jamás nadie logró arrebatarse.

Esta afirmación podrá parecer extraña, pues sabemos que los espíritus de las víctimas y las diosas de la venganza no le dieron tregua, persiguiéndolo y atormentándolo por una acción en la que él participó por casualidad. Y un atormentado no nos parece un hombre libre, sino todo lo contrario. Pero esto es tan sólo apariencia: como Eatherly, a diferencia de los demás, tuvo el valor de mirar de frente a las acechantes diosas de la venganza y de no hacer oídos sordos a su voz; sus tormentos son testimonio de su libertad.

Eatherly era libre aun antes de elegir la libertad. No así las autoridades, que se negaron a concederle la pequeña dosis de libertad que habrían podido concederle —me refiero a la libertad exterior—, y así dejaron pasar su oportunidad. Ahora, éstas no tienen más remedio que conformarse con la modestísima libertad de la que siguen haciendo uso: la libertad de no importunarlo y de dejarlo en paz. Con todo, consuela saber que están dispuestos a aceptar este mínimo, aunque conocen perfectamente el paradero de Eatherly. Ahora corresponde a los norteamericanos velar por que este mínimo permanezca intacto. Ésta es al menos mi opinión.

Es posible que, cuando se publiquen estas líneas, la situación haya vuelto a cambiar. Ningún intento de comprender nuestra época goza del privilegio de los reporteros de televisión, que pueden permitirse el lujo de sincronizar sus palabras con los hechos de los que informan; a diferencia de ellos, nosotros no tenemos más remedio que ir a remolque de la actualidad, y somos conscientes de ello. Pero esto no ha de inquietarnos, pues no es nuestra tarea presentar los últimos sucesos, sino interpretar una situación permanente. Esto

nos ahorra tener que ir a remolque de dichos sucesos, pero evidentemente sólo en el mejor y en el menos probable de los casos, pues *lo único que permanece en nuestra cambiante situación es la constante amenaza de que nada sea permanente, y el hecho de que todas nuestras advertencias llegaran demasiado tarde.*

Esto mismo cabe decir de la vida de Claude, personificación de nuestra época que comprende también el mañana y el pasado mañana (en caso de que llegue a haber un mañana y un pasado mañana). Pues de ahora en adelante —si es que todavía nos da tiempo— estamos condenados, y seguiremos estándolo, a vivir en una situación cuya naturaleza es ya inmutable: estamos condenados a vivir en la «última época» (*Endzeit*), una época que sólo puede ponerse fin a sí misma, y que seguirá siendo última aunque logremos aplazar día a día el «fin de los tiempos» (*Zeitende*) —ésta es la razón de que ninguna interpretación de nuestra era atómica consciente de esta realidad pueda ir a remolque de los acontecimientos—. Este rasgo distintivo de nuestra época jamás desaparecerá, pues una vez que hemos adquirido la capacidad de poner fin al tiempo, ya no hay marcha atrás: podremos ser capaces de aprender cosas nuevas, pero lo que nunca podremos hacer es desaprender lo que hemos aprendido.

Así pues, aunque las condiciones de vida de Eatherly hayan cambiado, el caso Eatherly no pertenece al pasado. Al contrario: este caso es tan novedoso que su significado todavía no se ha comprendido. Eatherly fue el primero en traducir el signo distintivo de nuestra época al lenguaje de su vida personal; el primer hombre cuya vida quedó determinada única y exclusivamente por las circunstancias y los temores de la era atómica; el primero que se negó a actuar en conformidad con las exigencias de una sociedad conformista; el primero que quiso advertirnos del peligro, en vez de dedicarse a restarle importancia, a exagerarlo o a sacar provecho de él, tal como se espera de nosotros. Lo repito, el caso Eatherly no pertenece al pasado, sino que es más bien la encarnación, la personificación de la conciencia en un mundo que logra tranquilizar a millones de personas convenciéndolas de que las consecuencias de sus actos no les incumben, convenciéndolas de que no actúan, de que se limitan a «trabajar», y de que su trabajo, cualesquiera que sean sus objetivos, sus fines y sus efectos inmediatos o remotos, no huele mal, *non olet*. Eatherly resistió a esta tentación y se negó firmemente a contentarse con una libertad que en última instancia coincide con la libertad del ciego y de quien se libra *de* la conciencia, del que renuncia a ella, por más que se nos presente como libertad de conciencia. No, este caso no es cosa del pasado, y el que sus condiciones externas hayan cambiado, no significa absolutamente nada.

Cada vez nos vemos más obligados a restringir el ejercicio de nuestra responsabilidad a los estrechos límites de la esfera privada (en la medida en que ésta sigue siendo objeto de nuestra responsabilidad, pues los medios de comunicación de masas también intervienen de manera creciente en su conformación). Eatherly, en cambio, se negó a aceptar esta restricción. Y su negativa, su constante predisposición a responsabilizarse de las consecuencias de actos en los que tan sólo participó, esta negativa y esta predisposición son actitudes pioneras en el continente moral del presente. Dada su tradición como pioneros y su entusiasmo por las *new frontiers*, los norteamericanos pueden y deben sentirse orgullosos de que Eatherly sea compatriota suyo: un joven como cualquier otro que de repente se convierte en pionero de esta nueva era. Eatherly no sólo es el hermano del astronauta Glenn, sino que es su hermano mayor, pues mientras que aquél se limitó a utilizar los medios técnicos que otros le consiguieron, Claude se convirtió en pionero de la nueva era por sí mismo, por su valor para cuestionar las consecuencias del mismo progreso

técnico para el que se le utilizó.

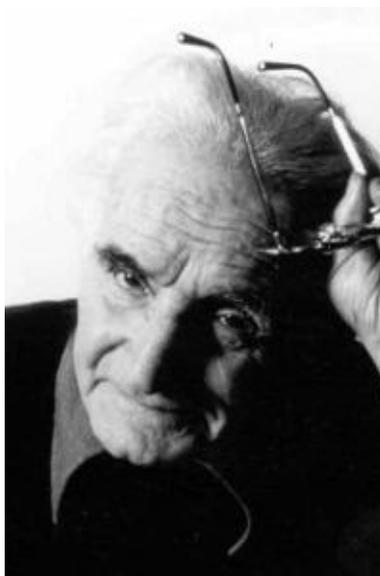
Hace años, los norteamericanos convirtieron a Claude en un héroe nacional. Muy bien. Pero ya no tienen derecho a hacerlo más, pues lo hicieron llevados por falsas razones. Claude no es un héroe por lo que le hizo famoso, sino por su actitud independiente hacia ello. Hay una sentencia que dice: «Ubi bene, ibi patria». Estados Unidos debería elogiar a Claude, pero sólo *porque* Claude es bueno.

Cualquier otra actitud hacia él me resultaría sospechosa, pues sería una prueba de la desaparición del espíritu democrático en Estados Unidos.

En efecto, el término «democracia» hace referencia a una situación en la que el individuo no sólo se hace responsable de sus propios actos o de su trabajo, sino también de las consecuencias de dichos actos, que afectan al resto de ciudadanos y a los seres humanos en general. La misma definición de democracia se contradice con la especialización y la división del trabajo, que hoy se han transformado en una estricta división de responsabilidades. Antiguamente, el sastre, el panadero o el leñador de una comunidad norteamericana tenían derecho a intervenir en los concejos municipales y a decidir juntos si, por ejemplo, era conveniente o no construir un puente sobre tal o cual río. Cuando así lo hacían, no hablaban del puente del sastre, del panadero o del leñador, sino del puente del pueblo para el pueblo. Cuando hoy, después de deliberar, varias personas deciden que no hay que destruir el puente hacia el futuro, sólo hacen lo que ya hicieron sus antepasados: ejercer sus derechos democráticos. Y es antiamericano cuestionar estos derechos.

GÜNTHER ANDERS

Viena, 26 de febrero de 1962



GÜNTHER ANDERS (Breslau, 1902 - Viena, 1992) fue un importante filósofo e intelectual del siglo XX. De origen judío, Günther Anders (nacido Stern) combatió en la Primera Guerra Mundial a los 16 años, tras lo cual estudió filosofía, con profesores tan insignes como Husserl, Heidegger o Cassirer. La obra de Günther Anders —primer marido de Hannah Arendt— nos revela la figura de un intelectual comprometido con la lucha contra el horror y la sinrazón.

Notas

^[1] Robert Jungk, (1913-1994) fue un escritor y periodista berlinés que durante toda su vida se opuso firmemente a la proliferación de armas nucleares. Su obra *Más brillante que mil soles*, es uno de los textos fundacionales del movimiento antinuclear. <<

^[2] El lenguaje de Eatherly es completamente distinto del lenguaje de un escritor, a veces es incluso primitivo.

a) Naturalmente, esto se debe en primer lugar a una *razón generacional*: al igual que todos los de su edad, Eatherly pone en práctica una economía lingüística orientada al ahorro de tiempo; y, al igual que ellos, Eatherly ha crecido con la radio, esto es, en una «situación lingüística unilateral», en una situación en la que el lenguaje no se manifiesta fundamentalmente como lenguaje hablado, sino como lenguaje transmitido y oído.

b) *Razones especiales*: la mayoría de las veces, el lenguaje hablado sólo se presenta ligado a situaciones concretas, pero también como resultado de ellas: por ejemplo, como pregunta o como respuesta; aquello a lo que se refiere el hablante, el contexto, goza de una evidencia prelingüística gracias a la situación (visible para los interlocutores); los nexos (aunque, pero, ciertamente, etc.) no son siempre necesarios. Quien escribe no cuenta con esta base prelingüística, por lo que ha de crearla él mismo en el propio lenguaje. Como Eatherly se pone a escribir sin entender las leyes particulares que rigen la escritura, es decir, sin ser un escritor, escribe como se suele hablar: tiende a omitir los nexos sintácticos. De hecho, esta «pobreza sintáctica» y la mera *yuxtaposición* de las oraciones son mucho más características de su lenguaje que su pobreza de vocabulario.

c) A esto se añade el hecho de que, habiendo estado internado durante tantos años, el mismo lenguaje se ha convertido para él en algo extraño. En cierto sentido, pues, ni siquiera se puede decir que Eatherly escribe como habla, puesto que debido a su internamiento ha perdido la costumbre de hablar.

d) El lenguaje suele mostrarse impotente debido a la horrible *discrepancia* existente entre el *lenguaje coloquial* (a veces incluso idiomático y dialectal) que fue su herencia, y la *inmensidad* del *tema* apocalíptico. Discrepancias similares han hecho fracasar incluso a escritores profesionales que han intentado escribir sobre este tema. En algunas ocasiones, Eatherly cae en el balbuceo; en otras, el abismo existente entre el lenguaje del que dispone y el objeto que intenta abordar introduce un involuntario efecto surrealista.

e) No puedo afirmar que los medicamentos sean también responsables de la inadecuación del lenguaje, pues Eatherly sólo menciona una vez los *tranquillizers* (véase Carta 38). Pero esta carta y la anterior (n.º 36) se muestran totalmente desestructuradas desde los puntos de vista sintáctico y gramatical, y contienen pasajes incomprensibles. Para una explicación de este desmoronamiento del lenguaje, véanse las notas a las cartas 36 y 38. Por otra parte, parece existir cierta relación entre los distintos niveles de lenguaje y sus correspondientes situaciones, es decir, cada vez que Eatherly ve frustradas sus esperanzas de libertad, su lenguaje se ve afectado. Y viceversa: llama poderosamente la atención que las dos cartas escritas por él tras su fuga, es decir, las escritas en libertad, presenten una estructura lingüística casi perfecta, en sorprendente contraste con algunas cartas anteriores. Decir esto podría estar de más si las cartas escritas desde el hospital hubiesen alcanzado el nivel de las cartas escritas en libertad. Tras dos meses de libertad, su recuperación fue tan notable que, pese a su reingreso en dicho centro, ese nivel se mantuvo durante algún

tiempo: el lenguaje de la única carta escrita tras ese día tan decepcionante para él (Carta 56) sigue reflejando equilibrio y autocontrol. Así pues, resulta difícil eliminar la sospecha de que, en verdad, la enfermedad que justificó su internamiento haya sido causada por ésta.

Acerca de la traducción de la edición original: ciertamente, la traducción alemana hubiese podido reproducir la pobreza sintáctica del lenguaje de Eatherly, pero tal imitación hubiese sido ridícula; la reproducción de sus rasgos dialectales habría hecho que Eatherly pareciese un berlinés o un vienés. En cierto sentido, pues, la traducción alemana introduce un «cambio», pero éste se ha limitado a eliminar las yuxtaposiciones, a introducir nexos gramaticales (y cosas análogas, como la distribución del texto en párrafos). Mi trabajo ha sido similar al de un editor de composiciones musicales cuyo original carece de aquellas indicaciones que confieren dinamismo. Así pues, no se ha introducido cambio alguno en el contenido; al contrario, éste ha alcanzado toda su coherencia precisamente a través de estas pequeñas transformaciones. No ha habido prácticamente ningún pasaje que no haya ganado en claridad mediante la introducción de un «ciertamente» o de un «sin embargo». No obstante, creo necesario mencionar esta articulación del texto, pues ha cambiado un tanto la imagen de Eatherly como corresponsal.<<

[3] Eatherly se refiere a una carta perdida en la que le informo someramente de este breve código (*Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 13 de julio de 1957) y solicito su autorización para publicar su primera carta (n.º 2). <<

[4] Véase la nota 2. <<

[5] Véase, del mismo autor, *Die Antiquiertheit des Menschen*, vol. I, págs. 264 y sigs. <<

[6] [*Interessenorganisationen.*] Sólo *organisations* en el original. <<

[7] Frase más condensada en el original inglés: «I feel that I cannot trust so many people and groups only for my name». <<

[8] Véase Carta 34. <<

[9] Es un hecho relativamente azaroso el que el paso desde el «usted» al «tú» se produzca precisamente en este momento; el original inglés no lo refleja. Pero a partir de aquí (e incluso desde las cartas anteriores), el tono de las cartas es tan claramente contrario al tratamiento de «usted», que el traductor ha juzgado necesario introducir este cambio en beneficio de la naturalidad de la traducción. <<

[10] En las cartas que siguen parece haber una confusión de fechas. <<

[11] En inglés *trial visit*. Seguramente se refiere a un alta provisional que le hubiese permitido visitar a su familia. <<

[12] Digo «continuamos» porque yo también he estado entre los perseguidos, entre aquellos que han sufrido la persecución de los detractores de la humanidad y de la verdad: la gente de Hitler me consideró una basura por el simple hecho de ser judío, pero especialmente porque previene a la gente contra la brutal dictadura durante los años que la precedieron; de forma parecida a como ahora prevengo contra la amenaza nuclear y contra aquellos que la preparan, la permiten o le restan importancia. <<

[13] *Locked up* en el original inglés. Eatherly se refiere a su traslado al «Ward 10», unidad reservada para los casos más graves. <<

[14] Dos importantes diarios japoneses publicaron las dos primeras cartas. <<

[15] Véase Carta 10. <<

[16] Esta carta no obtuvo respuesta. <<

[17] No se trata de un sindicato, sino de una organización encargada de velar por el cumplimiento de las libertades civiles garantizadas por la Constitución. <<

[18] Un escrito en el que el firmante declara responsabilizarse del bienestar y la buena conducta de alguien. <<

[19] Originariamente, fiesta de acción de gracias (por la cosecha) de los padres peregrinos. Hoy, día festivo sin más especificación. <<

[20] Internamiento bajo extremas condiciones de seguridad; sólo para casos graves.

<<

[21] Esta carta tampoco tuvo respuesta. <<

[22] Véase el contenido de la Carta 23. <<

[23] Si aquí considero que yo no contaba con su autorización para escribir a su médico, es porque Eatherly había «pasado de contrabando» la carta en la que me autorizaba a hacerlo (Carta 22). <<

[24] Así pues, Eatherly dio su primer paso un día después de haberse incumplido el plazo. <<

[25] «Immediately filed a commitment against me». <<

[26] Eatherly se refiere únicamente a su último internamiento en Waco. <<

[27] Véase Carta 58. <<

[28] Contra lo dicho en la Carta 28. <<

[29] A mi entender, esta frase, que tiende a pasarse por alto, significa: me convertí en un ser malvado porque me sentía en la obligación de mostrar a la humanidad que la guerra atómica convierte a los hombres en seres malvados. *En cierto modo, Eatherly sacrificó su moral por razones morales.* <<

[30] En referencia al movimiento de protesta contra la renovación del pacto de seguridad entre Japón y Estados Unidos, y al malestar ligado a esta renovación. <<

[31] Sigue la descripción, ya conocida por el lector, de la historia de esta relación y de la correspondencia. <<

[32] Esta confirmación nunca tuvo lugar. <<

[33] ¡Qué cinismo, y qué inmensa ignominia, considerar de forma oportunista a quien ha sido excluido del mundo con la excusa de ser un enfermo mental, como una persona capaz de influir en el mundo (evidentemente, sólo en un sentido contrario a sus propias convicciones)! <<

[34] Este recorte de periódico contiene algunos chismes sobre la actriz Maria Schell, de la que se rumorea haberse enamorado del cámara Günther Anders. <<

[35] Referencia a los disturbios ocasionados por la llegada a Tokio del secretario de Prensa de Eisenhower, Hagerty, amenazado por la multitud de quienes protestaban contra la renovación del pacto de seguridad entre Estados Unidos y Japón. <<

[36] Véase Carta 34. <<

[37] En inglés story. Así llama Eatherly a cualquier texto. <<

[38] Naturalmente, Eatherly sobrevaloraba la influencia pública del escritor, y sobre todo la mía. Como recibió algún que otro artículo en el que aparecía mi nombre, y como en ellos jamás se mencionaba a ningún otro europeo en relación con su caso, se creó una imagen totalmente falsa de mí. <<

[39] Probablemente se trata de las cartas con las que se abre esta correspondencia (Cartas 1 y 2). <<

[40] No es posible saber si Eatherly habla en serio de esta renuncia absoluta a la política (lo que no considero probable) o si pone tanto énfasis en ella únicamente por razones políticas. El hecho de que Eatherly crea estar tan de acuerdo conmigo en este punto, se debe a un malentendido. No menos fuertes son mis reservas sobre la idea de un

gobierno internacional, idea que no puedo compartir sin más: en virtud de la tendencia a la centralización del poder inherente a la política actual (por no hablar de la técnica actual), cualquier gobierno internacional podría convertirse de forma automática en una dictadura global (lo que en estas condiciones equivale a decir «inevitablemente»). Hoy, la tarea de la política no es anular la soberanía de los Estados, sino dosificarla. <<

^[41] Lo que sigue es una sorprendente interpretación de sus actos semicriminales que, de ser correcta, refutaría de una vez por todas la tesis de que Eatherly padecía una enfermedad mental. Evidentemente, no puedo desarrollar esta información (a la que considero una interpretación *ex post* de su pasado), pues Eatherly me pidió encarecidamente no hacer ningún uso de ella. <<

^[42] La letra de la última carta de Eatherly reflejaba claramente irritación y confusión. <<

^[43] No creí conveniente decir a Eatherly la verdad (véase nota 32), pues no estaba totalmente seguro de que mis cartas sólo las leyese él. <<

^[44] La mayor parte de esta carta es ilegible, pero además es caótica desde un punto de vista sintáctico y muchos de sus pasajes me resultan incomprensibles. Si la pusiésemos en manos de psiquiatras, sin duda diagnosticarían, y con razón, un trastorno en quien la escribe. Pero este texto ha de verse como una excepción. Esta carta, como afirma Eatherly en dos de sus pasajes —pues él mismo percibe claramente la incoherencia y la confusión del texto—, fue escrita bajo los efectos de las drogas. Éste es el único lugar en el que Eatherly habla de tratamiento con *tranquillizers*. La pregunta de por qué precisamente en este tiempo trataban de atontarlo con drogas tiene una respuesta muy sencilla: la primera semana de agosto se celebraba la «Semana Hiroshima», y probablemente esperaban que durante esos días su excitación fuese en aumento. Es terrible pensar que el único documento que nos muestra a un Eatherly trastornado y sumido en una crisis haya podido ser el resultado de los medios que se emplearon para combatir su supuesto trastorno mental. Pero lo más terrible es que esta carta no es síntoma del estado del «paciente», sino signo del estado de los responsables del tratamiento, quienes consideran natural recetar *píldoras contra el horror al apocalipsis*. <<

^[45] Eatherly está tan influido por el vocabulario médico con el que se ha familiarizado durante años que, para decir «culpa», dice «complejo de culpa», es decir, utiliza un término que, contrariamente a su propia intención, arrebata toda legitimidad al sentimiento de culpa. El psicoanálisis habla de «complejo de culpa» única y exclusivamente para referirse a sentimientos de culpabilidad que son injustificados. Eatherly, en cambio, insiste en que él es verdaderamente culpable (véase Carta 62). <<

^[46] Aquí Eatherly se refiere claramente a esa interpretación de sus actos «anormales» o «criminales» que me ofrece en la Carta 36 solicitándome mi absoluta discreción, interpretación que vuelve a dar posteriormente (véase nota 40, pág. 128). <<

^[47] Eatherly dice *essay*. En sus cartas, utiliza con mucha frecuencia términos literarios que le son desconocidos; posiblemente para evitar que el escritor con quien mantiene correspondencia (seguramente el único que ha conocido en su vida) lo tome por una persona inculta. <<

^[48] Sin duda, Eatherly no es consciente de cuánta razón tiene en desacreditar a la filosofía cuando ésta no es más que una búsqueda de coartadas. <<

^[49] Solicitud del alta contra el consejo de los médicos. <<

^[50] Esta carta es el *essay* que Eatherly menciona en la Carta 41. Texto considerablemente abreviado. <<

[51] Eatherly emplea aquí *million dollar words* que lo único que logran es oscurecer el contenido. El texto inglés dice así: «A great mass of the American people hold my viewpoints on the philosophy which can end these days of strife...». Evidentemente, Eatherly no entiende el término *philosophy* en su acepción clásica. Como es usual en América, entiende por filosofía cualquier punto de vista práctico. <<

[52] Si esto es verdad, lo que nosotros presentamos como uno de los elementos más funestos de la situación atómica, a saber, *la falta de seguridad técnica de las máquinas y de quienes las manejan, representó ya su funesto papel en los albores de la era atómica*. <<

[53] Aquí empleado, este término es de lo más revelador. La palabra *job* («trabajo») ha acabado sustituyendo todos los vocablos que en el pasado se empleaban para designar distintos tipos de acciones. Esto se debe a que una ocupación que no es más que un *job*, es una ocupación moralmente neutra, es decir, algo que no es necesario someter al tribunal de la conciencia, sino únicamente hacerlo a conciencia. Nada demuestra de forma tan clara y terrible la inexorabilidad de este vocablo como el hecho de que el propio Eatherly, pese a no reconocer la «neutralidad moral» de su acción, no tiene el menor reparo en servirse de este término e incluso habla de *job* para designar la lucha contra este *job*. Además de *job*, término perteneciente al ámbito laboral, solía utilizarse un vocablo religioso, o al menos de resonancias religiosas: la palabra *mission*, término que, pese a tener otras connotaciones, cumple una función similar a la que desempeña *job*. En efecto, las «misiones» también se hallan más allá de la pregunta por su corrección o incorrección moral, o mejor dicho: las «misiones» nunca *pueden* ser inmorales. Es decir, esta palabra vuelve a tornar superfluas tanto la activación de la propia conciencia como la asunción de responsabilidades. <<

[54] Esta frase podría prestarse a una malinterpretación, pues podría hacer pensar que Eatherly se había hecho ya alguna idea de la magnitud de los efectos del «arma nuclear» antes de su lanzamiento. A este respecto hay que decir: <<

[55] Carta incompleta. Al igual que en la Carta 36, era obligado omitir ciertos pasajes, pues Eatherly me pidió discreción. <<

[56] *Contempt charge*: cargo de desacato a un tribunal, por ejemplo negándose a prestar declaración. <<

[57] Véanse Carta 34 y siguientes. <<

[58] Incluyendo Bikini. <<

[59] Esta carta tampoco obtuvo respuesta. <<

[60] Naturalmente, lo que Eatherly quiere decir es que Pauling se negó a dar los nombres de quienes le habían ayudado a confeccionar la lista. <<

[61] Eatherly se refiere a la primera carta que le escribí y a la carta con la que él me respondió; estas dos cartas se publicaron también en Japón. <<

[62] Véase nota 35. <<

[63] Véase el final de la Carta 63. <<

[64] Se refiere al Senate Internal Security Committee, ante el que el doctor Pauling fue citado. <<

[65] Nada demuestra mejor el autocontrol de Eatherly que el hecho de que, aun sintiéndose profundamente decepcionado, empiece su carta con un agradecimiento, en vez de hacerlo con una queja. <<

[66] Contrariamente a lo que le había dicho con anterioridad. Véase Carta 20. <<

[67] En sentido propio, *to disbar* significa «privar a un abogado de su derecho a seguir ejerciendo como tal». Efectivamente, Eatherly había estudiado Derecho. Como yo ignoraba que había sido facultado para ejercer como abogado, no entendí el significado

técnico del término. <<

^[68] Eatherly se refiere probablemente a la administración de la justicia fuera de Estados Unidos durante la guerra (?). <<

^[69] Esto muestra la extraordinaria falta de prejuicios de Eatherly. En efecto, es verdaderamente excepcional que un *boy* del Sur más profundo defienda y saque de apuros a un soldado negro. <<

^[70] En inglés: «beat the nuclear armament rap». *To beat a rap* es una expresión idiomática que significa propiamente lograr salir de un apuro, la mayoría de las veces un castigo, empleando la astucia. Ningún otro pasaje demuestra más claramente la discrepancia existente entre la *philosophy* de Eatherly y el vocabulario con el que cuenta. <<

^[71] Esta carta, en la que yo aconsejaba a Eatherly cómo emplear su tiempo fuera de Waco, jamás llegó a sus manos, pues había huido del hospital cuatro días antes de su redacción. El hecho de que Eatherly pudiese gozar de su libertad durante dos meses sin llamar la atención de nadie no sólo demuestra que mis consejos eran superfluos, sino que tenía un control sobre sí mismo que resultaría completamente «anormal» en los «enfermos mentales». <<

^[72] Esta carta es, a falta de otros documentos (cuya existencia considero totalmente improbable), la prueba de que la prensa internacional falseó la fecha de la huida de Eatherly. Según la prensa, Eatherly escapó del hospital el 22 de noviembre. Ignoro las razones por las que su huida no se anunció inmediatamente en los periódicos. Tampoco sé por qué se inventó una fecha falsa, pues debía contarse con la posibilidad de que, al enterarse, los amigos de Eatherly corrigiesen esta noticia falsa. El original de la carta contiene nombres de los hombres sin cuya ayuda no hubiese podido escapar. Entre ellos no figura ningún médico. Corresponde al lector juzgar si esto habla en favor de los médicos o en su contra. <<

^[73] Después de una huida exitosa, nada hubiese sido más «normal» que dar gritos de alegría celebrando egocéntricamente la recuperación de la libertad. Pero éste no es el caso de Eatherly. La carta contiene tres pasajes en los que Eatherly piensa en los demás: en el primero de ellos, está lleno de gratitud hacia quienes le han ayudado; en el segundo, muestra una gran preocupación por el destinatario de la carta; en el tercero, se preocupa por el doctor Pauling. Verdaderamente, esto no es normal. Ésta es la «anormalidad» de Eatherly que debería ponerse de relieve. <<

^[74] El original contiene diez reglas. Se ha omitido una de ellas, pues su publicación podría perjudicar a cierta persona. <<

^[75] Naturalmente, esta carta emplea de forma intencionada un lenguaje enigmático, pues el texto no debía dejar entrever la personalidad del destinatario. Como es lógico, la carta tampoco fue enviada directamente a Eatherly, sino a una tercera persona. <<

^[76] Enviado después de leer en el periódico que Eatherly había sido detenido. <<

^[77] «Bldg. 10» es la unidad reservada para enfermos mentales peligrosos. <<

^[78] La noticia falsa de que Eatherly se había saltado un semáforo circuló en la prensa internacional a través del comunicado oficial de su detención. <<

^[79] El *Washington Post and Times-Herald* del 5.12.1960 informaba: «Los funcionarios del Veterans Hospital afirmaron no estar autorizados para detener a Eatherly ni para reconducirlo al hospital». <<

^[80] Así finalizaba Eatherly su correspondencia conmigo. Esta carta no sólo fue enviada bajo mano, sino que además Eatherly se ocupó de camuflarla con una extensísima

carta cuyo texto, completamente anodino, contenía pasajes de discursos oficiales americanos. Yo le respondí con una breve carta que hacía alusión a su amigo, la persona que me había hecho llegar su carta. Como no es posible dar a conocer su nombre, tampoco es necesario presentar la carta. Sé por esta persona que mi carta llegó a manos de Eatherly, pero éste no pareció comprenderla, pues la verdad es que el mensaje estaba totalmente cifrado. Los posteriores intentos de seguir en contacto con él a través de esta persona, como por ejemplo con la Carta 58, no parecen haber tenido éxito. <<

^[81] Este texto difiere ligeramente del que se publicó posteriormente en varias revistas alemanas, pues en la versión inglesa que envié al presidente Kennedy, formulé con más énfasis algunos de los pasajes del original alemán, énfasis que ahora recojo. <<

^[82] La versión original de la carta continúa presentando algunos extractos de las cartas de Eatherly publicadas en este volumen. <<

^[83] Carta enviada a través de una tercera persona residente en Estados Unidos. Pero como nadie acusó recibo de la misma, es de suponer que fuese a parar a otras manos. <<

^[84] Libro de Daniel, 6. <<

^[85] Como esta carta no tuvo respuesta, tampoco obtuve la autorización que solicitaba. No obstante, Eatherly me había dado permiso en varias ocasiones para utilizar sus escritos en interés de nuestra causa. Por ejemplo, en la Carta 54: «No dudes en hacer cualquier cosa que consideres beneficiosa para nuestra causa, y sítvete de mi nombre si es necesario», o en la Carta 56: «Que sepas que, en caso de que precisas utilizar alguno de mis escritos o mi nombre para algún fin, puedes hacerlo». <<

^[86] Nombre familiar de Claude Eatherly derivado de Robert, su segundo nombre. <<

^[87] Ignoro a qué ambiente en particular se refiere aquí Bell. <<

^[88] Probablemente, este malentendido se debe a dos circunstancias:

a) al hecho de que mi primera carta a Eatherly y su respuesta a la misma se hayan publicado siempre juntas, y

b) al hecho de que Eatherly y yo habíamos hablado de una posible colaboración en la redacción de su biografía.<<

^[89] *New Statesman*, 17 de febrero de 1961. <<

^[90] Ministro de Justicia, hermano del presidente. <<

^[91] *Newsweek*, 17 de abril de 1961. <<

^[92] Director del Departamento Civil del Ministerio de Justicia. <<

^[93] Juicio sin jurado. <<

